

ISMAEL MARTÍNEZ BIURRUN



SIGILLO

RUNAS

# SIGILO

ISMAEL MARTÍNEZ BIURRUN

**Alianza** editorial

## Índice

(Abajo)

Visitas

*Brand Manager*

Ha sido un error

Posidonia

La tierra es la misma

(Abajo)

Los tripulantes de Raimon

Borrasca

(Abajo)

Devoradores

Algunas cosas sobre los muertos

(Abajo)

Voy a impedirlo

Velas negras

(Abajo)

3 de diciembre de 2014

No hay problema

Algo personal

(Abajo)

Rescate

(Abajo)

He matado a un hombre

Las grietas invisibles

Veinte minutos

Una fotografía

(Arriba)

Créditos

*A mi madre, cuya voz sigue viviendo dentro de mi cabeza.  
Y todo lo que dice es verdad.*

## (Abajo)

¿Esto es real?

Un interrogante alzado en mitad del vacío.

Porque no hay luz.

Ni tampoco sonido, aunque esto no es nuevo para él.

Todo lo que llega a sus terminaciones nerviosas es la negación de un dónde y de un cuándo.

Pero al menos es capaz de hacerse la pregunta, y eso debería bastar, debería probar que al menos conserva la vida.

Recuerda haber tenido sensaciones, aunque no puede fijarlas en un punto del pasado o del presente. Recuerda una sacudida, un deslizamiento, después un dolor que se extendía por todo el cuerpo, las manos hinchadas, las uñas descarnadas.

Se ha derrumbado, piensa. La casa se me ha venido encima.

Pero no se trata de su casa, ni ha sucedido ahora, ni siquiera es él quien yace entre los escombros. *Derrumbe* solo es una palabra que gira como una llave en su memoria.

*Jodi pou mwen, demen pou yon lot*

Llega el rumor de una voz que puede ser remota o ridículamente próxima. Una voz de verdad, surgida de una garganta de verdad, no una imitación hecha de espasmos electrónicos —no, otra vez no, por favor—, y de pronto el milagro le produce vértigo.

*Jodi pou mwen, demen pou yon lot*

Es una mujer y está cantando, o rezando, o ambas cosas. Podría ser mamá, piensa, pero solo es un deseo bruto, sin confeccionar. Su propio nombre es todavía un borrón.

*Simitye mache pazapa*

Quiere levantar la cabeza, en vano. Puede tocar la tierra que lo rodea con la punta de la lengua. La palabra *túnel* se abre paso en su mente. ¿Túnel hacia dónde, y desde dónde?

*¡Gade deye, o!*

Es entonces, con el golpe de la última *o*, cuando se reconstruye la historia entera en su cabeza. El dónde y el cuándo. El coche. La lluvia. El derrumbe en el titular del periódico. Los ojos marrones y tristes del padre. Los ojos azules y gozosos de un hombre llamado Coppel.

Y por debajo, constante y sordo como el giro del planeta, el odio que lo ha traído hasta aquí.

## Visitas

Magaly miró a los ojos del chino y sintió la descarga de una revelación, aunque inútil y sombría, como la solución de un teorema que no demuestra nada. Y era como sigue: el chino y ella habían recorrido durante décadas el planeta para encontrarse justo aquí, en esta ciudad a medio camino, y llevar a cabo este preciso acto de intercambio. Ella puso las bombillas encima del mostrador. Él dijo «dos cincuenta» y ella le tendió un billete de cinco. Él le dio el cambio. Ella dijo que no quería bolsa, gracias, y se dirigió a la salida, arrastrando la mirada de él en su trasero. Fin.

Existe una armonía en los dos significados de la palabra fin, como en el sonido de dos piezas contrarias que de pronto encajan, y son las últimas, sobre un tablero gigantesco: conocerás el propósito de tu vida cuando llegues a su final. Por pensar de esta manera su madre la llamaba loca. Aunque la vieja no estaba aquí para repetírselo. Mamá y papá ya no eran piezas del rompecabezas. Ahora su lugar lo ocupaba otra vieja.

La señora Claudia la había mandado a comprar bombillas porque decía que su marido se dedicaba a fundirlas durante la noche. También lo acusaba de otras cosas. De cambiar los libros de sitio. De encender el ordenador. De robar pequeños objetos. A veces, la señora dejaba un anillo barato o un pintalabios sobre la mesa del salón, antes de acostarse, y murmuraba: «No seas travieso, ¿eh?». Magaly intuía que la señora no dejaba objetos de verdadero valor para demostrarle que, milagros aparte, de quien sospechaba era de ella.

Porque se daba la circunstancia de que el marido había muerto cuatro años antes. Una conspiración de células enfermas, en lo más alto y en lo más bajo de su cuerpo, lo consumió en apenas unos meses. Una noche murmuró que quería ser incinerado, pero no tuvo tiempo de decidir dónde debían arrojar sus cenizas, así que Claudia se trajo la urna a casa y la colocó en el dormitorio conyugal, no muy lejos de donde la cabeza de él había reposado durante el último medio siglo. Y entonces, solo algunas semanas después, la viuda se levantó de la cama, fue a la cocina donde su hijo menor preparaba el desayuno y anunció:

—Creo que anoche me encontré a papá en el pasillo.

No estaba segura porque, después de todo, solo era una silueta parada en el umbral del recibidor. Una sombra. Que había movido un brazo, el derecho, tal vez a modo de saludo. Y nada más. Pero ¿quién, si no Rafael, podía pasearse por allí?

Sus hijos fueron cariñosos con ella, los dos fríos y distanciados hermanos se esforzaron de verdad durante aquellos días, mientras Claudia los odiaba secretamente por no creerla. Luego pasó el tiempo y, una tarde idéntica a cualquier otra, ella resbaló en el cuarto de baño. El resultado fue una cadera rota y la mitad de la pensión dedicada al salario de una interna. Entonces algo más cambió, con la llegada de Magaly.

A partir de aquel día las manifestaciones del difunto se convirtieron en una rutina. Su *relato*, al menos. Magaly, que acogió la primera historia con un gesto sincero de conmoción, tuvo que fabricar una máscara nueva para la crónica de cada mañana. Lo que no era fácil, porque debía mostrar escándalo y sobrecoimiento, pero también algo parecido a una gozosa iluminación. Lo

importante, comprendió después, no era el efecto que las historias causaban en ella. Se trataba de constatar que la señora no sentía el menor miedo ante las visitas de su esposo, antes al contrario, la reconfortaban, constituían una especie de mensaje beatífico. Hemos mirado por detrás de la muerte, decían, y todo está en orden. El papel que correspondía a Magaly, exclusivamente, era el de admirarse por la fortaleza espiritual de aquella mujer.

Regresó con las bombillas, la barra de pan y el periódico.

—Gracias, Magaly —dijo sin mirarla, apostada en su butaca predilecta ante el ordenador—. Déjalo en la cocina.

La viuda había decidido, aunque sin confesarlo, no salir nunca más de casa. La cadera servía de excusa, pero habían pasado dos años de la operación y ya no le quedaba más que una cojera testimonial, apenas subrayada por la presencia de un bastón que, sospechaba Magaly, la señora dejaba olvidado cuando nadie miraba. De modo que se pasaba mañanas y tardes enteras sentada frente al ordenador. Escribía *emails*, leía las noticias, pero sobre todo escaneaba y retocaba viejas fotografías. Llegó a apuntarse a un curso de informática *online*, pero lo abandonó en cuanto se arregló con el manejo de las herramientas básicas. Cuando Magaly le decía que era una mujer autodidacta, Claudia sacudía la cabeza y respondía que solo imprudente. Aunque sonreía para sí.

La dominicana recorrió el pasillo deprisa, tratando de desprenderse de la sensación de fatalidad que la había emboscado en la tienda del chino. Le gustaba moverse por aquel piso. Estaba hecho de puertas estrechas, corredores largos y recovecos donde se agazapaban habitaciones minúsculas, como si lo hubieran diseñado para grandes familias de seres bajitos y laboriosos. Si se paraba ante las ventanas del salón, en los días de luz, Magaly podía refugiarse en el verde resplandeciente de los árboles y trasladarse a cualquier lugar lejos de Madrid, tal vez a una selva amazónica, tal vez a la isla de su infancia.

Sol y viernes eran dos palabras que la invitaban a canturrear. A las doce de la mañana del sábado abandonaría aquella hermosa prisión para no regresar hasta las nueve de la noche del domingo. Treinta y tres horas de libertad. Tiempo para sus compras. Tiempo para telefonar a sus primas, la única familia que le quedaba en Santo Domingo. Tiempo para meterse en la cama de Horacio y hacer el amor y cocinar mofongo y beber ron hasta perder el sentido. Tiempo para dormir sin escuchar los pasos de la señora cazando fantasmas en la madrugada.

Después de cambiar las bombillas, Magaly simuló tener que pasar la mopa por la habitación del ordenador para poder echar un vistazo al trabajo de la señora. Sabía que a ella le gustaba sentir su mirada por encima del hombro, a modo de público silencioso, igual que le gustaba sentir a Magaly durmiendo en la habitación de la entrada, por las noches, aunque nunca requería su ayuda.

—Solo es una prueba —se protegió Claudia. En la imagen de la pantalla se congregaban cuatro generaciones de la familia Arrieta sobre un fondo campestre. Todas las siluetas habían sido recortadas de otras fotografías, y un filtro azulado empastaba el conjunto para disimular el salto entre el color y el blanco y negro.

A Magaly no le interesaba tanto lo que se veía como lo que quedaba escondido por las imágenes, las intenciones no premeditadas. La dominicana había vivido lo suficiente para saber que el arte es solo una clase singular de magia, un código para contactar con el otro lado. El otro lado de qué, le habría preguntado su madre. Magaly, baja de las nubes.

—Está muy bien, Claudia.

—¿No se nota el cambio de color aquí, en los bordes?

Claro que se notaba. Esa era la gracia.

—No.

Comían temprano y luego la señora se quedaba dormida viendo los programas del corazón. Magaly tenía que asegurarse, antes de ponerse a mandar wasaps, porque Claudia no soportaba verla con el móvil. Así que vigilaba discretamente cómo se cerraban aquellos párpados de setenta años y esperaba a que la respiración se hundiera bajo el peso del primer sueño. Claudia había sido una mujer hermosa. Aún lo era. El duelo se escondía bajo su piel como una falla invisible; todo iba bien hasta que llegaba el terremoto, y entonces tenía que sentarse en la cama y sujetarse la cabeza con las manos para llorar, como si temiera que pudiera desgajarse del cuello y hacerse añicos contra el suelo.

En aquellas ocasiones siempre terminaban hablando de los hijos. De los que tenía Claudia, de los que no podía tener Magaly. Los hijos eran el gran fin, en todos sus sentidos.

Esa noche Magaly tuvo un sueño horrible.

Se encontraba en una casa que no era la suya, ni la de Claudia, ni ninguna otra en la que hubiera servido en los últimos años, pero que le resultaba oscuramente familiar. Era España, de eso no tenía duda. Estaba sola y preparaba la comida para alguien que llegaría de un momento a otro. Un hombre. ¿Horacio? Sí, debía de ser él, porque ella había dejado su vestido rojo colgado en la puerta para cuando terminase de cocinar; el vestido favorito de Horacio. Y estaba excitada. Pero había surgido algún problema; cada cinco minutos ella le enviaba un wasap, cuánto tardas, ¿estás llegando?, y él nunca respondía. A cambio llegó la noche, y la cena se quedó fría sobre la mesita frente al televisor. Magaly se quitó el vestido, lo recogió. Se dispuso a comerse el guiso, pero de pronto la bola de carne tenía un aspecto tumefacto, como un órgano que hubiera dejado de palpitar. Lo tiró al cubo de basura; también el helado que guardaba en el congelador. Estaba furiosa y se preparó un baño con espuma, intentó masturbarse, se rindió. Entonces oyó el sonido de la puerta y los pasos de un hombre por la salita. Iba a llamarlo, estoy desnuda y enojada, le diría, pero de pronto tuvo la certeza de que no era Horacio. Permaneció muy quieta en la bañera, escuchando. La puerta del cuarto de baño estaba entornada y por la rendija atisbó la espalda de un hombre canoso en mitad de la salita. Vestía un traje gris, y ahora sacaba algo de sus bolsillos. Magaly alcanzaba a oír el *clic-clic* de los objetos depositados con cuidado sobre la mesa. Luego el hombre se enderezó y dio media vuelta para marcharse. En ese instante Magaly pudo ver su perfil. Se trataba de Rafael, el esposo de Claudia. El difunto. Claro que en los sueños nadie está muerto del todo y ninguna visita es por completo inesperada. Por eso Magaly se limitó a taparse la boca, inmóvil en el agua templada, y a esperar el sonido de la puerta principal. Luego contó un minuto más, salió de la bañera y se envolvió en una toalla. El apartamento estaba vacío. Pero no del todo. Se acercó a la mesa de metacrilato donde poco antes hubo una deliciosa cena. En su lugar, una colección de menudencias se alineaban en un círculo casi perfecto: un pasador de pelo, un anillo de bisutería, un viejo cargador de móvil, un pequeño dietario, unas llaves..., y en el centro, la joya del botín: una vieja fotografía familiar que Magaly recordaba haber visto siempre sobre la cómoda del dormitorio. Uno a uno, reconoció todos los objetos que la señora Claudia había dado por perdidos o, mejor dicho, robados. Y aunque era una locura, Magaly acató la lógica de los hechos; el señor Rafael había reunido aquel ajuar de rapiñas, noche tras noche, y luego había decidido esconderlo en el único lugar donde Claudia jamás podría encontrarlo: dentro de



los sueños de la criada. Tenía tanto sentido que se sintió embriagada por la responsabilidad. Cogió el anillo y se lo puso en el dedo, despacio, como una profanación traviesa. Le gustó notarlo alrededor de su piel, frío, prieto, real incluso en su doble falsedad. Entonces escuchó una respiración a su espalda. Se dio la vuelta y allí estaba el señor Rafael, de nuevo plantado ante ella, aunque su aspecto se alejaba dramáticamente del de las fotografías. Su pelo había sido engominado sin esmero hacia un lado, sus mejillas brillaban por el efecto de algún potingue barato y sus ojos castaños parecían abultados y acuosos, como hechos de plástico. El espectro —que no parecía un ángel ni un alma bendecida del cielo, sino todo lo contrario— quiso abrir la boca para decir algo, pero no le resultó fácil. Unos filamentos plateados mantenían sus labios cosidos a un plástico dentro de la boca, algún tipo de prótesis contra el hundimiento del rostro. A duras penas, el muerto logró desgarrar su propia carne para pronunciar: «Mi hijo». Luego repitió, con una consternación desoladora: «*Mi hijo*». Y entonces algo se desprendió de sus ojos. Como dos enormes lágrimas solidificadas, las lentillas rugosas que el maquillador había colocado para mantener sus párpados cerrados se escaparon de su sitio y resbalaron por el rostro atormentado.

Magaly se despertó con la boca abierta de par en par, pero muda, porque su grito se había quedado en el sueño, junto con todo lo demás. Su corazón, en la garganta.

La casa se deslizaba silenciosa como un buque por la madrugada.

Se sentó en la cama. Sus pies se retrajeron al notar la temperatura del parqué, templado como la piel de un animal, pero se esforzó en quitarse la imagen de la cabeza, porque necesitaba ir al baño. Cruzó de prisa el pasillo, evitando mirar dentro del dormitorio de la señora. No se oían ronquidos, lo que significaba que podía estar despierta y atenta a cualquier movimiento. Esperando a Rafael.

A tientas, Magaly se sentó en la taza y trató de mear del modo más silencioso. Estaba concentrada, sus dedos entrelazados sobre las rodillas, cuando notó algo que le cortó el chorro. Se levantó de un brinco, un segundo después, cerró la puerta y encendió la luz del cuarto de baño. Ahora sí soltó un grito, aunque breve, como el maullido de un gato aplastado.

Porque seguía allí.

En el cuarto dedo de su mano izquierda.

Y brillaba como si dijera: puede que no sea de plata, pero mírame, soy mágico, vengo del otro lado. Y te he pillado.

## *Brand Manager*

—Cuéntamelo, anda.

—¿Qué? —Un golpe de aire le sacó el botón de la oreja.

—Dime dónde estás, dime lo que ves.

Loreto le hablaba desde la trastienda del Tattoo Doc, doscientos metros por debajo.

—Es una pasada —dijo Fede. El cable del móvil se sacudía a unos centímetros de su boca—.

¿Me puedes oír con el viento?

—No me vale con que es una pasada. Soy una tía con lecturas, quiero adjetivos y comparaciones y todo eso.

Fede avanzó unos pasos por la plataforma, sin acercarse demasiado al abismo. A sus pies, Benidorm se extendía como una caótica sonrisa de hormigón frente al mar.

—Vale, con adjetivos y todo eso. —Entornó los ojos para que la panorámica no lo aturdiese—. Estoy arriba del todo, en la terraza. No es una terraza, en realidad. Es como un pentágono gigante, liso, sin barandillas ni nada.

—¿Y qué ves?

—Todo. Pero no parece de verdad.

—¿Qué?

—Parece una ciudad de Lego. Pero sin muñequitos. Si miro atrás tengo el Hotel Bali. Es como un colega cachas que viene a la fiesta. ¡Eh! —Agitó una mano en el aire, pero se arrepintió de inmediato. El sutil balanceo del rascacielos en construcción trepaba por sus piernas y era imposible no alarmarse—. Todos los demás edificios son enanos. Y feos. Es como ver un montón de cogotes sudados.

Ella rio.

—Pero cuéntame el paisaje, hombre, no me hables de los puñeteros edificios.

—¿El paisaje?

—Sí. El mar, las montañas...

—Tú eres la artista, yo qué sé. El mar es el puto mar. Sigue por detrás de la isla y se acaba en el horizonte, es igual que mirarlo desde abajo. Lo que más impresiona es el portaaviones, a unos tres kilómetros. La hostia de grande. —Sacó sus binoculares Steiner de la funda. Se los llevó a los ojos. Enfocó—. Ahora estoy viendo cómo suben un helicóptero a la cubierta. Flipante. Creo que es un Seahawk. Pero supongo que eso no lo consideras paisaje. —Miró a su espalda—. A ver, las montañas...

—Son las putas montañas, ¿no?

—No, se ven mejor, como en HD. Veo hasta las grietas de las rocas. Y parece que se mueven. Se acercan. Quieren echarnos a patadas y llegar al mar. —Levantó el rostro. El sol se iba despacio, pero aún quemaba—. Esto es muy raro, si miro al cielo tengo más vértigo que si miro hacia el suelo.

—¿Por qué?

—No sé, se me va la pinza. Esto se mueve un poco. Es como estar flotando. O cayendo hacia arriba. Me da miedo.

—Vale. Pues mira hacia abajo. ¿Ves mi calle?

—Veo... sí, creo que sí. Espera. —Giró la ruedecilla—. Veo el letrero del restaurante chino y parte de vuestro tejado. Hay unas escaleras de metal, ¿por qué no te subes? Sería sexy verte las tetas desde aquí.

—Que me suba al tejado y te enseñe las tetas, claro.

—Seguro que a Doc no le importa, es muy comprensivo.

—Fede...

Él iba a decir otra cosa, una pulla guardada bajo la almohada desde hacía algún tiempo, pero entonces sus prismáticos detectaron un movimiento al pie del rascacielos. Una figura que se agitaba al otro lado de la verja. Enfocó.

—¿Qué coño hace ese tío?

—¿Qué?

—Tengo que dejarte, Lore. Hay alguien que intenta colarse.

Se quitó el auricular mientras ella aún hablaba y volvió a apuntar sus prismáticos hacia el terreno. Se encontró con el rostro de un hombre calvo y trajeado que, parado ante la verja, hacía el molinillo con los brazos. ¿Se dirigía a él? Fede estuvo a punto de retirarse del borde, sobresaltado. ¿Cómo era posible que pudiera verle desde allí?

Optó por devolverle el saludo, y a continuación hizo un gesto con el dedo para indicar que bajaba, aunque era impensable que el otro lo distinguiera.

—¿Qué querrá ese capullo?

El único ascensor que corría por las tripas del Alpha Centauri estaba programado en modo «Bomberos» y tardaba un minuto entero en descender hasta el vestíbulo. Nadie se había molestado en instalar un espejo en aquel habitáculo, demasiado grande para una sola persona, y durante el trayecto Fede solía fijar su vista en el plástico sucio del suelo. Había llegado a convencerse de que la cabina se meneaba más cuando cerraba los ojos, como tanteando, esperando un descuido para llevarle a otro lugar. Al infierno.

Se enteró del trabajo por casualidad. Un cliente del Vanilla's se puso grosero con las bailarinas y tuvo que ser acompañado a la puerta por el abrazo férreo de Gonzo y Fede. Era un inglés enorme, lleno de tatuajes. «Soy compañero», les dijo, como si se pudiera apelar a algo parecido a una hermandad de gorilas de discoteca. Luego vomitó sobre la arena de la playa y comenzó a contarles lo del Alpha Centauri. El monstruo de hormigón estaba desahuciado; la promotora no había encontrado respaldo económico para corregir los fallos estructurales y terminar la obra, de modo que había decidido dinamitarlo. Tirarlo todo abajo. Aquello debía mantenerse en secreto hasta el último momento; tenían miedo de que grupos antisistema o simples vagabundos se instalasen en su interior. Pero el tamaño del reo era demasiado grande y la noticia ya iba de boca en boca, por lo que la empresa propietaria había contratado un servicio de vigilancia de veinticuatro horas. Era un trabajo cómodo y bien pagado, con el único requisito de no padecer vértigo. Aunque el cometido principal era la vigilancia del perímetro —ocho mil metros cuadrados de hierbajos, tierra, escombros, rampas y montones de ladrillos—, también se exigía echar un vistazo a las cincuenta plantas al menos dos veces al día. Una labor que solo podría calificarse de fatigosa y aburrida, de no ser porque el ascensor se detenía irremisiblemente

en la planta cuarenta. Lo que continuaba a partir de allí ni siquiera se parecía a una casa, sino más bien una ciclópea raspa de pescado. Aventurarse por las escaleras desnudas de los diez últimos pisos era como encaramarse a un trampolín de altura demencial, sacudido por continuas corrientes de aire que susurraban: *fallo estructural, fallo estructural...*

Gonzo dijo que ni de broma.

Fede preguntó con quién tenía que hablar.

Y supo adaptarse. Estaba acostumbrado a los trabajos temporales, tenía licencia de armas y no le impresionaban las alturas. Lo que atería su ánimo era el silencio. Hablaba con Loreto durante horas, no importaba sobre qué, con tal de mantener el sonido de aquella voz pegado a su oreja el mayor tiempo posible. Porque al colgar se le encogía el estómago; el silencio del viento era peor que cualquier vértigo.

Los dos vigilantes contratados hacían turnos de doce horas y se sorteaban las noches. Porque las noches sí acojonaban. Muchas veces, cuando Fede adentraba sus pasos por una de las plantas superiores, linterna en mano, una sombra venía cabalgando en una ráfaga de viento y se echaba sobre él, como si quisiera agarrarlo de la solapa y arrastrarlo hasta el borde.

—¡Está prohibido el paso! —gritó mientras remontaba la pista entre el edificio y el perímetro cercado.

—¡Hola!

Unas gafitas redondas y una perilla rubia daban contexto a la sonrisa vulgar del visitante, que no dejó de saludar hasta que Fede se plantó al otro lado de la verja. La mano del calvo bajó entonces a la altura de un apretón imposible y se quedó flotando allí, como un pez blanquísimo.

—Mi nombre es Alfredo Stracquadani. Me gustaría hablar cinco minutos con usted, si es tan amable.

—No le puedo abrir. ¿Qué quiere?

—Represento a una persona que está muy preocupada por el futuro. Esta persona... —Se recolocó las gafas sobre la nariz, que parecía demasiado pequeña para el cometido, y echó un discreto vistazo a la cacharrería que cargaba el cinturón de Fede: linterna, *walkie*, esposas, los pequeños prismáticos y un revólver de empuñadura pulida. La porra se quedaba siempre en la caseta—. Digamos que ha encontrado la manera de ayudar a mucha gente. Es un poco difícil de explicar así, a través de la valla, pero básicamente hacemos reuniones.

—Reuniones.

—Sí. Hablamos. Miramos juntos hacia el futuro. Y estamos convencidos de que algunos lugares son más idóneos que otros para hacerlo, para tener nuestras... reuniones.

Pero Fede no escuchaba; el eco de una determinada combinación de sílabas seguía rebotando en su cabeza.

—Alfredo Stracquadani —pronunció despacio—. Ese era el nombre de un chaval de mi colegio.

El representante clavó sus ojos en los de Fede. Luego retrasó la cabeza como si quisiera obtener una perspectiva completa. Y entonces:

—¿Fede? —Desplomó los hombros, alzó las cejas—. No me lo puedo creer.

—Joder.

Y ahora que Fede se veía obligado a abrir la verja era cuando menos le apetecía hacerlo. Tendrían que abrazarse. Palmearse la espalda. Sacudir las cabezas. Contarse una vida entera.

Pero nada de eso ocurrió.

Porque Fede y Alfredo nunca habían sido amigos, en realidad. Año tras año, sus infancias se dieron tozudamente la espalda desde los extremos opuestos del aula. Por eso la verja permaneció cerrada, un cuarto de siglo después.

—Qué increíble —fue el resumen de Stracquadani. Luego se pasó la mano por el cráneo brillante—. Comprendo que no me hayas reconocido, pero tú estás igual.

—Ya. Lo siento, tío, pero no estoy autorizado para abrir la verja.

—Tranquilo, está bien así. Solo quiero transmitirte un mensaje de parte de Raimon. —Y explicó—: Raimon es la persona de la que te hablaba.

—El que se preocupa por el futuro.

—Exacto. Su petición es muy concreta: quiere alquilar el ático del Alpha Centauri durante la noche del próximo lunes al martes. No toda la noche, sino un par de horas, de once a una. Nada más.

Fede hizo un gesto de negación, pero mudo, aturdido por las implicaciones. La demolición del edificio estaba prevista para el miércoles siguiente. Lo sabía, aunque nadie se lo había dicho, porque aquel era el día en el que finalizaba su contrato. No podía tratarse de una casualidad.

—Raimon se hace cargo de que es algo excepcional —se apresuró a añadir Stracquadani—, y por eso está dispuesto a pagar un precio excepcional.

—Solo soy el vigilante. Para algo así tendríais que hablar con la propiedad. Pero ya te adelanto que no está en alquiler.

—No, no, no. No queremos hacerlo de esa manera tan oficial, sería demasiado farragoso y no hay tiempo. Permisos, contratos... Preferimos tratar directamente contigo.

—Ya, pero yo no estoy autorizado para...

—Cien mil. Para ti, Fede. Lo único que tendrías que hacer es abrirnos la verja un minuto y luego olvidarte de que estamos arriba. Solo durante dos horas. Luego nos marcharemos sin dejar rastro y nadie sabrá que hemos estado ahí. Tienes mi palabra.

—Estás de coña, ¿no? Cien mil euros.

Pero no lo estaba. Había un océano de distancia entre la broma y los ojos claros del italoargentino. De pronto, Fede vio con tanta claridad el rostro del niño —fíjate, ahí está *Stracquanijo*, mirándote desde la otra punta del patio, inmóvil y sonriente entre el vendaval de jerséis azules y pantalones grises— que estuvo a punto de soltar un grito.

—Piénsatelo. —El antiguo compañero extrajo un sobre blanco de su americana—. Esto es un pequeño detalle de Raimon para demostrarte que su propuesta va en serio. Vamos, cógelo; no pierdes nada, ni te compromete a nada. Palabra.

Deslizó el sobre por un hueco de la verja. Fede lo contempló durante unos segundos, sin mover los brazos. Stracquadani optó por dejarlo allí insertado, despedirse con una sonrisa y dar media vuelta.

—¡Eh! —llamó Fede.

—Hay una dirección en el sobre. —Stracquadani retrocedía y hablaba al mismo tiempo—. Pásate por allí cuando quieras. —Y antes de volverse, una carcajada—. Increíble, ¿no? ¡Federico Sánchez Arrieta!

Las farolas de la Avenida del Mediterráneo se encendieron justo cuando Stracquadani puso un pie en la acera y desapareció entre los paseantes, viejos de mofletes rosáceos y calcetines subidos

hasta las rodillas. Octubre era el mes preferido por todos.

El móvil de Fede vibraba en su bolsillo, pero de pronto no le apetecía hablar con Loreto. Sus propios pensamientos mantenían una conversación ensordecedora. Volvió la vista hacia la mole del Alpha Centauri, alzada como una lápida de dimensiones míticas sobre su cabeza.

Porque de eso se trataba, ¿no? De un suicidio colectivo.

Los imaginó en el mismo borde, cogidos de la mano. Sus caras de éxtasis. Y ahora todos juntos, un pasito hacia delante. Luego imaginó otra posibilidad más siniestra: la congregación escondida en lo alto de la torre, silenciosa, o tal vez entregada a una orgía febril, descontando los minutos hasta la hora del derrumbe. Aunque aquello era por completo irrealizable; los propios técnicos de la demolición revisarían palmo a palmo el edificio antes de instalar sus cargas y volverían a hacerlo antes de pulsar el botón rojo.

—¿En qué secta te has metido, Stracquanijo?

Soltó un gruñido vagamente escandalizado, escupió en la tierra, cogió el sobre de la verja y lo abrió. Contó veinte billetes azules. Cuatrocientos euros. Del fajo se desprendió una tarjeta de visita con una dirección añadida a bolígrafo, bajo el suntuoso nombre.

—Alfredo E. Stracquadani, *Brand Manager* —ahuecó la voz—. Hay que joderse.

Quizá sería buena idea contestar la llamada de Loreto, después de todo. Hablar de paisajes desfigurados por el cemento. De tatuajes en las pantorrillas. De celos absurdos y ganas de follar. Lo que hiciera falta para borrar a Stracquadani y su sonrisa polimerizada.

Estuvo muy lejos de conseguirlo.

## Ha sido un error

Demasiado perfecto, pensó Andrés.

El área de descanso era un lugar irreal, un exceso de tierra y asfalto que desbordaba la autovía en la cornisa más sombría del valle, justo donde nadie sentiría la tentación de parar a estirar las piernas o echar una cabezada, y menos bajo un aguacero implacable como el de hoy.

Por eso estaba allí.

La calefacción del Volkswagen Passat había dejado de funcionar años atrás, en cuanto su padre dejó de ocuparse de él, así que Andrés se abrazó a sí mismo y comenzó a contar los golpes del limpiaparabrisas —no los escuchaba, pero podía sentirlos incluso si cerraba los ojos— mientras repasaba todas las razones que le habían llevado hasta allí. Su historial de derrotas. Porque solo era consolador contemplarlo así, como una cadena de desgracias inevitables y llenas de sentido, episodios de un relato que ya se había contado entero, quizá mucho tiempo atrás, ante unos oídos menos sordos que los suyos.

Echó un vistazo al lugar que él mismo había elegido para la cita. La barandilla del mirador apenas se distinguía bajo el aguacero, pero estaba ahí mismo, apenas diez metros por delante del Passat. Por la ventanilla izquierda atisbaba la zona con mesas y bancos de cemento donde tal vez ninguna familia había merendado jamás. Aquel retal de carretera solo se antojaba propicio para una meada rápida, una reparación urgente o el manoseo furtivo entre dos camioneros.

Miró su reloj. Adelantarse había sido un error de manual, una forma idiota de exponerse y otorgarle ventaja al adversario. Se dio cuenta cuando paró a comer en una estación de servicio de Soria, a mitad del camino. Iba demasiado rápido. Le sobraban horas. Pero no comió más despacio, ni dejó de pisar el acelerador.

Ahora se removía en el asiento y examinaba mentalmente el significado de la palabra *adversario*. Necesitaba apropiársela por completo, dejar al otro hombre con el único papel de víctima, por una vez.

Tragó saliva y notó una punzada en la garganta. De pronto sentía el cuerpo entero acalambrado, un colosal nudo de contracciones musculares, y todo le molestaba. Detuvo el limpiaparabrisas, se abrió la sudadera y sacó el bulto metálico que comenzaba a pesarle sobre la tripa. Era una imitación, aunque perfecta; la melliza inofensiva de una Glock 19. Era también la última carta que podría jugar si las cosas se torcían. La sostuvo en la mano, pero sin empuñarla, como si temiera perder la fe en su propia representación.

Esto no es ninguna farsa, se recriminó. Llegaré hasta el final. *Llegaré hasta el final*. Quiso construirse alguna clase de mantra con aquella frase, pero unas luces desviaron su atención hacia el espejo retrovisor. Se volvió y escudriñó por el cristal trasero. Un todoterreno Volvo de color negro había tomado el carril de salida y aminoraba rumbo a la zona del merendero. Cuando sus faros ya cubrían el coche de Andrés, se paró. Los dos hombres se estudiaron desde sus cubículos, dos siluetas empastadas por la lluvia.

En la pizarra mental donde Andrés llevaba trazado su plan no había una sola línea dedicada a

la posibilidad de que el tipo hubiera llamado a la policía. Simplemente, el cálculo no se contemplaba.

El Volvo avanzó los últimos metros hasta detenerse en paralelo y los conductores enfrentaron la palidez de sus rostros a través de las ventanillas. Andrés había visto fotografías de Bernardo de Lezo, circulaban por docenas en internet —frente a su increíble casa, en la cubierta de un velero, con su primera esposa, con su segunda esposa ridículamente joven y sus perros adoptados en un programa de televisión—, pero era la primera vez que el empresario se encontraba con la cara de su chantajista. Andrés se preguntó qué impresión le estaría causando: un tipo de treinta y muchos, despeinado, vestido con una sudadera de Decathlon y metido en una antigualla con ruedas. De pronto cayó en la cuenta de que aún sostenía la pistola en la mano y la deslizó bajo la sudadera, seguro de que el otro no la había visto.

Las instrucciones que escribió en su último mensaje eran claras: De Lezo tenía que bajar de su coche, llevando en sus manos únicamente el dinero, acercarse al vehículo de Andrés y deslizar el paquete por la ventanilla abierta. Luego volvería a su coche y esperaría al menos quince minutos hasta que Andrés se encontrara ya lejos. Sin palabras. Sin sorpresas. El objetivo común era que nunca volvieran a tener noticias el uno del otro.

La puerta del Volvo se abrió y lo primero que asomó fue un objeto alargado que en la mente de Andrés adquirió, por un delirante segundo, la forma de una escopeta. De Lezo desplegó cuidadosamente su paraguas y se apeó, vigilando dónde ponía los pies. Envuelto en un abrigo largo, elegante, se antojaba de pronto más alto y voluminoso de lo que daban a entender las fotografías. El pelo, de un negro brillante y bien cortado, escamoteaba su verdadera edad, una década por delante de Andrés. Con calma aristocrática, De Lezo caminó hasta la parte trasera del Volvo, donde el portón se levantó como por arte de magia. Se inclinó dentro y extrajo una pequeña mochila verde del interior. La colgó de su hombro izquierdo y el maletero volvió a cerrarse automáticamente.

Andrés respiraba muy deprisa. *Llegaré hasta el final*. Se estiró sobre el asiento del acompañante y tocó el botón para bajar la ventanilla. Ni siquiera el aire frío impidió que se le encendiera el rostro al ver que De Lezo se acercaba como un corderito. Lo había conseguido. Se le ocurrió, desbordado de optimismo, que ni siquiera debería haber comprado la pistola; su verdadera arma la guardaba en el ordenador de casa, junto con varias copias de seguridad, y extrañamente debía reconocer que se trataba de un arma prestada. Dos meses después de encontrar aquel sobre acolchado en su buzón, Andrés seguía sin tener la menor idea de quién se ocultaba detrás de la «C.» del remitente. En su interior, nada más que un diminuto Kingston de 8 gigas. Ya casi nadie usaba pendrives con tan poca capacidad y, sin embargo, 8 gigas eran más que suficientes para comprimir todo lo que podría arruinar la vida de un hombre. Una docena de emails comprometedores. Un puñado de hojas de Excel. Un dossier con fotografías. Dos análisis grafológicos. Lo único que tuvo que hacer Andrés fue enviar ciertas capturas de pantalla al empresario y esperar su respuesta, también comprimida: «¿Qué quieres?».

De Lezo llegó hasta su ventanilla y, en lugar de descargar la mochila por el hueco, lo que hizo fue agacharse para presentar su semblante.

—Hola —dijo. No era una sonrisa lo que flotaba en sus labios, no podía serlo, pero todas las líneas de su cara parecían grabadas sobre un pedernal de confianza—. Se te olvidó darme algún dato para reconocerte, pero supongo que no hace falta. ¿Podemos hablar?



Andrés movió la cabeza sólidamente y sus labios dibujaron un inconfundible *no*. Quiso creer que sus ojos no revelaban el incipiente brote de pánico.

—Solo hablar —dijo De Lezo—, ¿de acuerdo?

Ante el estupor de Andrés, el empresario abrió la puerta y se instaló pesadamente en el asiento, con la mochila sobre el regazo. Se demoró unos segundos en plegar el paraguas antes de cerrar la puerta. En ese instante una nube de perfume se vino sobre Andrés. Y algo peor: la mano tendida de De Lezo.

Esta vez los ojos de Andrés transmitieron el mensaje exacto de hostilidad y el otro reculó. Había un propósito en su actitud, comprendió Andrés, una insolencia calculada. Consistía en robarle la autoridad, como si aquel intercambio fuera uno más de sus negocios, y no precisamente de los difíciles. Dijo:

—Como quieras. Pero creo que antes de entregarte un bolso con quinientos mil euros, lo mínimo es tener una pequeña conversación. —Leyendo el contoneo de aquellos labios, Andrés imaginó una voz que subía y bajaba en valles coloridos, pura afectación—. Escucha... ¿Cómo tengo que llamarte? ¿Señor equis?

Andrés se encogió de hombros, y en el gesto camufló un escalofrío. Su plan se había torcido. Deslizó la mano fuera de la sudadera, abandonando el tacto frío del metal, y cogió su teléfono móvil. Comenzó a escribir.

—¿Vas a llamar a tu jefe? —celebró De Lezo—. Bien. Me parece bien.

Pero Andrés no atendía, solo tecleaba. Activó la función de voz y entonces el aparato habló por él:

«Da igual mi nombre. Solo soy el que recoge el dinero».

De Lezo miró atolondradamente al móvil y a Andrés.

—¿No puedes hablar? ¿O es para que no pueda reconocer tu voz? Te estoy viendo la cara, así que...

Andrés sacudió la cabeza. Era una negativa a cualquier explicación, pero De Lezo lo interpretó del modo más beneficioso.

—Joder. Lo siento. —Un burbujeo de risa en la garganta—. Perdona, pero esto es surrealista. —Resopló, mientras reordenaba su propio guion—. Al menos me gustaría saber si estoy tratando con una organización o con alguna clase de... grupo.

Andrés tecleó:

«No somos una organización».

—De acuerdo. Entonces, ¿cuál es el motivo? ¿Solo el dinero?

Andrés le ofreció la máscara completa de su rostro: la erosión en los ojos, los surcos y las sombras en la piel, huellas de una larguísima racha de mala suerte. Y el rencor.

Frente a él, la otra cara de la fortuna. Incluso en la penumbra tormentosa se notaba el tono saludable, discretamente bronceado de aquella piel. Los pómulos luminosos. La soberbia mandíbula.

El teléfono pronunció la respuesta de Andrés, pero el retumbo de la lluvia no permitió a De Lezo escucharla, así que se inclinó para leer en la pantalla.

—«Fígaro». —Amusgó los ojos, desentrañando el acertijo—. Trabajabas en una de las fábricas del Grupo Fígaro que cerraron, ¿es eso?

Andrés dejó que la idea calase por sí misma. De Lezo se irguió en el asiento.

—Escucha... Todo lo que hago es legal. Es... —Buscó un ángulo didáctico—. Siento mucho que perdieras tu empleo. De verdad. Pero es importante que entiendas que cuando alguien decide coger el teléfono para llamarme, el destino de esa empresa ya está escrito.

El paraguas comenzaba a formar un charco sobre la alfombrilla y De Lezo separó los pies con un gesto de fastidio, como si la humedad en sus calcetines fuera la constatación de algo terrible, una plaga de estupidez mundial que había terminado por alcanzarle.

Los pulgares sobre la pantalla, la voz robótica:

«Eres un liquidador».

—Eso solo es una forma de llamarlo. Adquiero empresas con pérdidas, las reestructuro y las liquido por partes. Es un proceso de saneamiento. —Pidió calma con las manos ante el gesto exasperado de Andrés—. A veces se producen... irregularidades. Yo las llamo espirales de mierda. Un día tomas una decisión equivocada, torciendo un poco la ley, y luego esa decisión te obliga a tomar otra todavía peor..., en fin. —De pronto advirtió que el otro no le miraba a los ojos, sino a los labios—. ¿Puedes entender todo lo que hablo?

Andrés escribió:

«No hay nada más que hablar».

—Mira —la voz de De Lezo se replegó hacia un área íntima, silabeando con cuidado—, entiendo lo que has pasado. La vida te lo ha puesto difícil y no soportas ver que... No soportas a la gente como yo. Joder, ¿cómo no vas a estar cabreado? Creo que en tu lugar yo habría hecho exactamente lo mismo. Y te admiro, ¿sabes? Atreverte a plantarte ante un poderoso, con un par de cojones. Aquí me tienes, en tu coche, en mitad de ninguna parte. —De Lezo fabricó un suspiro de humildad, sacudió la cabeza y miró el entorno como si hubiera algo más que un inmenso telón de lluvia—. ¿Lo ves? Te has salido con la tuya. En más de un sentido, tú ya has ganado.

La mano de Andrés se extendió en un gesto impasible: «El dinero».

—¿Sabes? —De Lezo la ignoró, se limitó a buscar los ojos de Andrés—. Ahora estamos justo en ese momento en que, bueno, uno sabe que debe plantarse porque, si no, se arriesga a perderlo todo, como en el póker. Incluso si piensas que no tienes nada que perder, te equivocas. —Los puños del empresario se crisparon un instante sobre la bolsa que mantenía en su regazo, traicionando la serenidad de su voz—. Mira, yo también he hecho mis deberes. Si nos ponemos a la tremenda, esas irregularidades que has pillado podrían llegar a constituir un delito de alzamiento de bienes, de falsificación documental y de blanqueo de capitales. Me pueden caer entre cinco y siete años, pero con una buena defensa podría estar saliendo en tercer grado antes de lo que te imaginas. La multa rondará los dos millones de euros, máximo. Lo peor será el daño a la reputación de mi empresa, pero no es nada que no pueda recuperar en otros dos o tres años. Tengo herramientas para resetear mi actividad desde prisión, si es necesario. Lo que no significa que tenga ganas de ir, claro. La cárcel es una putada, aunque puede que eso ya lo sepas.

Andrés escribió:

«No soy un delincuente».

—Ahá. Pues deberías haberte informado también sobre eso. Porque lo más gracioso aquí es que el delito de extorsión en España te puede costar cinco años de cárcel. A no ser que tengas un abogado cojonudo, y me refiero a *cojonudo* de verdad, si seguimos con esta historia es muy posible que tú acabes pasando más años entre rejas que yo. —Chasqueó la lengua y sonrió con algo cercano a la coquetería—. ¿Cómo lo ves? ¿Es surrealista la situación, o no?

Algo se desgajó en las facciones de Andrés, una mueca de consternación que flotó a la deriva sobre músculos laxos. De Lezo sintió que aquella era su oportunidad.

—Haremos como que esto no ha sucedido, ¿de acuerdo? —dijo, mientras su mano derecha se posaba, suave, tentativa, sobre el tirador de la puerta—. Creo que los dos hemos aprendido algo. Y eso es importante. Ahora que...

Apenas desvió la mirada un segundo, nada más. Suficiente para encontrarse con la pistola de Andrés flotando a unos centímetros de su rostro.

—¿Qué estás haciendo? —Un chillido muy bajo, como un pensamiento que se escurre.

Por primera vez, Andrés trató de hablar. Su boca se contorsionó y la palabra *di-ne-ro* salió a rastras por las carnosidades de su garganta.

De Lezo contemplaba fijamente la pistola y por un instante Andrés temió que el engaño sería descubierto, que su víctima prorrumpiría en una sonora carcajada y allí terminaría todo. Pero no. Lo que hechizaba la vista del otro era el blanco rabioso en los nudillos de Andrés; era el juego de sombras entre las paredes metálicas del coche; era el contraste entre las líneas rectas del arma y la curva del índice plegado sobre el gatillo, como un ideograma de otra realidad en la que Bernardo de Lezo ya no existía.

Retiró, aturdido, las manos de la mochila y Andrés se la arrebató.

—Está bien —dijo De Lezo, aunque a duras penas, como si la parálisis se estuviera trasladando a sus cuerdas vocales—. Está bien.

Sin dejar de apuntar, Andrés instaló la mochila en su regazo y tiró de la cremallera. No advirtió que De Lezo había comenzado a tiritar.

—Escucha...

Tampoco atendió a sus palabras. Estaba demasiado ocupado en no perder el aliento ante lo que contemplaban sus ojos.

Un montón de periódicos enrollados.

Introdujo la mano y rebuscó, un simple acto reflejo, una resistencia desesperada.

—Ha sido un error. Tengo el dinero en el coche, lo juro. En el maletero. Déjame que vaya a cogerlo. Aquí mismo, lo juro por Dios. Lo juro por mis hijos.

Porque habían llegado a ese punto. Al no me mates, te lo suplico por mis hijos.

Claro que De Lezo no tenía hijos. Andrés lo sabía muy bien, porque durante el último año de su vida aquel hombre se había constituido en el objeto deseado de su odio. Pero Andrés no estaba leyendo la mentira de aquellos labios. Su percepción se había trabado en lo absurdo de la escenografía: dos hombres en un coche bajo la lluvia, una mochila llena de periódicos viejos y una pistola de juguete empuñada entre las dos cabezas.

Y en el interior de las cabezas, dos desfiles de titulares. Unos venían ilustrados con la foto del empresario: «MUERE BERNARDO DE LEZO, EL LIQUIDADOR»; «BRUTAL CRIMEN»; «HALLADO EL CADÁVER DE...». Los otros llevaban el rostro demacrado de Andrés en portada: «FRACASO». «HUMILLACIÓN». «PATÉTICO».

—No es conmigo con quien estás furioso —dijo De Lezo, casi lloriqueando, porque Andrés estaba apretando el cañón contra su sien—. Piénsalo. No soy yo. Esto no es justo.

Un repentino estupor, aunque vuelto hacia sí mismo, congeló los músculos de Andrés. ¿Por qué seguía sujetando aquella arma falsa? ¿Por qué la pegaba a la cabeza de aquel hombre, como si la representación pudiera producir mágicamente un efecto real?

El frío, el repiqueteo de la lluvia y la penumbra parecían haber reducido a los dos hombres al mero brillo de sus ojos, cuatro puntos húmedos zozobrando en el aire, a punto de disolverse.

Andrés quiso pronunciar una torturada sílaba, pero no llegó a tiempo.

Porque entonces el suelo retumbó.

Un mugido prolongado y ensordecedor, un trueno que ha aprendido a reptar. Y el coche se estremeció.

Primero fue un empujón. Andrés y De Lezo se volvieron instintivamente, pero detrás no había nada, solo lluvia. Entonces el coche se meció en un corto vaivén, como una barca desamarrada, y por fin la tierra se abrió. O mejor dicho, se cuarteó. El Passat se deslizó unos metros a lomos de un gran túmulo de tierra, hacia delante, luego hacia la derecha, y de súbito en picado, la montaña convertida en un tobogán de lodo.

De Lezo gritó. Andrés gritó aún más fuerte.

Y la oscuridad se cerró sobre ellos.

## Posidonia

Loreto hablaba incluso dormida, aunque no con la boca. Su piel hablaba. Las pocas veces que amanecían juntos, Fede apartaba delicadamente la sábana y exploraba la selva de tatuajes igual que un buscador de civilizaciones. Había una forma menos romántica de verlo: Fede leía los signos como un manual de uso de su relación, un listado de cosas que debía tener en cuenta para no cagarla. Y había otra mirada incluso más frívola: Loreto como un escaparate, un simple catálogo comercial con muslos y espalda. Cada dibujo, un sello de propiedad. Cada tatuaje, una página en la biografía que Loreto compartía con el afortunado hijo de puta de Doc.

Pero Fede trataba igualmente de leerlo, y en mitad del cuerpo escrito se encontraba siempre una palabra en árabe, una hermosa filigrana envuelta en un círculo sagrado. Jamás se había atrevido a preguntar su significado, le daba miedo alimentar su desprecio de ateo, pero cuando recorría aquel nudo de letras con la punta del dedo, remontando levemente el pecho izquierdo, sentía que sus dos pieles intercambiaban algún tipo de mensaje.

—Buenos días —remoloneó ella.

—Perdona, sigue durmiendo.

—No quiero dormir.

Loreto reptó sobre él, pero con su calor se vinieron encima todos los dragones, los símbolos, las oraciones secretas, las manos de Doc. Fede se escabulló.

—He oído el teléfono —mintió.

Las uñas negras de ella repasaron su hueco en la cama. Sus ojos siguieron el paseo de Fede por el pequeño estudio. Era algo que aún estaba aprendiendo a perdonarle: las huidas, las mentiras troqueladas de cualquier manera, los enmudecimientos.

Al rescatar su móvil del bolsillo y mirar fingidamente la pantalla, resultó que Fede tenía tres mensajes de wasap, después de todo.

—Problemas —vaticinó, mientras los leía, de pie ante el ventanal del balcón.

Loreto se había acodado en la cama para contemplarle.

—Eh —protestó—, no puedes despertarme con gustitos y pasearte en pelotas impunemente.

—Joder.

—¿Qué?

—Andrés, mi hermano.

—¿Le ha pasado algo?

—No. Pero le va a pasar. —Quiso apartarse una nube de resaca de la frente—. Mierda. Necesito moverme. ¿Te vienes a correr?

Sin esperar respuesta, Fede recogió unos shorts del suelo y se fue al cuarto de baño.

—Sí —resopló Loreto, derrumbándose en la cama—. Yo también necesito moverme.

Así que salieron. El Edificio Florida se erguía en el extremo este de la avenida, justo al pie de la colina. A Fede le gustaba combatir sus resacas subiendo por las rampas más abruptas, encadenar esprines monte arriba como si quisiera poner a prueba su corazón. Otras veces tomaba

la carretera que rodeaba el cabo y corría hasta el torreón de vigilancia, poco más que un montón de piedras al borde del acantilado; si uno miraba hacia el mar se podía olvidar de la ciudad, los centenares de miles de turistas, el fajo de escuálidos rascacielos. Pero con Loreto tenía que ser la playa. Loreto se descalzaba y corría por la orilla, ida y vuelta, primero de espaldas al sol y luego cara a cara, quemándose las pupilas, un kilómetro de arena todavía libre de plagas humanas.

Ella se deslizaba en zancadas cortas. Él siempre parecía huir de algo. Cuando su carrera por la orilla se topaba con un rimero de algas, Fede daba un salto o lo rodeaba, mientras que Loreto lo atravesaba por el medio, hundiendo sus pies en la posidonia muerta y aspirando a placer. Y hablaba, todo el tiempo. Sus planes de reforma para la sala de tatuajes. La nueva vida sexual de sus padres. Trump. Poliamor. Las inmersiones de buceo con Doc, detrás de la isla. La nueva serie de Netflix. Ella tenía veinticuatro años, él se precipitaba sin frenos contra los cuarenta; jugaban un juego para el que a Fede casi no le quedaban cartas.

—¿Qué son esas letras árabes que llevas en el pecho?

Habían hecho una pausa con la excusa de estirarse, aunque él se veía de pronto incapaz de reanudar la carrera.

Loreto se pasó los dedos por el tatuaje que asomaba por el escote de la camiseta y luego los miró, como si la tinta le diera algún matiz al sudor.

—Está en el catálogo —dijo—. Puedes averiguarlo cuando quieras.

Pero Fede nunca pisaba Tattoo Doc, y ella lo sabía.

Se lavaron los pies en las fuentes de la pasarela y se calzaron, sentados en el borde del paseo marmolado. Los chasquidos de los hamaqueros anunciaban la inminente invasión.

—Me voy a casa —dijo ella, incorporándose—. Tenemos un cliente a primera hora.

Otros días volvían juntos al apartamento, follaban como cuadrúpedos y se duchaban antes de desayunar. Hoy sus pensamientos corrían en distintas direcciones.

—¿Por qué no nos largamos de aquí? —Fede la retuvo del brazo.

—¿De dónde?

—De esta ciudad.

—Pensaba que te gustaba.

—Vámonos de viaje. ¿No querías ir a Noruega? Allá están muy por delante en todo lo que te importa: feminismo, ecología... Y ya estoy un poco harto de este puto calor, ¿tú no?

—Una escapada estaría bien. Siempre que sea *low cost*.

—No, no digo un fin de semana, digo para siempre. Empezar en otra parte, cualquier sitio a tomar por saco de aquí. Puedo conseguir el dinero suficiente.

Ella lo miró del modo que nunca quiere ser mirado un hombre: como a un niño.

—Chao, Fede. —Besó su boca entreabierta.

Había una renuncia pactada en las horas que compartían. Se relacionaban dentro de unas expectativas trazadas con línea gruesa, infranqueable, y hasta el momento aquello nunca había sido un problema.

—Chao.

Fede regresó al apartamento y miró su móvil. Allí continuaban los mensajes de su hermano:

«Ya tengo lo que necesitaba».

«Quiero que sepas que hiciste bien en no ayudarme, de todas formas».

«Cada uno debe resolver sus propios problemas».

—Olvídate de ellos, Andrés —resopló. Pensar en su familia le trajo de vuelta la resaca, y de pronto estaba tan exhausto que no podía sostenerse en pie. Se tumbó boca arriba en el suelo, sintiendo el rebote de su corazón entre los huesos y el hormigón.

Cerró los ojos y se esforzó por tener un pensamiento claro. Una idea a la que aferrarse. Un botón de arranque.

—*Brand Manager* —se chivó a sí mismo.

Porque el dinero lo cambiaba todo. El dinero abría el mapa de expectativas, modelaba los afectos. El dinero era magia.

Se levantó y abrió el ropero. El sobre con los cuatrocientos euros continuaba en el bolsillo de su cazadora vaquera. Pero no buscaba el dinero, sino la tarjeta de visita. El nombre de la calle escrito por Stracquadani le resultaba familiar, aunque no era capaz de fijar el motivo. Nada le impedía darse un paseo por allí y deslizar sus propias condiciones para el trato. Si tenía que sepultar años de mala conciencia por el suicidio de un puñado de locos, que fuera bajo el peso de un buen montón de pasta.

—Que sean doscientos mil, Stracquanijo.

## La tierra es la misma

Horacio las miraba desde el otro lado de la barrera y reía escandalosamente. Cada vez que una de ellas perdía el equilibrio y estaba a punto de dar con el culo en la pista, él agitaba un puño en el aire y emitía un aullido que se elevaba por encima de la algarabía del Palacio del Hielo. Aunque lo cierto era que ni Magaly ni Eimy se caían. Progresaban en trazadas cortas y seguras, esquivando a la marea de patinadores, y a cada minuto que pasaba era Horacio quien se abochornaba un poco más de su posición tras la barrera.

—¡Ven! —Eimy alternaba gestos de desafío y burla—. ¡Gallina!

—No va a venir —pronosticaba Magaly—. Te digo yo que no.

Pero Eimy siguió lanzando guiños hasta que Horacio se fue en busca de unos patines. Su tambaleante irrupción en la pista fue jaleada por las dos mujeres.

—¡Bravo!

Entonces ocurrió algo, un gesto cándido que de pronto hizo girar la perspectiva de Magaly y desencajó su sonrisa. Eimy le mostró el signo de la victoria mientras se adelantaba a socorrer al hombre.

Debía admitirlo: Eimy era más joven y tenía una cintura más estrecha. Entre ellas siempre habían dicho que Magaly era la guapa, pero ahora la dulzura de sus rasgos se revelaba como una moneda devaluada, casi fuera de circulación. Se sintió pesada y vieja tras la estela de su amiga.

—¿Estamos locos? ¡Los negros no patinan! —venía gritando Horacio, con las rodillas dobladas y los brazos extendidos igual que un polluelo—. ¡Que somos del Caribe, carajo!

Se le resbaló el pie derecho y cayó de bruces. Ellas se carcajearon y dejaron que se levantara por sí solo, cosa que le tomó su tiempo, entre resbalones y contorsiones.

—Bueno, ¿ya estás contenta, no? —Señaló a Eimy, contagiándose de su risa—. Estabas empeñada en que me diera una trompada y ya lo has conseguido.

Eimy le ofreció su brazo de apoyo.

—Una vuelta, nada más —propuso, mientras lo guiaba.

—¿Me quieres matar?

Magaly patinó unos metros por detrás de ellos, pero luego comenzó a desviarse. Como en una especie de experimento, se detuvo a cierta distancia y los observó un rato. Luego, cuando se reunieron al otro lado de la barrera para descalzarse, ya había sacado sus propias conclusiones.

—¿Estás bien? —le preguntó Eimy, mientras Horacio devolvía los patines en el mostrador—. Se te ve cansada.

—Un poco.

Montaron en la furgoneta de Horacio, los tres delante, Magaly en medio. La idea era dejar a Eimy en su casa, cerca de Cuatro Caminos, para luego bajar hasta el refugio de Horacio en Carabanchel y retozar toda la noche, pero enseguida se vieron atrapados en un hormiguero de coches y autobuses alrededor del estadio de fútbol.

—Aquí tenemos para una hora —vaticinó él, sin verdadero enojo.



Eimy se inclinó para cambiar la música, desatando una nueva comedia de protestas y risas. Encajonada entre los dos, Magaly se concentró en la hilera de faros rojos y blancos que se extendía ante sus ojos en busca de un efecto narcótico. Deseó no estar allí. Deseó convertirse en un fotón y habitar para siempre en aquella iridiscencia infinita y pulsátil, o en algo todavía más diminuto, una magnitud inapreciable, un resto de energía.

Estás rindiéndote, se advirtió. Y entonces estiró el brazo y cambió la sintonía de la radio, y dijo algunas obscenidades, y dio unos empujones, y rio más alto que ellos. Llevaba muchos años de práctica en el arte de la simulación.

Eran casi las doce cuando por fin dejaron a Eimy en su casa, y un silencio abatido ocupó el lugar de las risas en la furgoneta.

—Es un poco tarde —dijo Magaly en el primer semáforo.

—¿Sí? —Horacio miró el reloj, como si no lo supiera—. Anda. Qué, entonces, ¿te dejo en casa? Se te ve cansada.

—Ya me lo dijo Eimy. Mejor llévame a casa, sí.

—No pasa nada. Otro día.

El edificio de Magaly quedaba a pocas calles, un paseo de cinco minutos andando, pero dejó que Horacio la llevara hasta el portal. Sentía que algunas frases debían ser pronunciadas. Que había notado cómo miraba a Eimy, por ejemplo. Que no era idiota. Eso enfurecería a Horacio, lo que estaba bien, pero le haría parecer débil a ella.

Así que dijo:

—He vuelto a tener sueños.

—¿Qué sueños?

—Ya sabes. Sueños de muertos.

—Maggi...

Un peso invisible aplastó a Horacio. De todas las maneras que ella podía elegir para alejarlo, aquella era sin duda la más eficaz.

—No es culpa mía —dijo Magaly—. Simplemente vienen a mí.

—Tienes que... —Horacio se agarraba al volante como a un salvavidas—, tienes que dejar eso atrás, princesa. Quitártelo de la cabeza para siempre.

—No lo decido yo, ya te lo he dicho.

Su novio sacudió la cabeza, al borde de la furia.

—Muy bien, ¿y para qué me lo cuentas? —dijo—. Sabes lo que pienso de esas cosas. De verdad, no te entiendo.

El semáforo cambió a verde, avanzaron despacio. Los dos hablaban mirando al frente.

—Es parte de mí, Horacio. No puedo renegar de mi origen.

—Ya no estás en Hondo Valle, Magaly. Ni siquiera en Santo Domingo. Estamos a siete mil putos kilómetros de tu origen.

—Qué importa eso. La tierra es la misma. Yo soy la misma.

Él soltó un bufido.

—A eso me refiero exactamente. Eres una tozuda. Fíjate en Eimy. Se ha integrado a la perfección. Su jefe ni siquiera sabe que es dominicana.

—¿Es ciego?

No hubo más palabras hasta que llegaron frente al número de Magaly.

—Te llamo el viernes —dijo él, sin mirarla. Un pequeño Bob Esponja se mecía colgado del retrovisor, diciendo hola o adiós con la mano.

—Vale.

Se esforzó en no pensar mientras bajaba de la furgoneta, recorría la acera hasta el portal, atravesaba el patio interior y accedía a su pequeño apartamento de ventanas enrejadas. Durante un año tuvo un gato llamado *Monsieur*, negro y blanco, que entraba y salía por la ventana cuando quería. Era toda su compañía y un día decidió no regresar.

Se descalzó, se lavó la cara, se puso un pijama —uno bien grueso, dormir allí era como hacerlo en una gruta húmeda— y subió al altillo donde se alojaba su cama. Allí arriba Magaly tenía que moverse agachada. Dúplex para pobres. Se tumbó y dedicó un rato a que las lágrimas cayeran por sus sienes. Aquello no era llorar, porque no se puede llorar con tanta disciplina. Purga sería una palabra más exacta.

Luego escuchó las televisiones y los pasos de los vecinos hasta que todo el mundo se durmió y los olores de las cenas se extinguieron en el patio.

Entonces, al fin, cerró los ojos.

—Muy bien, muertitos. Ahora contadme.

## (Abajo)

Así que esto es morir, piensa Andrés.

Hundirte en una oscuridad rugiente, perder la noción de qué es arriba y qué es abajo, golpearte la cabeza y los brazos y las piernas y otra vez la cabeza, pero seguir deslizándote sin remedio, seguir cayendo. Un final sin final, un remolino de puro vacío. Y en medio del caos, inesperadamente, una idea de paz, aunque a medio formar, un castañeteo de sinapsis cerebrales programadas para favorecer el tránsito. Todo irá bien, susurran. No luches más.

Pero ocurre que la caída se frena, apenas un minuto después, y la muerte también.

El coche se desliza a ciegas, blandamente, como acometiendo el último tramo del tobogán, y queda detenido sobre sus cuatro ruedas, con un ligero peralte en la parte trasera. El ruido persiste, sin embargo, quién sabe durante cuántos minutos: rocas y fango acomodándose alrededor y encima del vehículo. Haciéndolo crujir.

Después, un silencio todavía más pesado.

—Ah... —gime Andrés, o cree hacerlo.

La gravedad del suceso cala en su mente a la vez que un hormigueo de resurrección se expande por cada uno de sus miembros. Terremoto. Derrumbe. Corrimiento. Fenómenos con doble erre, a modo de gigantesco arado.

La pregunta, incluso después de entender la naturaleza del desastre, se proyecta como un grito de terror infantil: ¿dónde estoy? Un diminuto piloto rojo del salpicadero es la única luz, pero apenas es capaz de imponer su exigua presencia.

Andrés se palpa los brazos, las piernas, la cabeza, y solo encuentra aislados fogonazos de dolor. Un milagro. El segundo milagro es que sigue sentado en un coche aparentemente entero. Sus dedos buscan el cristal de la ventanilla y allí está, frío y liso. Extiende la mano y toca el volante, el salpicadero, la luna del parabrisas. Todo ha resistido como si algún dios del inframundo hubiera abrazado al coche durante el vertiginoso descenso.

El hombre del otro asiento no se mueve. Andrés ni siquiera está seguro de que continúe allí, tal vez la otra puerta se haya abierto en algún bandazo y el tipo haya salido despedido. Pero siente su calor. Tantea cautelosamente a su derecha y enseguida nota el cuerpo, que se encoge al contacto. De Lezo sigue vivo, quizá gimiendo o maldiciendo en la oscuridad.

Andrés busca el interruptor en el techo del vehículo. Una de las pequeñas bombillas prende y las miradas de los dos hombres corren al encuentro. En la pálida luz del habitáculo sus rostros tienen una textura untuosa, fantasmagórica. De inmediato se miran las manos: las de Andrés, vacías, como si la pistola y la mochila hubieran desaparecido por ensalmo; las del empresario, aferradas a su muslo derecho.

—Mi pierna —masculla.

Andrés echa un vistazo y tarda unos segundos en comprender el nudo espantoso que ha reemplazado la rodilla del otro hombre. Al parecer, el corpachón de De Lezo se ha zarandeado como un monigote de un lado a otro, durante la caída, mientras su pierna derecha quedaba

inmovilizada bajo la guantera. Rota sin remedio. Retorcida y deshecha como el paraguas que ahora se dobla feamente sobre su regazo.

Cuando vuelve la vista a su rostro, una gota de sangre surca la frente contraída de De Lezo. No es gran cosa, apenas el indicio de una brecha escondida bajo la prieta pelambreira del hombre, pero el color rojo hace saltar todas las alarmas simbólicas en la mente de Andrés.

Instintivamente prueba el tirador de su puerta. En vano.

Están atrapados.

*Enterrados* es la palabra exacta.

De Lezo acompaña su mirada lívida en derredor. Una pasta negruzca se apelmaza contra los cristales, que resisten heroicamente intactos, salvo por una raja con forma de V en mitad del parabrisas.

—Tenemos que pedir ayuda. —Su voz se ha achaparrado, lo mismo que la abertura de sus labios, como si una gran columna de congoja pesara sobre su cabeza—. No me puedo mover.

Pero las manos sí puede moverlas, y se pone a buscar algo en el interior de su abrigo. Los dedos, pringosos de sudor, tardan en atrapar su presa. Tan pronto como Andrés ve el rectángulo negro del móvil comienza a negar con la cabeza.

—Escucha... —El dolor atraviesa las palabras de De Lezo—. Si no nos sacan pronto tú también vas a morir, ¿no te das cuenta? Estamos enterrados, no hay aire.

Andrés continúa meneando la cabeza, aunque sin energía, una inercia de emociones desajustadas. De Lezo comprueba la cobertura de su iPhone: apenas una barrita enana, un milímetro que parpadea entre la vida y la nada. Apretando los dientes, teclea 112.

Se lleva el teléfono a la oreja. Nada. Nada. Nada...

Y de pronto está llamando.

—Gracias a Dios.

En el instante en que alguien responde al otro lado —una voz segura, sin dobleces, un funcionario de la salvación—, Andrés arrebató el teléfono a De Lezo y corta la llamada.

—¡No! —De Lezo se arroja hacia él, pero lo detiene un hachazo de dolor—. ¡Ah! —Algo se abrasa dentro de su pierna, los huesos transformados en sarmientos crepitantes. Duele tanto que todo su cuerpo se estremece, y a cada sacudida, un nuevo fognazo—. No... —balbucea, entre lágrimas—. ¿Qué pretendes?

Pensar. Lo que necesita Andrés es tiempo para elaborar aunque sea un solo pensamiento útil. Manosear las opciones antes de que se hundan en el fango de su culpa. Porque en aquella región de su conciencia nada flota. Ninguna razón, ninguna consecuencia, ninguna meta.

Derrenga los brazos.

—Te da igual —constata De Lezo, y es como recibir una noticia pavorosa—. ¿Se puede ser más idiota! Creías que lo hacías por la pasta, y de repente acabas de darte cuenta de que te daba igual. Lo único que querías es llevarme al hoyo contigo. ¡Enhorabuena! —Quiere carcajearse, pero se le empantana la voz—. Dios mío, tendría que haberlo imaginado.

La acusación está hecha con material de derribo mental, la creencia paranoica de que Andrés pueda tener algún control sobre los movimientos del cielo y de la tierra. Y, sin embargo, hay un fondo de verdad. Andrés encuentra sus propios ojos exangües en el espejo retrovisor y entiende por qué aquel hombre ha pronunciado tales palabras.

¡No!, tiene que gritarse por dentro. No ha llegado hasta allí para morir.

Examina atentamente la tierra al otro lado del cristal. No es una fotografía inmóvil, muestra surcos vivos, canales por los que aún fluye y busca acomodo. Alentando las esperanzas del otro, Andrés rescata su teléfono móvil del suelo y abre la aplicación de habla. Escribe:

«Estamos cerca. Por eso hay cobertura».

Se gira y estudia el grado de inclinación del vehículo, aunque es difícil estar seguro sin puntos de referencia. Luego señala la ventanilla trasera derecha y escribe:

«Voy a intentar salir por ahí».

—¿Qué? —De Lezo parpadea, confuso—. No, espera. Si abres se inundará, ¿estás loco? Dame el teléfono. O llama tú a alguien, un amigo tuyo, a tu hermano... ¡A quien sea!

Una sonrisa se despliega involuntariamente en los labios de Andrés. A tu hermano, claro. Se guarda los dos teléfonos en la sudadera y desliza hacia atrás su asiento para abrirse hueco.

—No...

La mano de De Lezo quiere prenderse de su brazo y Andrés se la sacude. El empresario grita de dolor y después se hunde en una plegaria gimoteante. Mientras serpentea por el hueco entre los asientos, Andrés descubre que sus piernas también palpitan, magulladas y doloridas, pero en un minuto logra alcanzar el asiento trasero. Se instala detrás de De Lezo, toma aire —un aire que ya siente más espeso, como de segunda mano— y comienza a girar la manija de la ventanilla. Tiene que emplear más fuerza de la esperada, sus músculos entumecidos contra el peso de la tierra al otro lado, pero al fin el cristal desciende los primeros centímetros.

## Los tripulantes de Raimon

### *Familiar.*

Había una buena razón por la que el nombre de la Avinguda Mimosas le resultaba tan familiar.

La *scooter* de Fede se adentró petardeando entre las hileras de chalets, palmeras y naranjos como si reingresara en un recuerdo extraordinariamente vívido. Fue un verano del ochenta y tantos, cuando su padre andaba obsesionado con transformar el cemento en oro. Su socio y él compraban pequeños edificios en mal estado que luego reformaban y vendían por el doble de precio. No fueron los primeros ni los más listos, pero en aquella época era casi imposible perder dinero.

En los tres meses de aquel verano, Andrés y Fede solo veían a su padre durante la hora de cenar. Se levantaba temprano, desayunaba entre susurros con mamá y luego se marchaba sin despertarlos; había obras que supervisar, edificios que investigar y tratos que cerrar, aunque nada espectacular; papá era un pez enano en un mar cada vez más poblado de escualos. Incluso si no hubiera sucedido lo que después sucedió, Fede estaba taciturnamente seguro de que su padre nunca habría llegado a convertirse en un hombre rico con el ladrillo. Carácter y destino a menudo conspiran contra los sueños de los hombres.

Aparcó la moto delante del número 9, se quitó el casco y observó por encima de la puerta metálica el chalet amplio y mal cuidado, las ventanas turbias, el revoque blanco agrietado y el porche lleno de muebles apilados. La única ventana de la segunda planta se asomaba sobre lo que parecía el recinto de una piscina. Fede intentó distinguir el reflejo del agua a través de las ramas mustias del seto, sin encontrarlo.

La textura de la calle se adhería a su memoria como una horma perfecta. Se sentía etiquetado en aquella fotografía de aceras abultadas, sombras famélicas y muros bajos, pero aún se le escapaba algo, lo más importante, un ángulo desde el que contemplar la imagen completa.

El portero automático no mostraba ningún apellido ni placa, y el dedo índice de Fede pareció a punto de amotinarse a medio camino del botón. Una sensación de trampa y a la vez de escapatoria. Un instante en la frontera de qué, de una vida distinta, ¿de una vida con Loreto? O todo lo contrario. Una deserción.

Arrugó el ceño, odiándose nubladamente, y tocó el timbre.

—¿Quién? —vibró una voz neutra.

—Hola, eh... —Fede se dio cuenta de que no tenía nada preparado, ni siquiera lo que iba detrás del *hola*—. ¿Eres Alfredo?

—Sí.

—Soy Fede. —Dejó un hueco para el reconocimiento, pero este no llegó—. El vigilante. Estuviste ayer hablando conmigo en...

—Ah, Fede, perdona, estaba con unas... ¿Puedes esperar ahí un momento?

—Claro.

—Salgo en un minuto.

Fede buscó el paquete de chicles de nicotina en su bolsillo y se echó uno a la boca. De pronto se vio ridículo, allí plantado con su moto de juguete y su uniforme de segurata —había dejado el cinturón con el revólver y todo lo demás en el armero, claro está—, dispuesto a exigir doscientos mil euros como si tal cosa. Estaba a punto de rajarse y salir huyendo cuando escuchó el sonido de la puerta del chalet. El aspecto de Stracquadani lo tranquilizó. En chandal, y tratando de instalar unas enormes gafas de sol por encima de sus gafitas redondas, descendió los tres escalones del porche con lentitud de galápago.

—Estás peor que yo, Stracquanijo —murmuró para sí Fede.

Y fue en ese momento, mientras veía a su antiguo compañero de clase recorrer el camino de cemento hasta la verja, cuando Fede cayó en la cuenta de que no era solo la calle. Era la casa. La misma casa, con su tejado en forma de cuña, su claraboya de cíclope en el altillo y su portón de madera oscura, casi negra.

—Perdona, Fede. —Stracquadani desplegó un manojo de llaves para abrir desde dentro—. Estamos con los preparativos y ando con mil cosas en la cabeza.

No hubo invitación a entrar. En su lugar, Stracquadani salió y volvió a cerrar la puerta a sus espaldas. Fede se preguntó si sería una venganza por el desplante del día anterior ante las rejas del Alpha Centauri. Pero otra duda se impuso:

—¿Esa piscina siempre ha estado ahí?

—¿Qué? —Stracquadani orientó su perilla rubia hacia el chalet, confuso. Luchaba por mantener el doble par de gafas sobre su exigua nariz—. No lo sé. Llevamos solo un mes aquí. ¿Por qué?

—Creo que esta fue la misma casa donde pasé un verano con mis padres, hace mil años. Solo que entonces no tenía piscina. Ahí había una palmera enorme. —Señaló el lugar exacto, aunque el otro se limitaba a asentir—. Yo solía trepar por ella cuando mis padres no me miraban. Sí..., joder, era esta casa.

—Si tú lo dices. *Uau*. —El calvo se removió, incómodo con la charla. Hizo una señal hacia la calle—. ¿Andamos un poco? A Raimon no le gusta que la gente merodee.

El nombre del gurú planeó sobre el ánimo de ambos como un pajarraco mientras avanzaban unos metros por la calzada. Los coches corrían por la avenida principal, más abajo, pero ninguno parecía tentado a desviarse por Mimosas.

—Entonces, Fede. ¿Ya lo has pensado? —Stracquadani trató de rescatar su entonación vigorosa de *brand manager*, pero la resaca alargaba demasiado cada sílaba—. Espero que no hayas venido para decirme que no en persona.

—He venido para decirte que acepto... por doscientos mil. —Lo soltó deprisa, con un deje de chulería inesperado, traído de siglos atrás, del patio de los maristas. Se arrepintió de inmediato.

—*Uau*. —Stracquadani se levantó las gafas de sol para mirarle con las otras—. Vas fuerte, ¿eh?

—Oye, no te lo tomes a mal. No pretendo ofender a Raimon ni a nadie, ¿vale? Lo que pasa es que me estoy jugando mucho. El asunto... —Encogió la voz—. El asunto puede ser peligroso. No sé exactamente qué vais a hacer, ni me importa, pero dejar subir gente ahí arriba, en mitad de la noche...

Stracquadani lo interrumpió con una risa nasal, desagradable.

—Vale, vale. —Mostró las palmas de las manos en señal de rendición—. Si lo entiendo

perfectamente. Y estoy seguro de que a Raimon le parecerá razonable.

Fede asintió, rígido y profesional. Pero la perplejidad le venció:

—¿En serio?

—Sí. —Rio—. Ya te dije que para nosotros es muy importante que salga todo bien, y no vamos a mirar en gastos. ¿Cómo te lo diría? —Modeló una sonrisa santurrón—. Esto solo pasa una vez en la vida.

Le tendió una mano pequeña y rechoncha a Fede, que tuvo que combatir el impulso de dar un paso atrás. Carácter y destino.

—Doscientos mil. —Se obligó a apretar la mano de Stracquadani—. Y nada de preguntas, como se suele decir.

—Puedes preguntar cuanto quieras, Fede. Somos una comunidad abierta, nos gusta hablar de lo que hacemos. De hecho, nos encanta.

—¿Sí? —Fede prefería no saber todas las cosas que *les encantaba* hacer en aquella casa, la casa de aquel verano de su infancia, pero el personaje de Stracquadani le tenía intrigado—. Si quieres nos tomamos una cerveza por ahí y me lo cuentas. O no. Todo el rollo este de las comunidades, las meditaciones en grupo y tal... No va conmigo.

—Meditaciones en grupo —repitió Stracquadani, divertido.

—O lo que sea. Oye, ahora tengo que volver, se supone que estoy currando. —Se palpó la insignia de la empresa de seguridad.

—Okey, pero llámame luego, ¿vale? Te explicaré los detalles para el lunes.

Regresaron hasta la moto de Fede, una Suzuki fea y tan baqueteada que era fácil imaginar su origen: otra de tantas desechadas por un negocio de alquiler, prácticamente regaladas al primero que pasase por allí, cuando ya lo único que rodaba en Benidorm eran sillas motorizadas.

—Mientras tanto —se despidió Stracquadani, abriendo la verja—, podrías empezar por nuestros vídeos de YouTube. El canal se llama *Los tripulantes de Raimon*.

Fede se colocó el casco para ocultar la expresión que comenzaba a cuajar su rostro y levantó los dos pulgares. Había descubierto algo en el fondo de los ojos de Stracquadani. Un paisaje en ruinas. Una emulsión inestable, como ciertas clases de explosivo.

Mejor no estar cerca de este hombre cuando prenda la mecha, se advirtió.

Luego montó en su *scooter* y salió repiqueteando por la calle, perseguido por la sospecha de haber cometido otra más de sus legendarias estupideces. Aceleró de regreso a la sombra de su rascacielos.



## Borrasca

—Hace casi un mes que no sé nada de tu hermano —dijo Claudia, aunque no había forma de que su hijo la escuchara desde el salón.

Habían desarrollado una generosa coreografía de incomunicación: Andrés traía o llevaba platos, barría o llevaba a cabo cualquier tarea que le fuera encomendada, mientras ella se ocupaba de los asuntos de la cocina, verdadero núcleo de la casa, sin dejar de hablar. Lo hacía por los dos, y repetía cuantas veces fuera necesario.

—Lo último es que iba a trabajar de vigilante en unas obras, creo que me dijo, pero a saber. Ni a él le gusta dar explicaciones ni a mí pedir las, ya me conoces.

Mientras recogía la mesa, Andrés evitaba poner los ojos en las imágenes del televisor. Las noticias de sucesos atronaban en silencio con su estética cruda: los rostros vulgares de quienes han asesinado o sido asesinados, una puerta precintada, los vecinos que no quieren hacer declaraciones, pero las hacen: parecía un buen hombre, siempre atento a sus hijos, qué horror, qué horror, pobres criaturas. Noticias que crujen y caen como el descortezamiento de un día cualquiera: ahora mira lo que hay debajo. Si puedes soportarlo.

Cuando volvió a la cocina, utilizó el lenguaje de signos para dirigirse a su madre.

—¿Con Magaly? —respondió ella. Sus manos aleteaban de vez en cuando, aunque sabía que sus gestos ya solo eran un eco de lo que Andrés leía de sus labios—. Muy bien. No puedo dejarle hacer la paella porque nunca le coge el punto, pero lo demás muy bien. Hace las cosas sin preguntarme todo el rato, como la otra que tuve, Marisa.

Andrés dijo: «Me alegro».

—Y yo. Pero no me confío. —Cerró la puerta del lavavajillas y lo programó—. Cualquier día se vuelve a su país.

«¿Te lo ha dicho?».

—No hace falta que me lo diga. Entiendo mejor lo que la gente se calla que lo que dice. Y Magaly está siempre con el pensamiento en la República Dominicana, aunque no lo diga.

Andrés tenía catorce meses cuando la meningitis vino a hacerle una visita nocturna, lo llevó al borde de la muerte y le dejó como recuerdo una sordera total para el resto de sus días. Pasaron tres años más, tres calendarios enteros con anotaciones de pruebas médicas y citas con especialistas, hasta que alguien les sugirió que, en fin, mientras seguían investigando no perdían nada por aprender el lenguaje de signos para comunicarse con su hijo. El niño lo aprendió tan deprisa que Claudia y Rafael estuvieron cambiando miradas culpables durante varias semanas, como si fueran ellos quienes habían mantenido secuestrada la voz de su hijo.

«Si ella se va, encontrarás a otra».

—Ah, eso seguro. Pero me daría pena, le he cogido cariño a Magaly. Además de trabajadora es amable, pero sin ser empalagosa. Y se cree lo que le cuento de Rafael.

Los hombros de Andrés se desplomaron perceptiblemente. Dijo:

«¿Otra vez?».

—Ya sé lo que piensas, hijo. Pero yo veo lo que veo, y las cosas me desaparecen, me cambian de sitio. Si no es tu padre, es que me estoy volviendo loca. Tú verás.

Andrés se apoyó en la pared y observó a su madre mientras ella terminaba de limpiar la encimera. La visitaba todos los fines de semana desde... ¿siempre? Esta era la catastrófica verdad sobre ellos dos: nunca se habían distanciado lo suficiente para reencontrarse con un beso o un abrazo. Tampoco recordaba un abrazo de su padre. Simplemente era algo que no sucedía en su familia. Y Andrés debía confesar que jamás lo había echado en falta. El afecto entre ellos se entendía como una asignatura convalidada de otros cursos, de la primera infancia, tal vez, una competencia de la que ya no necesitaban examinarse.

Ahora Andrés miraba a su madre y se preguntaba por cuántos lugares puede romperse el casco de una familia sin que nadie advierta que se está yendo a pique.

—¿Has barrido el salón?

«Voy».

Cuando eran adolescentes, Fede y Andrés se burlaban de su madre porque no les dejaba hacer el signo de «Te quiero» en lenguaje americano de sordos. Aquel puño con cuernos y el dedo pulgar extendido le parecía demasiado obsceno, así que —en las pocas ocasiones en que se vio impulsada a manifestar tal sentimiento— ella optaba por el más medido y bello gesto de cruzar las manos sobre el pecho. Como es natural, el gesto prohibido se convirtió de inmediato en el saludo secreto entre los dos hermanos, aunque por una época muy breve, apenas un año, antes de que sus adolescencias tomaran vías opuestas.

En el televisor, un mapa invadido de flechas anunciaba la llegada de una gran borrasca por el norte y Andrés interrumpió el barrido para leer los subtítulos. Tormentas. Vientos de 100 kilómetros/hora. Precipitaciones abundantes, localmente fuertes o persistentes en el noreste y en zonas montañosas. Lo peor se espera el lunes.

Cogió el mando para apagar, muy deprisa, aunque su dedo erró dos veces sobre el botón.

—¡No lo quites, que ahora empieza la película! —dijo su madre.

Como si tuviera que recordárselo. La ceremonia, nunca verbalizada, consistía en sentarse juntos a ver la película de Antena 3 hasta que Claudia se quedaba dormida y él se marchaba silenciosamente. La de aquel sábado se titulaba *Atrapada en la mentira*, y trataba de una joven y atractiva jueza que descubre la implicación de su amante —otra jueza de mayor edad, pero no menos atractiva— en una retorcida trama criminal. El trazado de la historia era tan grueso que Andrés podía seguirla y asentir a los comentarios de su madre sin molestarse en leer los subtítulos, aunque sus pensamientos se habían ido flotando muy lejos, hasta el corazón de una inminente tormenta.

*Lo peor se espera el lunes.*

Sacó el teléfono móvil y buscó el wasap de su hermano. Iba a teclear, pero las palabras no llegaban. Entonces levantó la vista a la pantalla y leyó lo que decía la rubia protagonista:

—Quiero que sepas que hiciste bien en no ayudarme, de todas formas. Cada uno debe resolver sus propios problemas.

Las frases activaron una sonrisa involuntaria en el rostro de Andrés y fluyeron rápidamente hasta la punta de sus dedos.

Un rato después, Claudia roncaba suavemente y Andrés se rescató a sí mismo del sofá. Cogió el abrigo, escabulléndose con pisadas de gato, pero algo lo retuvo en la puerta del salón; quieto

como un centinela, tan solo contemplando el lugar. La sala de estar. La habitación de vivir. Espacio igual a tiempo. Veintitantos metros cuadrados que coincidían con los treinta y siete años de Andrés. Cortinas que eran extensión de tela y extensión de horas en descolgarlas, lavarlas y colgarlas de nuevo (aunque esto era tarea de Magaly, desde el accidente). Estanterías con fotografías de otros espacios y de otros tiempos, todos conjurados en un perpetuo aquí y ahora. Se preguntó, como cada vez que contemplaba aquel museo familiar, por qué su madre mantenía la urna con las cenizas de papá escondida en un armario de su cuarto, en lugar de colocarla aquí, entre los santos domésticos, donde naturalmente le correspondía. Tal vez era un fetiche demasiado macabro. Una especie de trofeo otorgado al superviviente.

Miró a Claudia; su pelo caoba, sus pantalones de casa, sus brazos cruzados sobre el jersey de lana. Inmóvil y sagrada como una figura más del retablo. Se imaginó a sí mismo acercándose de puntillas y dejándole un beso en la frente, pero no se movió. Temía demasiado despertarla y encontrarse con sus ojos interrogantes. Qué pasa, hijo, preguntaría. Alarmada por un beso.

Se convenció de que él había cumplido con su parte solo imaginando el gesto. Ahora, que el ángel custodio de los sueños decidiera si su madre lo recibía o no, un salto de mente a mente. No sería un milagro importante, después de todo. Nada que pudiera romper las costuras del universo.

Movió su mano derecha: «Adiós, mamá».

Luego cerró cuidadosamente la puerta acristalada del salón y se marchó, como cualquier otro sábado.

## (Abajo)

El barro se precipita dentro del coche en un vómito torrencial.

—Dios mío. —En su asiento, De Lezo retuerce el cuello para mirar—. ¡Cierra eso!

Por un instante Andrés también está seguro de que ha cometido un error fatal, de que el fango inundará el habitáculo en menos de un minuto y los sepultará vivos. Trata de subir de nuevo el cristal, pero ya es demasiado tarde. Aplica su fuerza bruta a la manija hasta que percibe un *crack* y la nota lánguida e inútil en sus manos. El otro hombre no para de gritar. Ciérralo. Porloquemasquieras. Nos vas a matar. Tarado de mierda. Incluso sin oírlo, Andrés acusa el impacto vibrante de cada insulto. Antes de un minuto, sin embargo, cuando el barro ya alcanza las pantorrillas de Andrés y parece llegado el momento de recordar las oraciones de la infancia, la catarata comienza a menguar. El fango deja paso a piedras y terrones sueltos y muy pronto el caudal cesa por completo, como si el corrimiento hubiera encontrado un punto de equilibrio.

Al otro lado de la puerta, una oquedad se abre en la tierra a modo de invitación. Andrés se libera apresuradamente de la materia que le ha venido encima y busca el teléfono móvil. Teclea:

«Hay hueco para salir. Voy a hacer un túnel».

Tiene que golpear el asiento de De Lezo para que interrumpa su balbuceo autocompasivo y preste atención a su mensaje.

«Voy a hacer un túnel».

—No, no, no... —Se sujeta la cabeza con las manos, una olla de dolor y desesperación—. Pide ayuda, por favor. Te lo suplico...

El aire se ha llenado de humedad, el aliento de los kilos de tierra que son el nuevo pasajero del coche. Por primera vez, Andrés siente que le cuesta trabajo respirar. ¿Tan pronto? Pero ¿cuánto rato llevan realmente allí?

Con un agujonazo de angustia se pone a escarbar a través del hueco de la ventanilla. En menos de un minuto sus dedos están negros y ateridos, pero la tierra se desprende con facilidad y el calor de la fe aviva sus músculos. Sí, puede conseguirlo. Tal vez incluso antes de lo que piensa estará ahí arriba, sintiendo la lluvia en el rostro y riéndose de su mala suerte.

—Escúchame... —De Lezo trata de recomponerse y devolver algo de vigor a su voz—. Te daré dos millones. Los tengo en metálico, en la caja fuerte de un banco en Pamplona. Es el dinero que uso para arreglos privados, dinero B, totalmente seguro. Dos millones y algo, no sé cuánto exactamente, ochenta o noventa mil... Solo te pido que llames al 112. Diremos que... —Traga saliva ante una nueva embestida de dolor—. Diremos que somos amigos, o... O mejor no diremos nada. Dos personas que viajan juntas y han sufrido un accidente, ya está. Nadie va a preguntar nada. Y te juro por Dios que yo no diré nada. Iremos al banco y tendrás tu dinero. Todo lo que haya en la caja fuerte. Luego, cada uno por su lado y lo olvidamos todo... ¡Eh, mírame! ¡Mírame al menos para entender lo que digo, por Dios!

En su burbuja de silencio, Andrés se limita a escupir y apartar la lluvia de fragmentos que le caen en la boca y en los ojos, descuajados por la acción de sus dedos. Ya puede introducir los

brazos enteros en el muro de tierra, y no obstante necesita abrir un hueco mucho mayor, al menos tan ancho como sus hombros. Irremediablemente, el aluvión de tierra y lascas se va acumulando dentro del coche, pero ese es un problema por el que no está dispuesto a preocuparse aún.

Un único verbo conserva intacto su poder: *salir*.

—¡Estás moviendo el coche! —aúlla De Lezo, sintiendo las sacudidas cada vez que Andrés se zarandea en el asiento trasero—. ¡Eh! ¡Estás moviendo el puto...!

De pronto el pie izquierdo de De Lezo toca un objeto en el suelo. Sabe lo que es antes de mirarlo, y el corazón le vuelve a brincar. Aparta el paraguas retorcido de entre sus muslos —no sin morder un grito de suplicio— y se agacha lo suficiente para recoger el objeto.

La pistola.

La lleva a su pecho y permanece inclinado para asegurarse de que su espalda la oculta, aunque hace rato que Andrés no pone la mirada sobre él, ni sobre otra cosa que no sea la tierra y sus propias manos. De Lezo empuña el arma muy despacio, como si la falta de experiencia pudiera suplirse con delicadeza. A fin de cuentas, ¿quién no ha visto el funcionamiento de una pistola en el cine? Busca el seguro y, naturalmente, allí está. Lo desplaza con un levísimo *clic*, y tiene que luchar contra un imprudente acceso de euforia.

—De acuerdo —murmura para sí. Necesita un punto de amarre, una emoción detenida—. Me va la vida en esto.

Y sus labios arrancan una silenciosa cuenta atrás. Cinco... Cuatro... Tres... Dos... Uno...

Sabe que le va a doler como una puñetera crucifixión, así que aprieta las mandíbulas, ciñe la pistola con fuerza y se gira hacia el asiento trasero.

—¡Basta! —El grito se manifiesta sin esperarlo, igual que la parálisis en su dedo índice, una insurrección de su cuerpo ante el repentino vértigo de disparar a alguien—. ¡Basta!

El movimiento capta la atención de Andrés, que se vuelve y encuentra un rostro sudoroso y bovino, fanáticamente ridículo con su pistola de juguete.

«¿Qué haces?», usa de forma automática las manos para preguntar, y el gesto —vagamente masturbatorio— hace que los ojos de De Lezo revienten de furia.

Aprieta el gatillo. Dos veces. Tres. Hasta diez veces con el mismo resultado: un paupérrimo y enervante *chak*.

Lo que llega a continuación es un descubrimiento cruzado: Andrés comprende que aquel tipo ha intentado matarle, aunque patéticamente, y De Lezo entiende que todas sus oportunidades de sobrevivir se han disipado con el eco del último gatillazo.

Justo entonces, en el cénit pasmado de sus miradas, un nuevo temblor. La tierra ruge y el coche vuelve a zarpar.

## Devoradores

Había catorce vídeos colgados en el canal y todos comenzaban con un espacio negro punteado de estrellas. Un cuadrante de cosmos que el espectador atravesaba con el latido de dos únicas notas de fondo, dos medios tonos repetidos en rizo infinito, hasta que la esfera de un planeta, al principio nada más que un punto azul, florecía en el centro de la pantalla y sobre ella se materializaban un título y un subtítulo. *Los tripulantes de Raimon: Una esperanza.* O *Los tripulantes de Raimon: El escalón.* O *Los tripulantes de Raimon: Cielo.* O...

El planeta no era la Tierra, aunque Fede tuvo que escuchar unos cuantos minutos de película para descubrirlo. Lo hizo mientras bebía una lata de Estrella Damm en la decimoquinta planta del Alpha Centauri, con la espalda apoyada en un pilar y el culo sobre el hormigón polvoriento. El aire hacía crepitar una lona de plástico cercana y tuvo que conectar los auriculares a su tablet para escuchar.

—Los cínicos, los aprovechados, los crueles, los egoístas, los frívolos... —comenzaba una voz grave, caldosa, tocada por un acento sedimentario, resultado de muchas vidas—. Los que se han reído mil veces de nosotros. Los que nos ignoran o nos miran por encima del hombro. Los que viven para esclavizar cuerpos ajenos y los suyos propios. Los que solo saben quemar el tiempo y no miran más allá de su propio reflejo... —Una batería de imágenes cotidianas sacudió la pantalla, la humanidad ridiculizada en treinta segundos. Después, otra vez el espacio—. Ellos son los desafortunados, porque no lo han entendido. Están tan volcados en sí mismos que la verdad les ha pasado por delante y no la han visto. Nosotros sí. Nosotros hemos estado atentos. Y hemos visto.

El cosmos retrocedió y quedó confinado en los límites de un ventanal ovalado, revelando que estábamos a bordo de algún tipo de nave. Una figura apareció de espaldas, mirando al infinito. Un hombre en una suerte de traje pálido, casi traslúcido. Muy despacio, se volvió hacia la cámara y entonces quedó claro que se trataba de un rostro creado digitalmente. Un varón joven, de pelo y barba de color castaño, frente alta, ojos claros. El Raimon virtual dijo:

—Voy a hablaros de lo que está a punto de suceder. Y no necesitaré más de dos frases, porque no es un misterio complicado para quien sabe escuchar. El planeta Tierra está condenado, y con él todos los seres que lo habitan. La única forma de salvarte es venir con nosotros.

Repitió las dos últimas frases —la voz, también digitalizada, pero indiscutiblemente más vieja que el rostro, delataba el disfraz con insolente descaro— y sus ojos azules fueron ganando tamaño hasta ocupar casi toda la pantalla. Fede soltó una breve carcajada en el balcón, aunque se le había erizado el vello de la nuca. ¿Por qué no podía quitarse de encima la idea de que *conocía* aquella voz?

A continuación, el hombre del espacio mostró sus manos semisólidas y confesó:

—Este no es mi cuerpo carnal. Pero, en cualquier caso, un cuerpo no es una persona, ¿verdad? Lo sabe cualquiera que se haya mirado con atención en el espejo y se haya dicho: yo soy mucho más que esa piel que cuelga ahí. El cuerpo es un vehículo. Nos permite hablar. Me permite, por

ejemplo, enviaros este mensaje. —Tomó una inspiración de píxeles invisibles, luego cargó de gravedad su mirada—. No hablo en nombre mío, sino en nombre de aquel que ha experimentado todas las emociones, del mayor júbilo a la más terrible aflicción, aquel que ha recibido el don de ver dentro del gran misterio, de los lugares secretos, de los días primeros. Él no tiene nombre, ni sexo, porque en su mundo los nombres y el sexo no son necesarios, pero lo llamaré Zu, porque así me lo ha pedido en sueños.

—No me jodas —murmuró Fede, y dio un trago a su cerveza—. Zumbado es lo que estás.

—Zu me habló por primera vez hace muchos años. Yo entonces era un joven inconsciente, un desaprovechador de la vida, y dejé pasar su aviso. Pero el tiempo me ha hecho cambiar y mis oídos de adulto han sido por fin sensibles a la voz de Zu. Escuchad vosotros ahora.

»En el lugar a donde nos dirigimos, nuestros cuerpos dejarán de ser débiles e imperfectos. Nos transformaremos en seres más evolucionados, nuevos, gracias a una tecnología desarrollada por mentes mucho más avanzadas y generosas que las nuestras, y nos libraremos para siempre de nuestras ataduras. No se trata de un lugar fantástico, no es el cielo de los ángeles del que nos hablan las religiones, ese premio para los que obedezcan a su señor y se libren del infierno. No. Es un planeta igual que la Tierra, y aunque tampoco tiene nombre, Zu nos ha sugerido que lo llamemos Cielo. Dejadme que os hable del verdadero Cielo.

La visión de aquel rostro —porque *había* un rostro real detrás de aquella máscara, estaba seguro, y era tentador buscarle nombres en su memoria— resultaba demasiado turbadora, así que Fede despegó los ojos de su *tablet* para contemplar el cambio de la luz sobre la trama humana de las calles.

Había algo en el aire de octubre, una promesa dorada que seguía ejerciendo su poder a pesar de todo; a pesar de los tejados sucios y la maraña humana, a pesar de la sensación de estancamiento que lo dominaba todo en aquella ciudad. Tal vez no era tan impresionante como los paisajes edénicos del vídeo, pero al menos era real. Siguió escuchando por los auriculares:

—Cielo es un planeta tan hermoso como solía ser el nuestro. Sus habitantes viven en él sin estropearlo, en un nivel superior de evolución. Lo habitan como la mirada de un amante del arte habita un cuadro hermoso, respetándolo, admirándolo. Sin violarlo. Sin comprarlo ni venderlo. Nuestra forma de estar en el mundo es desgastarlo. Nos han enseñado a ser devoradores desde nuestra infancia.

La paciencia de Fede duró poco más de diez minutos. Suficientes para captar el mensaje esencial de Raimon y el propósito de su secta. Investigó sobre el personaje en internet pero se encontró con un silencio cerrado, nada más allá de los comentarios subidos por los espectadores del canal, una veintena de burlas y procacidades que no daban cuenta de los miles de visionados.

En la descripción de cada vídeo aparecía únicamente una cuenta de correo electrónico, y Fede supuso que no había otro modo de llamar a la puerta de la secta. Secta *contactista* era la palabra exacta. El formato se había modernizado, pero no dejaba de ser una réplica de otros grupos con idéntico mensaje, nacidos y muertos entre los años setenta y noventa.

*La única forma de salvarte es venir con nosotros.*

De pronto la idea resultaba tan teatral que Fede no pudo evitar un cabeceo de admiración: reunirse todos en lo alto de un rascacielos, de madrugada, tal vez cogidos de la mano, la frente alzada a la espera de la nave salvadora. Había grados de locura que rozaban lo épico.

A las ocho y media se cambió de ropa en la caseta de obra y guardó el pesado cinturón en la

caja fuerte que hacía las veces de armero. Luego se lavó concienzudamente la cara, como si quisiera desprenderse de la grasa anímica del vídeo, y salió a esperar su relevo en la verja de la entrada. No tardó en verlo acercarse por la acera, alto y giboso como una farola que echa a andar.

—Ey.

—Qué pasa.

Christian no tendría más de veinte años, y Fede estaba convencido de que se pasaba las doce horas dentro de la caseta, viendo porno y obrando en consecuencia. Pero era puntual, que Dios lo bendiga.

—Mañana hago turno doble, acuérdate. —Fede ya estaba montado en su motocicleta.

—Tú mismo.

La Avenida del Mediterráneo se preparaba para la noche: sandalias limpias, camisas y pamelas en calmoso desfile hacia los restaurantes de la playa, los mismos cuerpos maduros e hinchados de la mañana en busca de algo distinto al sol, alguna clase de inmortalidad servida en una tabla de ahumados.

El escaparate de Tattoo Doc estaba presidido por una cabeza de pantera y una rosa enormes, dos explosiones en rojo y negro que atrapaban la mirada de quien asomara a la bocacalle, a cien metros escasos del paseo marítimo. Fede dejó la *scooter* a meditada distancia y se acercó a curiosear por el cristal. El local no era grande y podía verlos, o al menos intuirlos a los dos: Loreto tras el mostrador, inclinada sobre uno de sus bocetos; en la trastienda, la poderosa nuca de Doc bajo el anillo de luz de una lámpara led, al parecer inmerso en su trabajo sobre la piel de algún cliente. Doc ocultaba su nombre tras el apodo igual que escondía su calva bajo una perenne bandana negra; un aspecto de pirata terrible que, pasmosamente, transmitía beatitud por los cuatro costados. Y eso era justo lo que ponía las cosas tan difíciles.

Entró en la tienda por segunda vez en su vida.

—Hola.

El rostro de Loreto reveló una alegría tan sincera que Fede sintió un chispazo de autodesprecio. ¿Por qué coño no era capaz de ser como ella?

—*Can I help you, mister?* —Loreto fue a su encuentro y le dio un pico en los labios. Traía un dibujo—. Qué bien que hayas venido, ¿qué te parece?

Fede tuvo que sobreponerse a la impresión de haber cruzado un umbral sacrosanto, como si los tatuadores conformaran un culto al menos tan místico como el de los contactistas. Miró el dibujo.

—Qué pasada, es genial.

Ella revisó su dibujo —una calavera de ojos rojos, puro entre los dientes y sombrero de copa— con gesto escéptico.

—Ya, así no parece gran cosa, pero la idea es hacerlo puntillista, ¿sabes? Todo con puntitos, es la moda.

—Es espectacular, eres una genia.

Cada hipérbole era un patinazo y Fede decidió callarse. Ella dijo que terminaría en poco rato y le sugirió que hojease el catálogo de tatuajes, si es que aún le intrigaba el significado del que llevaba en el pecho. Fede tragó las frases que traía preparadas, tomó un par de pesados archivadores del mostrador y fue a sentarse en la única silla, entre dos vitrinas de pulseras, colgantes y toda clase de chatarrería. Antes de que llegara a hacerlo, le asaltó la voz de Doc desde la trastienda:



—Fede, ¿qué tal va eso?

—Qué tal, Doc. Aquí andamos. —Dudó si acercarse o no—. Estás de faena, ¿no?

—Pasa, hombre, hay confianza. —Y se dirigió al tipo con aspecto de *marine* que estaba sentado ante él, ofreciéndole el lienzo descomunal de su espalda—. *He's a good friend, do you mind?*

El *marine* dio el OK y Fede se adentró unos pasos, aún con los archivadores en brazos.

El olor a antiséptico y el zumbido de la máquina le hicieron pensar en la consulta de un dentista, aunque la imagen desapareció de inmediato; bastaba un minuto de atención para que las manos gruesas y delicadas de Doc ejecutaran su hechizo. Se trataba de arte. Y no cualquier arte. Un arte que modificaba los cuerpos. Y aunque Fede nunca había sentido el menor interés por los tatuajes, no pudo menos que reverenciar silenciosamente la obra. Lo que florecía en la espalda del *marine* era un auténtico Edén, aunque sin mujeres ni hombres desnudos, solo poblado de bestias y vegetación en estado salvaje.

—Es el más grande que he hecho —dijo Doc, aplicando su aguja mecanizada al lomo de una serpiente—. Mi Capilla Sixtina. Hemos tenido que hacerlo en dos días. ¿Ves? Por eso se ve toda esta mitad enrojecida. Pero hoy acabamos, sí señor. *Today we finish.*

—¡Sisseñor! —El soldado soltó una carcajada que no camuflaba el agotamiento tras diez horas con la carne abierta.

Fede percibió entonces el olor de alguna clase de vaselina, apenas perceptible, y otro más profundo que se mantenía en estado de amenaza, solo a punto de estallar: el sudor de los dos hombres. Lo que tenía lugar ante sus ojos era un rito de feroz virilidad, comprendió Fede, como dos indios pintándose para la guerra, aunque qué clase de guerra no estaba claro.

—Pero aquí nuestra Miguel Ángel es Loreto —aclaró Doc—. Lo mío solo es trasladar el dibujo a la piel.

—¿Estáis cuchicheando? —dijo ella desde el otro lado. Había un regocijo en su voz que disparó las alarmas de Fede. La idea de que los dos hombres pudieran ser amigos era por completo inviable, necesitaba ser abortada de inmediato.

—Bueno, te dejo trabajar.

Huyó y se sentó con el catálogo para buscar el tatuaje que de verdad le interesaba. No tardó en encontrarlo.

—*Bismillah* —leyó, y buscó la mirada de Loreto, que seguía anclada en sus diseños—. Pues me he quedado igual.

—Así comienzan los versos del Corán. Significa «En el nombre de Dios».

—¿Crees en Dios?

—No. —Loreto alzó sus ojos negros. De pronto estaban dotados de una seriedad que cogió a Fede por sorpresa—. No como ellos, al menos. Pero creo en que todo está escrito. Lo que ha pasado y lo que tiene que pasar.

Él se removió en la silla. En la sala de al lado, Doc y el *marine* intercambiaban frases en susurros graves; la liturgia continuaba tras la borrosa interrupción de Fede. Que dijo:

—¿Y está escrito que tú y yo acabemos juntos?

La cara de Loreto se inflamó. Guardó los lápices, recogió una pequeña mochila de tela y abandonó su pupitre-mostrador.

—Doc, salgo un rato, ¿vale?

—No hace falta que vuelvas, yo cierro. Pasadlo bien. ¡Me alegro de verte, Fede!

Una despedida renqueó de los labios de Fede mientras seguía la estela veloz de Loreto hacia la calle. Afuera, la brisa llegaba en olas, demasiado tibia y aceitosa para hacerles olvidar dónde estaban, pero al menos pareció devolverles la calma. Loreto se apartó un mechón de la cara y miró comprensivamente a Fede, que maldijo entre dientes al descubrir vacío su paquete de chicles de nicotina. Ella sacó otro de su bolsillo.

—Son de sandía —avisó, mientras se lo tendía.

—Sandía —rezongó él, tomando uno—. Venga, vamos a *pasarlo bien*.

Ella se adelantó calle abajo, hacia el paseo. Cruzó la calzada y esquivó la floreada corriente de transeúntes hasta que sus sandalias asomaron por encima de la arena. Se quitó la mochila para sentarse en la cornisa de la acera y Fede se le unió silenciosamente.

—El destino que sea nos alcanzará. —Loreto hablaba con la vista fija sobre la línea del mar, donde todavía se recortaba el perfil ominoso del *USS Iwo Jima*, casi tan alto como el de la isla. Divisó las luces de un helicóptero posándose en la cubierta—. Y solo hay uno. Todo eso de los universos paralelos y las vidas que se ramifican cuando tomamos una decisión... Chorradas. Solo hay una vida, y es esta. Lamentarse porque podrías haber tenido otra es ridículo.

—Suen a cárcel.

—No, ¿por qué? —Extendió las manos hacia la playa justo cuando las luces del paseo se iluminaron, como en un truco—. ¿Esto te parece una cárcel?

A decir verdad, Fede pensaba que había que estar un poco chiflado para vivir en un lugar como Benidorm. Pero dijo:

—¿Y si el destino que te alcanza es una mierda?

—Pues acéptalo, porque es tu destino. A lo mejor si lo entiendes así deja de ser una mierda y se convierte en algo maravilloso.

—¿Es maravilloso que haya niños con cáncer?

—Venga ya, Fede...

—Vale, es un cliché. ¿Es maravilloso que mi hermano se quedara sordomudo cuando tenía un año? —Fede saltó a la arena—. ¿Y que luego su empresa se arruinase y se fuera a la calle? ¿Y que luego tuvieran que quitarle el implante un mes después de ponérselo por una infección? ¿Le llamamos para decirle que acepte su maravilloso destino? —Sacó el móvil del bolsillo e hizo el amago de entregárselo a ella—. Más vale que lo hagamos pronto, porque está a punto de mandar su vida a la mierda.

Loreto atendió a las palabras de él sin moverse, boquiabierta.

—No sabía que te preocupaba tanto tu hermano.

El semblante de Fede se cuarteó.

—Eso ha sido un golpe bajo —musitó.

—Perdona. —Ella descendió a la arena para cogerle de la cintura—. No lo decía en ese plan. Lo que pasa es que... no sueles hablar mucho de él, reconócelo.

—¿Mucho? —Resopló—. Me tengo prohibido pensar en mi familia. Los tengo bloqueados —se llevó un dedo a la sien—, como en Twitter. Y la verdad es que me resulta muy fácil. Esa es la puta verdad sobre mí. No te disculpes.

Caminaron hasta un grupo de palmeras que se erigía de forma poco creíble cerca del paseo, como parte del atrezzo turístico. Botellas de licor y vasos de plástico flotaban en la arena.

—El destino es una putada —dijo Fede. Sus ojos se habían reducido a dos troneras—. Mi padre quería dedicarse a la construcción, era feliz con eso. Lo recuerdo con planos extendidos en la mesa del salón, hablando sin parar, como si estuviera preparando el desembarco de Normandía. Pero entonces se le cayó una casa y todo se fue a la mierda. Murieron diecisiete personas, algunos niños. Estaban celebrando el banquete de un bautizo. Y *bum*, se acabó la construcción en esta familia. El socio que tenía fue a la cárcel y mi padre se metió en Telefónica. Se pasó el resto de su vida fichando en un trabajo que no le gustaba, como un zombi. Su vida se hizo tan coñazo que su único momento de disfrute era cuando lavaba el coche. Su querido Volkswagen Passat. —Miró hacia la calle, los ojos encogidos como si lo vieran allí mismo—. Se lo había comprado el último año antes del desastre y se pasaba las mañanas de los sábados con un cubo y una esponja, delante de casa. A veces Andrés y yo le ayudábamos, pero creo que él prefería hacerlo solo. Era su ritual. Luego se jubiló, enfermó, se le fue la cabeza y murió. —Hundió los pies en la arena y miró el resultado—. Así que no me hables del destino como una cosa maravillosa, por favor.

Ella examinó cuidadosamente las palabras y las heridas de Fede. Luego dijo:

—Doc también ha tenido mala suerte, le han caído golpes muy duros. Pero un día se levantó y decidió que nada le iba a hacer abandonar su sueño...

—No me jodas con Doc.

—¿Por qué le odias? Él te aprecia más de lo que te imaginas.

Fede estudió distraídamente el tallo escamoso de una palmera como si se propusiera treparlo.

—Qué chorrada. ¿Por qué me iba a apreciar?

—A lo mejor porque me quiere. Y porque sabe que contigo soy igual de feliz que con él.

—No me cuentes lo del poliamor otra vez, te lo suplico. Sabes que no creo en eso.

—¿Y en qué crees tú, Fede? ¿Qué *quieres* tú? —Loreto cruzó los brazos y examinó a Fede con la cabeza ladeada—. A veces creo que sabes callar mejor que tu hermano.

Él emitió un quejido.

—Te quiero a ti —dijo—. Quiero que nos vayamos de aquí. Tengo a huevo el dinero para no preocuparnos de nada durante dos o tres años, Lore. Podemos hacerlo la semana próxima, si quieres. Elige un lugar del mundo y nos vamos. Hay miles de playas mejores que esta para correr todas las mañanas, te lo aseguro. Empezar de cero, sin ataduras, tú y yo. ¿Tanto te cuesta imaginarlo?

—Soy feliz aquí, Fede. Me gusta mi trabajo y me gusta la gente que me rodea. No quiero borrar esto y empezar de cero. ¿Tanto te cuesta entenderlo? No quiero que te alejes, quiero que te acerques todavía más a mí. Que compartas todo conmigo.

—Ah, ¿quieres que montemos un trío con Doc?

—No. Pero sería genial que vinieras a bucear con nosotros, por ejemplo. Te iba a encantar.

—No me gusta bajar. Me gusta subirme a los sitios. Desde pequeño.

—¿A tu rascacielos, por ejemplo?

—Por ejemplo. ¿Quieres subir conmigo esta noche?

—Sabes que tengo vértigo.

Fede se sintió observado de una manera nueva, entre espantada y maravillada, como si alguna cáscara estuviera a punto de romperse a su alrededor, revelando al verdadero hombre. Prefirió evitar aquella mirada, pero no pudo esquivar las palabras de Loreto:

—Esa parte de ti, Fede... Esa que tiene bloqueada a tu familia, y a Doc, y a todas las cosas que

podrían darte la felicidad, si les dejaras... Tienes que destruirla antes de que te destruya a ti.

Fede levantó la vista hacia las hojas de las palmeras. Las estrellas no saldrían hasta mucho después, y serían pocas, el repertorio básico de una ciudad hipervoltaica como aquella.

—Qué le vamos a hacer —resopló—. Yo siempre he sido el hermano loco, el que no sabe agradecer la suerte que ha tenido, el que va por la vida como pollo sin cabeza. Será que está escrito, como dices tú. En mis genes, o en un libro sagrado, o en el tatuaje que lleva alguien en el culo. —Desplegó una sonrisa que se volvía contra sí mismo, como la de un lunático—. ¿No es maravilloso?

## Algunas cosas sobre los muertos

Magaly solo soñaba con Rafael cuando dormía en aquella casa, como si su cabeza fuera una más de las habitaciones por las que su espectro se paseaba de vez en cuando. Pero la historia de aquellos sueños podía suceder en cualquier sitio, como por ejemplo en Hondo Valle, donde quedó la infancia de ella.

Corría en diagonal a través de las hileras de yuca, y al parecer volvía a ser una niña, porque las plantas la rebasaban en altura. Todo el valle era una sucesión de conucos abruptos y mal cuidados, plantaciones de pobres condenados a ser cada día más pobres. Como su padre. En el sueño, Magaly corría lejos de él, lejos del alcance de su caña de pegar, y sus zapatillas embarradas la conducían adonde siempre, a la cabaña de la vieja Farah. La vieja había venido del otro lado de la frontera y hablaba en criollo, pero por alguna razón Magaly siempre había sabido entenderla. Mantenían una conexión invisible, como si unos cables enlazaran sus pies por debajo de la tierra.

Algo delicioso humeaba en el puchero.

—¿Quieres ayudarme? —le pidió la mujer. Magaly se imaginaba que debía ser la mujer más secretamente deseada del mundo, aunque sus pechos ya colgaban y su boca se veía circundada de arrugas, porque los hombres siempre hablaban de ella en susurros—. Estoy preparando algo rico para el señor.

Magaly se volvió hacia el otro rincón de la cabaña, pero allí no había nadie, solo una mesa y dos taburetes de madera.

—¿Qué señor?

—¿No lo ves? Está ahí sentado. Mira, ahora te sonrío.

—Ah, sí —mintió la niña, porque si Farah decía que había un señor, es que lo había.

Y el sueño continuaba y Magaly se ponía a ayudar con el cocido, pero de pronto sus manos ya no eran las de una niña, sino las del final de su treintena, las manos que cocinaban y limpiaban en un piso de España, el de la señora Claudia, la viuda de Rafael, el hombre ausente cuya voz sonó de pronto a su espalda:

—Mi hijo.

Y Magaly se giraba y ahí estaba otra vez, el muerto travieso que escondía cosas y repetía «*Mi hijo*», su cara desmigándose sobre el jersey celeste que había sido su favorito en vida, como si no supiera que esta ya acabó, de pie en mitad de la choza y mirando a Magaly con ademán de ruego.

—Quiere decirte algo —dictaminó Farah, parada en el hueco de la puerta, convertida ella en puerta contra cualquier huida.

—Lo sé —dijo Magaly—. Quiere que ayude a su hijo.

—¿Ayudarle a qué?

Los ojos de Magaly volvieron sobre el hombre, porque tenía que preguntárselo —¿*Ayudarle a qué?*—, pero Rafael había retrocedido hasta hundirse en los ángulos sombríos de la chabola. Su silueta permanecía ahora inmóvil. Sobre la mesa, donde antes no había nada, descansaba un

periódico con un gran titular: «17 MUERTOS EN EL DERRUMBE DE UN EDIFICIO DURANTE UNA FIESTA DE BAUTISMO».

—Señor Rafael —dijo Magaly, aunque a la vez que pronunciaba el nombre supo que erraba. Aquel ya no era Rafael. De súbito se encontraban ante otro hombre. Uno muy alto y pálido, tocado con un sombrero de copa y envuelto en la nube de un enorme puro.

—Saluda al barón. —La vieja rio, pero azorada, como ante la visita de un pariente terrible—. Creo que es él quien viene a ayudarte a ti.

No era palidez, sino pintura blanca lo que convertía aquel rostro en una calavera sonriente. La Magaly adulta lo reconoció de inmediato, y quiso gritar, pero entonces el sueño había acabado y de nuevo estaba en casa de Claudia, despierta sobre la cama que seguía siendo la cama del hijo mayor, aunque el hijo mayor ya nunca venía.

La lluvia golpeaba en el cristal y Magaly se levantó para contemplar la ciudad bajo la tormenta nocturna. No parecía lluvia europea, fina y temperamental, sino caribeña, una calmosa catarata que se vertía sobre tejados y asfalto como si estuviera dispuesta a tomarse un mes entero, tal vez dos, para anegarlo todo. Se preguntó si acaso seguía soñando hasta que escuchó el portazo de la señora en el cuarto de baño. Siempre daba portazos, no importaba la hora, y todas las veces Magaly se sobresaltaba.

Cruzó el pasillo para escuchar al otro lado de la puerta sin delatarse. Se suponía que su misión como interna era evitar cualquier tipo de accidente, pero cada vez que se levantaba para llevarle el bastón o preguntar si todo iba bien, la señora la enviaba de regreso a la cama con un gesto desabrido.

De modo que Magaly se aseguró de que nada raro sucedía y fue a la cocina en busca de un vaso de agua. Un par de minutos después oyó los muelles del colchón de Claudia, la puerta de su habitación y sus pasos blandos, sin el contrapunto del bastón, aproximándose por el pasillo. Apareció envuelta en su albornoz rosa pálido, y se sobresaltó al encontrar a Magaly ante el fregadero.

—¿Qué haces aquí, a oscuras?

—Perdone, he tenido una pesadilla y no podía dormir.

—Pues ya somos dos.

Magaly sirvió dos vasos de leche tibia y se sentaron a cada lado de la mesa sin más luz que la de las farolas en la calle.

—¿Qué tal está Andrés? —indagó la cuidadora—. Hace tiempo que no me cruzo con él.

—¿Andrés? Estuvo ayer, comiendo. Creo que sigue alicaído por el trabajo, ya te conté lo que les habían hecho en su empresa. Pero él no me dice nada, no quiere que me preocupe. —Claudia notó una emoción escurrirse en los ojos de Magaly—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada.

—¿De qué era tu pesadilla? ¿Era de Andrés?

—En realidad es don Rafael quien me ha visitado en sueños.

Claudia irguió levemente la espalda. Siempre decía a quien quisiera escucharla —y Magaly representaba la casi totalidad de tal público— que las visitas de Rafael eran una demostración de paz, una forma de comunicarle que estaba bien, que el sufrimiento había terminado. Pero una cosa eran las palabras que Claudia articulaba y otra las que quedaban dentro de su cabeza, las que no pasaban el filtro de lo impronunciable. Por eso le tembló un poco la voz al decir:

—¿Y cómo está?

—Está preocupado por su hijo.

—¿Le va a pasar algo a Andrés?

Porque *mi hijo* solo podía ser Andrés, ¿verdad? Magaly ni siquiera conocía al otro hermano, salvo por las historias que Claudia le contaba de él, y su intuición fue confirmada por la rápida pregunta de la madre. Se trataba del pequeño.

La lluvia percutía en la barandilla del balcón, muy cerca de ellas, como en busca de una cadencia musical. Su sonido tapaba el *tictac* del reloj de la cocina y también sus propias respiraciones.

—Claudia, tú sabes que de donde yo vengo... —comenzó Magaly, deslizándose en el tuteo por primera vez—, en la isla... hay algunas personas que dicen que pueden entenderse con los muertos.

—Yo también soy creyente, Magaly. Eso no me asusta.

La dominicana asintió muy despacio. Debía aquilatar el verdadero aguante de la otra mujer antes de continuar:

—Cuando era niña conocí a una *mambo*, como las llaman allí. Ella me enseñó algunas cosas sobre los muertos. Por ejemplo, que no distinguen bien entre las cosas que han pasado y las que van a pasar. Porque para ellos el tiempo no existe.

—Ahora no te entiendo, Magaly.

—Podría tratarse de algo que *ya* le ha sucedido a vuestro hijo. Una cuestión del pasado que quedó sin zanjar. ¿Se te ocurre qué?

Claudia balanceó su cabeza, una negación débil o simplemente una zozobra.

—No, pobre Andresito —dijo, sin ninguna inflexión—. Ya tuvo bastante con quedarse sin el oído a los catorce meses.

Sus dos miradas se sostuvieron en la penumbra durante un rato. Daban tiempo a su memoria, o a su clarividencia. Pero nada salió. El reloj digital del horno marcó las 04:00 y entonces Claudia se levantó y anunció que regresaba a la cama.

—Recuérdame que mañana tengo que llamar a la compañía eléctrica para lo del cambio de tarifa.

—Descuide, Claudia, lo tengo apuntado.

Regresó al *usted* con la misma rapidez con que lo había dejado. La charla se antojaba de pronto un error, poco menos que un instante de delirio compartido, como si la madrugada y la tormenta hubieran propiciado confidencias entre dos completos extraños.

Entonces, en la puerta de la cocina, Claudia se detuvo. Con su mano sobre la jamba blanca, daba la sensación de recuperar el equilibrio después de un leve mareo.

—¿Se encuentra bien, Claudia? —Magaly llegó hasta ella, que rechazó su mano.

—Yo también he tenido una pesadilla —reveló. Aquel era el vértigo que la había hecho tambalear—. Rafael estaba al lado de mi cama. «Rafael», le he dicho, «¿qué te pasa?», porque tenía la cara como rara, y entonces me he dado cuenta de que era otra persona, porque estaba fumando. Toda la habitación era una peste a tabaco. A puro. Rafael odiaba ese olor, no lo soportaba ni a diez metros. Entonces me he despertado y el hombre no estaba..., pero el olor sí. El olor seguía allí, estoy segura. Por eso me he levantado, he abierto la ventana y he salido.

Magaly sintió cómo el corazón le cambiaba de compás y se le humedecían las palmas de las

manos.

—Tengo miedo, Magaly —dijo Claudia, buscando los ojos de la otra mujer de una manera desconocida, indefensa—. Tú sabes de estas cosas. Me has contado que lo aprendiste de pequeña.

—Señora...

—¿Puedes hacer que se vayan?

—¿Qué me está pidiendo, Claudia?

La dominicana era unos centímetros más baja, y sin embargo Claudia parecía haberse encogido ante su mirada. Un hilo de terror había puesto en súbito contacto sus almas, pero este era un cable débil e hirviente, incapaz de transmitir nada más que ruido. El rostro de la señora colapsó de vergüenza.

—Nada —rectificó de prisa—. No me hagas caso. Estoy medio sonámbula.

Magaly miró la espalda de Claudia mientras se alejaba por el pasillo, ahora cojeando levemente, hasta desaparecer en la boca de su dormitorio. Había un espejo en la pared del fondo del pasillo y Magaly se estremeció al distinguir su propia silueta, sin ningún rasgo, apenas una curva de nivel en el mapa de sombras de la casa. Regresó a su cuarto —el cuarto prestado, el cuarto del hijo pródigo— y esta vez fue ella quien dio un portazo, sin pretenderlo.

Temblaba de pies a cabeza.



## (Abajo)

El mundo se ha vuelto del revés, pero Bernardo de Lezo logra erguir la cabeza en la oscuridad y ese gesto, aunque ciego y anémico, constituye un acto heroico capaz de devolverle la esperanza. Tiene la pierna derecha triturada y el cuerpo entero maltrecho después de rebotar como un badajo en el interior del vehículo, pero en ningún momento ha llegado a perder el conocimiento. Decide que seguir despierto es un inmenso triunfo y se dice: tengo cuarenta y ocho años, tengo a Elisa, tengo dinero, tengo un futuro deslumbrante. No es hora de morir.

Está tendido sobre el techo del vehículo, sus pelos rozan el cabecero invertido y puede palpar el volante con solo levantar la mano. Han dado la vuelta completa en el remolino de lodo y, sin embargo, la carrocería parece resistir. Gracias a eso sigue vivo. ¿Solo él?

Abre sus sentidos a la negrura —ya ni siquiera se percibe el parpadeo de ningún piloto en el salpicadero— y lo primero que le llega son los olores. Un rastro animal, como una amalgama de aliento, sudor y... ¿orín? Se palpa absurdamente la entrepierna, como si allí se alojara su último resquicio de dignidad, pero la urgencia está en los otros olores: el de las toneladas de tierra húmeda que los aprisiona y otro nuevo, picante y venenoso. Gasolina.

Debe darse prisa.

Tantea a su alrededor y se tropieza con un bulto de papel mojado. Son algunos de los periódicos con que él mismo ha llenado la bolsa esa mañana. La *otra* bolsa. Se siente tan ridículo por su estrategia que quiere llorar. Hay una segunda bolsa en el maletero de su Volvo, tal como intentó explicarle al chantajista, y aquella sí está llena de dinero. Quinientos mil euros, uno detrás de otro, todos auténticos. Fue la visión del coche de Andrés bajo la lluvia, aquel prehistórico Passat en medio de la deprimente área de descanso, lo que le hizo decidirse, ante el portón alzado de su maletero, por la bolsa con periódicos viejos. Porque ahí tuvo claro que se trataba de un don nadie. Un gilipollas con ensoñaciones de criminal. Y Bernardo de Lezo ha llegado demasiado lejos para dejarse atrapar por un mierda así, ¿verdad?

*Atrapar.* Hasta hoy no tenía ni idea de lo que significan esas tres sílabas.

Se pregunta —al menos no puede evitar que un grupo de neuronas de su cerebro se subleve para hacerlo— dónde estará en aquel instante su bolsa con quinientos mil euros. ¿Qué profundidad habrá alcanzado su flamante XC60, reconvertido en submarino del lodo? Si lo mira desde una perspectiva lo suficientemente histérica, la cosa tiene su gracia.

Aparta los periódicos y encuentra el brazo inerte de su acompañante. La mano está caliente, aunque eso no significa nada, apenas habrán pasado un par de minutos desde su última “conversación”. Continúa por la anatomía del hombre con extrema cautela, y escucha la respiración al mismo tiempo que percibe el movimiento del pecho, ambos débiles, pero regulares. Por un instante se imagina con qué angustia experimentará la oscuridad un hombre sordo.

—Esto es lo que querías, ¿no? —masculla—. Que te jodan.

Palpa los bolsillos de la sudadera y no tarda en dar con un teléfono móvil. Cuando la pantalla se ilumina comprueba que no es el suyo, a saber dónde habrá ido a parar después de tanto baile,

pero por suerte no reclama un código de desbloqueo. Cegado por la súbita luz —un espectro rectangular que ahora danza liberado ante sus ojos—, De Lezo equivoca el movimiento de sus dedos y pulsa un enlace directo.

«LLAMANDO A MAMÁ».

—Joder.

Aborta la llamada y marca el 112, esta vez sin error. Cuando se lo acerca a la oreja, siente sus propios latidos como olas de dolor que le ascienden desde la pierna derecha, atraviesan el cuerpo entero y rompen contra el hueso del cráneo. *Bum*. Una llamada. *Bum*. Dos llamadas. *Bum*. Tres llamadas...

—Emergencias, ¿en qué puedo ayudarle?

De Lezo boquea un par de segundos, mirando a un lado y a otro como si le hubieran robado sus líneas de diálogo, y por fin:

—Sí, ¿me oye? Necesito ayuda urgente, por favor... Estoy en un coche, estamos..., somos dos personas dentro de un coche, nos hemos caído por un..., ha habido un derrumbe en la autovía, estamos..., ¿me oye?

La mujer asiente y le pide que hable más despacio. De Lezo hace una pausa y vuelve a empezar, pronuncia concienzudamente su nombre y trata de explicar dónde se encuentran, o al menos dónde quedaba el área de descanso antes de que se les viniera la montaña encima. Insiste en la marca del coche en el que están atrapados —ya se preocupará más adelante por el Volvo y el contenido de su maletero— y se esfuerza en calcular el tiempo que llevan allí dentro. La mujer teclea en algún lugar y hace preguntas, él responde deprisa y luego lo repite, incluso cuando es solo: «No lo sé, *no lo sé*». La mujer no le pregunta qué hacían los dos en aquel coche, en medio de aquella tarde lluviosa, en una remota curva de autovía, así que De Lezo no se lo cuenta. *Chantaje* no es una palabra que pueda aportar claridad en una emergencia catastrófica.

Hay un momento en que siente que está hablando solo y mira la pantalla del móvil para comprobar si se ha cortado la llamada. Lo que encuentra le alarma todavía más: sangre. Nervioso, deja caer el móvil y se palpa la cabeza. Tiene el rostro y el cuero cabelludo lleno de cortes. ¿Cómo es posible que no note nada de...? Pero el dolor llega justo entonces, como un enemigo que salta del arbusto, cuchillo en la boca, al ser descubierto.

Se ha roto un cristal del coche, comprende. O quizá todos ellos. Su cuerpo ha sido centrifugado en el interior de una lavadora llena de cristales. Y nuevamente: el milagro es seguir vivo.

Limpia el móvil con la manga y comprueba con desaliento que ha perdido la cobertura. Decide entonces utilizar la pantalla a modo de linterna y explora el ángulo imposible de su pierna.

—Joder...

Intenta moverse, mugiendo de dolor. Olvídalo. Se pregunta, tratando de encender una llama aunque sea de rabia en su voluntad, si alguna vez volverá a caminar sin bastón. Los cortes en la cara y en las manos gotean sobre el lodo que comienza a embalsarse en el interior. Toma una bocanada de aire viciado. Se dice: podría calcular de cuánto tiempo dispongo antes de morir ahogado y cruzar el dato con el tiempo que tardaré en morir desangrado. Soy bueno en las matemáticas. He hecho una fortuna analizando la curva de futuros.

Pero hay un tercer factor a tener en cuenta. El mudo.

De Lezo pasea la luz a su alrededor y, al girar la cabeza, suelta un grito que esta vez no es de dolor. El rostro de Andrés se ha alzado y flota ante él como una máscara de guiñol. Ojos

abombados, labios deshechos, el pelo empastado en una maraña negra.

—Escucha —farfulla De Lezo, y ya no puede añadir más, porque las manos húmedas del otro se han cerrado alrededor de su cuello.

## Voy a impedirlo

El plan era sencillo: emborracharse hasta perder el sentido. ¿Cómo se llamaba aquella película de Nicholas Cage?

—Quiero ir a Las Vegas —proclamó Fede ante la puerta abierta de su nevera.

No habían pasado ni quince minutos desde que se despidiera de Loreto en el paseo marítimo. Ahora podría quedarse mirando el interior de aquel frigorífico medio vacío y elaborar alguna metáfora, se le daba bien florear su autocompasión, pero solo estiró el brazo y cogió una lata de Alhambra Especial.

Hizo una pausa reverencial antes de tirar de la anilla. Porque aquella no iba a ser una borrachera como cualquier otra. Hoy se trataba de soltar amarras. Iniciar un tránsito. Bebió mientras buscaba el fajo con los cuatrocientos euros de Stracquadani. Volvió a contar los billetes, reblandecidos y ajados por una incierta cronología de sobres, cajas fuertes, maletines y manos sudadas.

Telefoneó a su camello de confianza, que dijo:

—Voy para allá.

Fede sacó de su armario la camisa que mejor le ceñía y se subió las mangas. Le faltaban los bíceps de Doc, desde luego, pero no era músculo lo que envidiaba del grandullón. Tampoco se torturaba, a pesar de los reproches, imaginando a Loreto en la cama con él. Porque Doc tenía algo de monje. La energía que manaba de él no era sexual, ni siquiera física, sino algo parecido a un halo de sabiduría. Una *claridad*. Y contra aquello no había forma de competir. Doc nunca tomaba drogas, por ejemplo, ni siquiera alcohol, lo que obligaba a Fede a una especie de ejercicio tóxico compensatorio.

El timbre de la puerta sonó pocos minutos después. El rumano que traía la coca, dos bolsitas apretujadas en su enorme puño, se llamaba Valentín y también era portero de discoteca.

—¿Estás con los *manolos*? —preguntó a Fede, apesadumbrado. Los *manolos* eran propietarios de la empresa de seguridad, así como de varios bares, clubs de alterne y un par de concejales del ayuntamiento. Fede siempre había alardeado de no trabajar para ellos.

—Solo hasta el jueves, tío. —Y añadió, sin ninguna lógica—: Una putada.

Valentín gruñó, cogió el dinero y se marchó, reordenando sus ideas igual que se acomodaba los pliegues de la entrepierna. Sonaba *reaggeton* en la calle y Fede se cortó la primera raya sobre el mostrador de su cocina americana.

Bien.

Todo iría bien.

Se sintió repentinamente feliz y pensó que lo justo sería llamar a *Stracquanijo* para compartir su dicha.

—¿En una hora? —respondió su viejo compañero de colegio. Había una aridez nueva en su voz, al otro lado de la línea, como agotada después de una larga bronca—. Mejor dame dos.

Se citaron en el Daytona Rock Bar, un local para ingleses y norteamericanos en el mismo borde

de la playa. Luminosos de Budweiser, barras y estrellas, placas de matrículas texanas, taburetes acolchados, incluso una falsa máquina Wurlitzer completaba el calamitoso pastiche, simulación de una simulación.

Lo que Fede buscaba, aunque solo guiado por una vieja inercia, era a las mujeres yanquis. Marineras de la Sexta Flota que se bebían sus horas de permiso en pubs como aquel, a menudo escoltadas por negros de tamaño inverosímil, latinos que se negaban a hablar español o blancos tatuados como el cliente de Doc. Las tropas de un imperio que tal vez ya no era lo que fue, pero que aún se pavoneaba.

Fede contempló el bullicio con gesto abrumado, porque lo cierto era que habían pasado varios años desde la última vez que planeó como un ave rapaz sobre una de aquellas mujeres —«*First time in Benidorm?*»— y ahora la sola idea de hacerlo le parecía una bufonada. Lo último que necesitaba en estos momentos, comprendió con la mandíbula torcida, era que alguien se le riese en la cara.

Así que bebió en la barra y esperó la llegada de Stracquadani durante un par de horas, evitando mirar los cuerpos a su alrededor y murmurando para sí los éxitos rockeros que se sucedían en una pantalla a sus espaldas. Cuando los videoclips dieron paso a una retransmisión deportiva, Fede se dio cuenta de que era muy tarde, de que estaba muy borracho y de que *Stracquanijo* seguía sin aparecer.

Fue al servicio en busca de otro chute de optimismo, una batalla desigual entre la química y el resto de la realidad, pero se tropezó con una mujer arrodillada frente al inodoro en la cabina de caballeros.

—*Sorry!* —dijo, mientras ella lanzaba la puerta contra sus narices. Y al cabo de un rato—: *Are you okay?*

Cuando la puerta volvió a abrirse había una mujer diferente, o al menos esa fue la impresión que paralizó a Fede durante unos segundos. No tendría más de veinticinco años, era pequeña, negra, e indiscutiblemente guapa incluso con las escleróticas surcadas de venas y los labios todavía húmedos de vómito.

La joven bajó la mirada y se escabulló hacia el lavabo sin decir nada. Vestía unos vaqueros ajustados y una camiseta blanca con letras en purpurina que decían «LAS VEGAS». Fede se quedó en el umbral de la cabina recién liberada, indeciso, y volvió a preguntar a la mujer si se encontraba bien. Ella se lavó el rostro, tiró del dispensador de papel y se secó antes de responder:

—*I'm fine.*

Se miraron un instante a través del espejo.

—*Are you from California?* —preguntó él.

—*No.* —Ella se volvió con una sonrisa de genuina curiosidad—. *Why?*

Fede se encogió de hombros y respondió una verdad recién descubierta: que siempre había soñado con viajar a Las Vegas.

—*Nevada* —dijo ella—. *Vegas is in Nevada. In the fucking desert. It's the ugliest place in the world, you know? Almost like this one.*

Y soltó una súbita carcajada. Pero no fue una carcajada de burla ni de condescendencia, oh, el pobre españolito que sueña con ir a la ciudad más fea del mundo. Nada de eso. Reía porque entendía lo que Fede quería decir. La raíz de su deseo.

—*Good luck* —murmuró, y pasó rozándolo de camino a la puerta, apenas un toque

imperceptible, la caricia casi imaginada de una piel sobre la otra, suficiente para que Fede se quedara mudo.

La vio salir y no hizo nada, porque el instante era sólido, inamovible, como un miliario que no tienes más remedio que detenerte a interpretar, no sea que tu vida avance en la dirección equivocada.

Entró en la cabina, sacó el pene y mientras lo sostenía entre sus dedos se dio cuenta de que no tenía ganas de mear, ni tampoco de meterse otra raya. Salió, aturdido.

No había rastro de ella y pensó: por supuesto, como si desaparecer estuviera en la naturaleza misma de su encuentro. Atravesó el bar de esquina a esquina, no obstante, buscando entre la marea de carne. En vano. Lo que divisó, aproximándose despacio como una boya, fue la cabeza pelada de Stracquadani.

—Qué bien que aún estás aquí —celebró, cuando se reunieron en la barra—. Se me ha complicado la tarde, lo siento.

Resultó que ninguno de los dos tenía prisa por hablar de lo que sucedería la noche siguiente, la cita con los *tripulantes* en el Alpha Centauri, de modo que bebieron cerveza y se dedicaron a nombrar los recuerdos comunes con obsesivo detalle, mintiendo cuando se necesitaba para construir un pasado mítico, anécdotas mejoradas, personajes grotescos, escándalos que nunca lo fueron.

Fede evitaba mirar de frente el rostro de Stracquadani —había un desajuste demasiado grave entre la imagen mental del niño, un querubín silencioso, de melena escarolada y rostro diminuto, y aquel rotundo óvalo con perilla y gafitas que ahora no dejaba de hablarle—, así que tardó casi una hora en advertir que tenía la mejilla derecha hinchada.

—Espera, ¿te ha dado una hostia? —preguntó abruptamente, como se espera de un amigo de barra.

No hacía falta que especificara quién. Incluso sin mencionarlo, Raimon ocupaba la mente de ambos desde el primer instante.

—Está loco. —Los rasgos de Stracquadani se hundieron bajo un estrato de pesadumbre. Fede observó que tenía los botones de la camisa mal abrochados, como alguien que sale muy deprisa de casa—. Es un hombre peligroso, Fede. No te puedes imaginar hasta qué punto.

—Vi alguno de los vídeos. Si se cree todo lo que dice, desde luego está para que lo encierren.

Stracquadani afianzó un codo en la barra, como en busca de un ángulo estable desde el que escudriñar mejor a Fede. Al hacerlo, dejó ver un profundo arañazo en el interior de su brazo.

—Ya estuvo en la cárcel —reveló, y sus dedos acudieron nerviosamente a recolocar las gafas sobre la nariz, como dotados de vida propia—. Hace mucho tiempo. Él dice que ahí aprendió lo que era realmente importante. Lo que la gente busca de verdad.

—No me digas. Dinero.

Stracquadani meneó lentamente la cabeza.

—Un propósito —dijo, reprimiendo una sonrisa de acólito—. Dale a la gente un propósito en su vida y te darán lo que sea a cambio. Su vida, incluso. Eso es lo que Raimon... —parpadeó muy deprisa—, lo que él dice.

—¿Y la gente se cree todo el rollo de los marcianos? ¿Cuántos... fieles o como se llamen tiene ese tío?

—Ahora no muchos, está en horas bajas. En su momento llegó a tener una verdadera fortuna. —

Dejó que Fede asimilara la noticia y lo celebró con una risita—. Ah, claro, los tripulantes deben aportar dinero a la misión. El *abordaje*, así es como él lo llama. Y te aseguro que en otro tiempo fueron muchos, gente muy importante. No te lo creerías.

—Cuéntamelo —animó Fede, haciendo un gesto a la camarera para que trajese otras dos jarras—, yo me lo creo todo.

Cogieron sus cervezas y se marcharon a una mesa-barril en la parte trasera del bar. Stracquadani se limpió las gafas con el faldón de su camisa y entonces se dio cuenta de que estaba mal abrochada. Murmuró un exhausto «joder» y comenzó a hablar, con obsesivo control de su voz, mientras reasignaba cada botón a su ojal.

—Su verdadero nombre no es Raimon. Es español, pero en cuanto salió de la cárcel se marchó a Alemania. Empezó su grupo en Berlín, luego sé que viajó por Asia, Hong Kong... pero no le gusta hablar de esos años. A finales de los noventa vivía en una mansión en Vermont, con guardaespaldas, servicio y todo. Se hacía llamar Raymond Cooper. Eso fue antes de que yo lo conociera. Tenía más de mil quinientos seguidores, gente de la alta sociedad, algunos políticos, de todos los países. Luego hubo unas demandas de estafa y tuvo que huir de Estados Unidos. Volvió a Europa. Primero a Turín, luego Mallorca, donde lo conocí, y después aquí.

—La casa donde estáis ahora no es precisamente una mansión.

—Está arruinado. Pero tiene algo que puede ser más valioso que el dinero, si sabes a quién vendérselo: información.

—¿De qué?

Stracquadani revisó su aspecto en el reflejo de una gran placa de Budweiser mientras se masajeaba la muñeca derecha, al parecer dolorida. Siguió:

—Raimon tiene un truco para captar a la gente. Una pequeña muestra de su poder, digamos. Él lo llama *retratos*. Para convencerte de que has sido elegido por *ellos* —hizo amago de colgar unas comillas en el aire, pero dejó el gesto a medias. Todavía era pronto para la distancia irónica—, Raimon te cuenta una serie de cosas que ha soñado sobre ti, cosas íntimas, de tu pasado, de tus deseos y frustraciones... Se supone que ellos han trasladado ese conocimiento a Raimon en forma de sueño, y él se limita a hacer de intermediario.

—¿Lo hizo contigo?

Stracquadani acompañó el «sí» con una sonrisa jodida.

—Me dejó hecho mierda. Rendido por completo. Me convertí en tripulante de la noche a la mañana.

—¿Y cuál es el truco?

—Hasta ahora no he tenido huevos para preguntarle nada que pudiera delatar mi falta de fe. Pero no soy idiota, claro. Estoy seguro de que saca toda la información de internet. Contrata a *hackers* para que se metan en los ordenadores de sus víctimas, obtiene información sobre todo lo que hacen, movimientos bancarios, búsquedas en Google, pornografía, infidelidades... Todas nuestras miserias están en la nube, amigo.

—Joder.

—Cuando te haces tripulante le entregas a Raimon todo lo que tienes, y eso incluye tus conocimientos, tu experiencia, tus secretos... Yo no soy nadie, pero ya te he dicho que aquí hubo gente muy importante.

—¿Y él planea vender toda esa información a una revista del corazón?

Stracquadani hizo un gesto negativo y apuntó la perilla hacia la marabunta yanqui. Dijo:

—El gobierno americano paga mejor.

—¿No le buscaban por estafa?

—De eso se trata. De hacer un trueque.

Fede bebió de su cerveza, mirando de reojo los movimientos nerviosos del otro. Luego preguntó:

—¿Alguna vez se ha sincerado contigo? En plan: «Tío, ¿de verdad te has tragado todo el rollo de los marcianos?».

—Nunca. A veces se pone charlatán, parece que le apetecería soltarlo. O lo hacía antes. — Sonrió ante el ceño arrugado de Fede—. Cuanto más me necesita, menos se fia. Y hace bien.

Por primera vez, Fede comprendió que toda la palabrería de Stracquadani iba encaminada a alguna clase de proclamación, un anuncio todavía inmaduro, pero al parecer de profundo calado. La mejilla hinchada le hizo pensar a Fede que tal vez se tratase de una simple cuestión de hombría.

—Y esta tarde os habéis dado de hostias, ¿no? —dijo—. Llevas dos horas frotándote las muñecas y tienes la cara como un globo.

En lugar de responder, el otro pareció sumirse en una especie de letargo resentido. La mesa más cercana se vio de pronto invadida por un quinteto vocinglero de mujeres de pelo corto, sin duda *marines* como la que Fede se había cruzado en los servicios. Recordarla hizo que comenzara a picarle todo el cuerpo. ¿Cuánto tiempo llevaban allí sentados, y cuál era el sentido de aquella charla? Concluyó:

—Vale, Raimon es un chalado arruinado y con información. Entonces, ¿qué pasa con el numerito de mañana?

Stracquadani le miró por encima de sus dos jarras ya casi vacías y dijo:

—¿Te acuerdas de cuando me encerrasteis en el gimnasio?

La expresión de Fede intentó mostrar desmemoria pero se instaló en un gesto de simple desagrado. Claro que lo recordaba, pero su humor ya se había empantanado demasiado de nostalgia.

—No, yo no estaba, Alfredo —se escabulló—. Eso fue cosa del Lalo y sus...

—Ya, ya, da igual, sabes a lo que me refiero —interrumpió Stracquadani—. Me dejaron encerrado en el cuarto de las colchonetas, con el plinto y todo eso, a última hora de la mañana.

Fede asintió cansadamente.

—Lo sé. Te encontró el Sarriés dos horas después. Expulsaron a Lalo una semana y nos dejaron a toda la clase no sé cuántos días sin recreo.

—Me quedé paralizado, Fede. —Los ojos de Stracquadani espejeaban, rabiosos—. Ni siquiera grité. Estaba a oscuras y no te imaginas cómo apestaba en el puñetero cuarto. Una mezcla de olor a pies, goma, humedad y... yo qué sé qué más, creo que no me lo quitaré nunca de la nariz. Me costaba respirar. Pero no me moví en todo el tiempo. —Y entonces, tras un vaivén de cabeza, la proclamación—: Te juro que esta vez no me va a pasar. No me voy a quedar paralizado.

—Bien dicho. —La mano de Fede se posó sobre el hombro de Stracquadani, porque ya estaban lo bastante borrachos para un gesto así, a pesar de que no significaba nada, ni comprensión, ni hermandad, ni siquiera que Fede estuviera dispuesto a seguir escuchando aquella letanía lastimera.



Pero el anuncio traía un subtítulo:

—Mañana nadie irá a la torre. Voy a impedirlo.

Fede se retiró instintivamente. El partido de rugby había terminado y en los altavoces comenzó a sonar *Bohemian Rhapsody*, para alborozo general de la marinería.

—Supongo que eso significa que me quedo sin mis quinientos mil. —Fede dejó que sus palabras rezumaran toda la hostilidad posible, pero Stracquadani se limitó a arquear las cejas de forma estoica.

—Raimon no tiene ese dinero, Fede. Era mentira desde el principio. Lo único que está planeando es una forma de desaparecer del mapa.

Transcurrieron varios segundos en los que Fede permaneció inerte, apoyado en el barril, a la expectativa de su propio estallido. No llegó.

*Mama, just killed a man,  
put a gun against his head,  
pulled my trigger now he's dead*

—He visto cosas... —Stracquadani hablaba erráticamente, sumido en su autodesprecio—. No, no solo he visto cosas, sino que he participado en cosas que jamás seré capaz de contar a mis nietos. —Rio de súbito—. Aunque creo que eso no va a ser un problema, tal como van las cosas.

Algo estaba ocurriendo dentro de la boca de Fede sin que él fuera consciente. Sus molares izquierdos se cerraban, cada vez menos suavemente, sobre el filo tierno de su lengua. Era un tic que había logrado abandonar años atrás, solo después de varias infecciones salvadas con antibióticos y de convencer a su médico de que no necesitaba ser desviado a un psiquiatra para tratar sus hábitos compulsivos. Solo después de que Loreto, cuando se acostaron por primera vez, le preguntara en un susurro qué era aquel bulto encallecido que había creído sentir en el interior de su lengua.

*Goodbye everybody, I've got to go  
Gotta leave you all behind and face the truth*

—Lo que Raimon necesitaba, yo se lo proporcionaba. —La confesión de Stracquadani llegaba temblando a través de la música—. Cuando podíamos pagarlo era fácil. Con dinero encuentras lo que quieras. Toda la carne está en venta, la que comemos y la que nos follamos. Luego Raimon tuvo que empezar a pedir favores a sus propios tripulantes. En eso yo no podía ayudarle. Hay cosas que nunca harían por mí. Pero por él... Raimon solo tenía que mirarles a los ojos y decirles lo que quería. —Su cabeza se giró lentamente hacia Fede, lastrada por una tonelada de fatalidad—. Sus ojos, tío... Sé que esto te va a sonar a paranoia o algo peor, pero... no son ojos humanos. Yo no sé si viene de otro planeta o... si es un ángel o un demonio, pero sus ojos no son como los tuyos o los míos. Miran de otra forma.

La marinería coreaba:

*Oh mamma mia, mamma mia, mamma mia let me go,  
Beelzebub has a devil put aside for me, for me,  
for meeeee*

Y todas las cabezas comenzaron a sacudirse al ritmo de las guitarras.

—Oye. —Fede rehuía el rostro de su interlocutor como si estuviera cubierto de pus—, creo que voy a pirarme de aquí, no soporto este coñazo ochentero.

Stracquadani le cogió del brazo.

—Espera. Solo quiero enseñarte una foto.

—Creo que ya he tenido bastante...

—Nunca se deja hacer fotos. —Deslizaba a toda prisa los dedos por la pantalla del móvil—. Pero algo tengo. Nada parecido a mirarle a los ojos de verdad, aunque... Mira. Por favor, solo echa un vistazo.

Y Fede lo hizo.

Era una fotografía furtiva y Stracquadani tuvo que ampliar el punto deseado a costa de la nitidez, pero allí estaba: un rostro amplio, faraónico, unos ojos azules rodeados de arrugas sólidas como pliegues de tierra. Raimon miraba hacia un lugar inexacto a su derecha, ensimismado, pero de algún modo cómplice de la fotografía, o esa fue la impresión que le causó a Fede. Aquel era un hombre que asistía al espectáculo del mundo como si todo ocurriese según sus planes. Que miraba a los ojos de su peor enemigo y le decía: tú también me perteneces.

—No puede ser. —Fede se sintió súbitamente repelido por la imagen.

Porque lo había reconocido.

Stracquadani celebró el gesto desencajado de Fede con un cacareo de risa, dando por demostrada su tesis, pero sin imaginar qué clase de resortes se habían disparado en la mente del otro, y bramó:

—¡Exacto! —Recuperó su jarra de cerveza para atizarle el último trago—. Estoy de acuerdo contigo, este sitio es una mierda. Vámonos.

Aturdido, Fede se dejó llevar a otro local todavía más ruidoso, en la zona de los ingleses, donde era imposible mantener cualquier nivel de conversación, cosa que a los dos les pareció salvífica. Buscaban un refugio de sus tormentas interiores y allí lo encontraron. De modo que callaron y bebieron pintas de Guinness a precio de obrero de Manchester hasta que los paseos al servicio comenzaron a hacerse difíciles, entre tropiezos y empujones. Alguien recibió un puñetazo, se desató una pelea y Fede tuvo la vaga consciencia de que él había sido responsable, pero una bruma comenzaba a oscurecer la secuencia mental de los acontecimientos. En algún momento dejó caer la papelina al váter y ni siquiera supo si había sido un descuido. No quería espolear sus sentidos, de eso estaba seguro; necesitaba aniquilar todas las alertas de su cuerpo, reducirse, a golpe de pinta, a un fajo de miembros y músculos vapuleados.

Era madrugada cuando se despidieron en medio de un aturullado abrazo. Proclamaron que aquel era un día histórico. Que ya se había terminado lo de seguir tragando mierda y que nada volvería a ser igual. Stracquadani rio al ver la cantidad de mensajes que tenía en su teléfono móvil. De pronto se dobló para vomitar sobre la acera, y a continuación buscó sus gafas entre la papilla de alcohol, bilis y cacahuetes. Todo sin parar de carcajearse.

Entonces se marcharon, tambaleantes, cada uno por su lado. Y al instante su ánimo se precipitó por un pozo.

Sin fuerzas para dominarlos, los pies de Fede emprendieron una deriva que lo llevó hasta el escaparate del Tattoo Doc.

—Cobarde hijo de puta —murmuró ante su propio reflejo.

La tienda estaba cerrada, por supuesto, pero Fede sabía que sobre ella se encaramaba la guarida de Doc. Rodeó el pequeño edificio y descubrió unas escaleras que ascendían por la fachada exterior. Atravesó un seto, insensible a los arañazos, y subió hasta la primera y única planta, guiado por un ímpetu de furia soñolienta. Había tres puertas idénticas y golpearlas no

parecía una opción, así que tomó otro tramo de escaleras hasta la terraza superior. Recordó que Loreto le había hablado de una enorme claraboya por la que se podía ver el cielo estrellado desde la cama de Doc. Lo había dicho solo para mortificarle, estaba convencido, porque el cielo de Benidorm ni siquiera alcanzaba a ser completamente oscuro, nunca. La claraboya existía, sin embargo. Avanzando con lentitud de astronauta, como si temiera que el techo pudiera hundirse en cualquier momento, se acercó hasta el prisma de cristal y se arrodilló para echar un vistazo.

En la oscuridad del apartamento, apenas se distinguía el rectángulo de la cama y los contornos de las cabezas reposadas sobre la almohada. Los amantes dormidos.

Una idea de ataque, pero burda, desatinada, le hizo buscar a su alrededor algo con que romper el cristal y así... ¿qué? ¿Darles su merecido?

Se derrumbó sobre la tela asfáltica y, aunque no vio ninguna estrella, sintió cómo el mapa completo del firmamento elegía el centro de su frente como punto de apoyo para ensayar una danza de derviche. Creyó que vomitaría. Luego se dio cuenta de que perdería el sentido antes de vomitar, y pensó: voy a morir ahogado en mi propia pota como aquel cantante de los putos años ochenta.

Pero su consciencia ya no estaba ahí para reírse o alarmarse.

## Velas negras

El encargado era chino y Magaly tuvo que mirarlo varias veces para asegurarse de que no se trataba del mismo que despachaba en el pequeño comercio frente a la casa de Claudia. Hablaba un español entrecortado y vehemente, una octava por encima del resto de voces, vestía un traje de rayón gris y no dejaba de señalar con el dedo. A su lado, *tablet* en mano, una muchacha blanca que se había presentado como Esmeralda ejecutaba sus órdenes.

—¿Experiencia en informática y tecnología? —preguntó al centenar de mujeres que esperaba entre las cajas del almacén.

Hubo un hormigueo de cuerpos y diez candidatas emergieron a la llamada. Magaly se quedó en su sitio. Cuando se abriese al público el mes próximo, aquel centro comercial dispondría de cuatro plantas y más de treinta secciones diferentes. Magaly quería textil. Le encantaba la ropa. Por más que Horacio se burlase de ella por su forma de vestir, Magaly sabía que tenía buen gusto y siempre había seguido las modas con atención. Además, estuvo dos años atendiendo una camisería de Santo Domingo, antes de que un tipo llamado Jacobo entrara en su vida y todo se fuera a la mierda.

—¿Experiencia en ferretería y mecánica?

Esperó.

—¿Mascotas y plantas?

Esperó.

—¿Papelería?

Ahora estaba en la primera fila y podía ver cómo muchas de las chicas salían cabizbajas por la puerta del fondo después de intercambiar unas frases con el chino. Era imposible escuchar lo que decían, pero una realidad se imponía mudamente: las más jóvenes se quedaban, las mayores se marchaban.

—¿Decoración?

Se preguntó, de súbito, si sería capaz de superar un nuevo desprecio. Había elegido aquel anuncio precisamente porque no tenía energías para una peregrinación de rechazos. Prefería empezar ya, aunque fuera desde tan abajo, aunque le dieran el peor horario y el peor sueldo. Lo primordial era salir de la casa, huir de los fantasmas de Claudia antes de que convocaran a los suyos.

Pero ahora miraba a las mujeres que salían cabizbajas por la puerta, casi todas más jóvenes y delgadas que ella, y la simple idea de encontrarse allí parecía un despropósito. Miró las manos de las chicas que la rodeaban, las uñas pintadas, los dorsos suaves y blancos, los dedos finos que sostenían los currículos hermosamente impresos y plastificados.

Magaly había escrito el suyo aquella misma mañana, furtivamente, en la media hora que la señora Claudia empleaba para ducharse. Escogió la plantilla más simple del Microsoft Word: nombre, objetivos, experiencia, estudios, conocimientos. Lo rellenó, lo repasó, lo volvió a repasar, lo imprimió con tinta azul —la única que quedaba— y todavía le sobraron diez minutos

para apagar el ordenador, ahuecar los cojines de la butaca y regresar a la cocina. Se hundió al pensar lo rápido que podía resumir su vida. Lo poco que ocupaban los argumentos que hacían de ella una persona valiosa.

*Valiosa*. Sintió como si la uve de aquella palabra le abriese una hendidura en el cráneo.

—Las que faltáis, venid. —Esmeralda hizo un ademán de pastoreo, y entonces Magaly cayó en la cuenta de que se había quedado sola con otras dos chicas.

Echaron a andar entre columnas de palés y bobinas de plástico. Las suelas de los zapatos de Magaly chirriaban sobre el linóleo como las zapatillas de un jugador de baloncesto. No necesitó bajar la mirada para saber que era la única que no andaba sobre tacones.

Antes de acercarse al jefe, que ahora chillaba a su teléfono, Magaly cogió el brazo de Esmeralda.

—¿Y la sección de textil? —Desistió de camuflar su ansiedad.

—Para textil ya hicimos la selección. —La subalterna sonrió de medio lado y se zafó de la mano de Magaly.

Sin dejar de parlotear, el jefe escudriñó a las tres candidatas desde las troneras de sus ojos. Los restos de la leva. La morralla inútil.

—¿Tú qué haces? —preguntó a la chica más joven, apuntándole con el dedo.

Ella soltó un alegato atropellado y esplendorosamente vacío, luego se mordió los labios y esperó, temblando. El veredicto llegó a los oídos de Esmeralda en forma de tableteo de sílabas. Ella sonrió, a su manera torcida, y dijo a la candidata:

—Nos quedamos con tus datos, ¿vale? Te llamaremos en cuanto haya algo para ti.

La muchacha musitó «gracias», levemente conmocionada, y echó a andar hacia la puerta del almacén. Magaly se concedió una breve retirada del grupo para contemplar cómo la criba se repetía con la otra mujer, algo mayor, también latina. La pregunta áspera, la respuesta ansiosa, el desdén sonriente. Y los tacones que puntean un ánimo desacompasado hacia la calle.

Fue entonces, al seguir con la mirada el paseillo de la mujer, cuando Magaly advirtió la presencia de una figura sentada en lo alto de una gran pila de cajas. Recortada sobre la pastosa claridad de una ventana, la silueta del barón resultaba inconfundible, con su chistera sobre el óvalo blanco del rostro. Magaly creyó distinguir una sonrisa abrirse al mismo tiempo que la mano izquierda se levantaba y agitaba a modo de saludo.

—¿Tú qué puedes hacer? —El dedo del chino le apuntaba ahora a ella, la última de la mañana.

Magaly miró aquellos ojos transcontinentales y una idea antigua le volvió a la cabeza: que el chino y ella habían recorrido durante años el planeta para encontrarse justo aquí, en esta ciudad a medio camino, y llevar a cabo este preciso acto de intercambio.

Respondió:

—Yo hago hablar a los muertos.

Se produjo una contracción en el rostro del jefe.

—¿Qué?

En lo alto de las cajas apiladas, el barón reía a carcajadas mientras se palmeaba la rodilla.

—A tus muertos. —Magaly señaló al chino, luego a Esmeralda—. Y a los tuyos. Puedo hacer que hablen. Y también puedo hacer que esta noche se levanten de su tumba y vayan a vuestra casa y os echen las babas en la boca mientras dormís. *Eso* puedo hacer.

Alzó su currículum, lo estrujó con las dos manos y lo dejó caer. La bola rebotó en el suelo y

corrió entre los pies del chino, que buscaba explicación en su ayudante. Magaly dio media vuelta y arrancó a andar, al principio con los ojos cerrados, vibrantes, rumbo a la puerta del almacén.

Salió a la calle, se abrió paso entre la gente hasta la primera esquina y se apoyó en un muro atestado de carteles para recuperar el aliento. Pensó que se desmayaría, que bien podría morir allí mismo y quizá tenía todo el sentido que así sucediera. Pero el mareo se alejó, y fue maravilloso comprobar que su determinación seguía en pie.

Tomó el metro y regresó a Cuatro Caminos, el barrio de los dominicanos.

En la tienda se acordaban de ella, cómo no, aunque habían pasado unos cuantos años. Vírgenes y santos de todos los colores, inciensos, collares, velas, aceites, amuletos, estampas, cartas, maracas y tambores envolvieron a Magaly en un abrazo familiar.

El hombre de la pareja que atendía se levantó de su banqueta, se subió el cinturón y le preguntó qué quería. Magaly se lo dijo. Un silencio denso inundó el espacio entre ellos, como desalojado de sus cabezas por el volumen de los pensamientos. Magaly lo perforó con el filo negrísimo de sus pupilas y se limitó a esperar que el hombre comenzara a hacer su trabajo.

En ese mismo instante, a un kilómetro de allí, la señora Claudia permanecía rígida frente a la pantalla de su ordenador. Un ligero temblor en la mandíbula, una pátina acuosa en los ojos. Llevaba un rato mirando las fotografías familiares archivadas en su carpeta de retoques. Su santuario privado. Solía revisar aquella galería cada vez que su ánimo renqueaba, a menudo antes de que comenzara a hacerle su pierna derecha. Repasaba todas las imágenes a las que ella había añadido un determinado brillo, o un filtro, o un recorte estratégico para evitar gestos feos. Aquellas intervenciones tenían un carácter ceremonial, eran su particular alternativa a visitar cementerios o rezar por el futuro de los hijos. Ninguna iglesia superaba el efecto pacificador del retocado digital. Años atrás, su hijo Andrés había comentado, con una sonrisa condescendiente, que aquellas imágenes le parecían «maravillosamente kitsch», deletreando la última palabra con los dedos. Claudia buscó el significado de *kitsch* en internet y desde entonces no había vuelto a enseñarle los retoques a Andrés. Comprendió que aquel debía seguir siendo su ritual secreto.

Hasta el día de hoy.

Había aprovechado la ausencia de Magaly para encerrarse en la habitación y revisar su archivo, pero en cuanto abrió la primera fotografía sintió que sus pulmones se enfriaban como las paredes de un congelador. Se trataba de una instantánea sacada durante sus vacaciones en Lanzarote, a mediados de los noventa. Claudia no aparecía, claro, porque era quien empuñaba la cámara; frente a ella, Rafael y los dos hijos sonrientes, sus pelos agitados por el viento, al borde de un pretil sobre el paisaje marciano de la isla. Aunque Rafael ya no sonreía, tal y como había hecho el día de la fotografía y todas las veces —cientos, miles— que ella había mirado la fotografía desde entonces. Ahora el padre mostraba un rostro serio y avejentado, espectralmente parecido al que había arrastrado en sus últimos días de vida en el hospital. Claudia cerró la fotografía y volvió a abrirla, sintiendo un zumbido de tensión en los oídos. El rostro viejo de Rafael volvió a aparecer, tan fuera de lugar, tan claramente recortado de alguna otra fotografía reciente. La cuestión era que Claudia no recordaba haber hecho nunca aquel espantoso *collage*. ¿Qué motivo podría haber tenido? Siguiendo un pálpito de sospecha, seleccionó el resto de fotografías de la carpeta y las abrió de golpe. Noventa y tres imágenes familiares, todas retocadas sacramentalmente por sus dedos en Photoshop, a la búsqueda de una perfección que solo ella podía ver. Todas profanadas.

—Dios bendito —dijo una sola vez, mientras examinaba el rosario de imágenes.

Tardó un rato, aún debilitada por el shock, en comprobar que únicamente la figura de Rafael se veía alterada en las fotografías. Sus hijos y ella misma parecían haberse librado del sabotaje, que a veces era un corta y pega de cabezas, quizá con el propósito de difuminar cualquier sentido de tiempo; otras veces consistía en unos simples rayotes sobre el rostro de Rafael, se diría que hechos por un niño enrabiado; y otras se presentaba como un simple velo de oscuridad sobre el contorno de su cuerpo. Era el tipo de trucos que solo requerían un mínimo conocimiento del programa, justo el nivel que tenía Claudia. Pero no, de ninguna manera iba a aceptar que semejante monstruosidad pudiera ser obra suya. Entre otras cosas, porque eso significaría que había empezado a perder la memoria, y aquel era el fantasma que más la aterrorizaba.

—Tú no has tocado mi ordenador, ¿verdad, Magaly? —le preguntó más tarde, en cuanto escuchó que la asistenta regresaba de sus compras.

—No, Claudia. —Magaly se las arregló para cruzar el pasillo y abandonar sus compras en la habitación sin que la señora se fijara en ellas. Se encontraron en la cocina—. ¿Por qué?

Claudia no necesitó sostener la mirada de Magaly más que un par de segundos para saber que era sincera.

—Nada. —Quiso aparentar que se ocupaba de buscar verduras y disponer los instrumentos sobre la encimera para cortarlas, pero su estado de ánimo era un filamento vibrátil, algo muy tenue a punto de romperse.

—Señora. —Magaly la cogió de la mano y volvieron a enfrentar sus ojos—. Claudia. Puedo ayudarte.

## (Abajo)

Hay cinco segundos, los que tarda el móvil en caer y su pantalla en oscurecerse, durante los cuales Andrés y De Lezo todavía son dos hombres que pueden mirarse a los ojos y tratar de entender lo que está ocurriendo. Aunque ninguno de ellos lo consigue, en realidad. Ni siquiera Andrés, cuyas manos se cierran sobre el cuello del otro, al parecer siguiendo un mandato que nunca ha llegado a formularse en su mente. La locura del instante es demasiado inabarcable, y el tiempo para percibirla demasiado breve.

Entonces el móvil se apaga y solo hay oscuridad y dos seres atrapados que forcejean desde lo más hondo de su instinto.

El tacto y el olfato son todo lo que tiene Andrés para dirigir su lucha, suponiendo que la voluntad juegue algún papel en esta danza furiosa de cuerpos. Jamás imaginó que un cuello pudiera ser tan difícil de estrujar y que un hombre sin aliento pudiera resistir y sacudirse y golpear durante tanto tiempo y con semejante fuerza. Siente los manotazos y los arañazos en su cara: buscan sus ojos, seguramente sin proponérselo, siguiendo impulsos de su cerebro reptiliano, un milenario registro de enfrentamientos con criaturas a las que vale matar de cualquier modo.

Huele a gasolina, a aliento corrupto y ahora también a mierda, porque el vaciado de vida llega acompañado por un vaciado de tripas, y de pronto lo que sostiene las manos de Andrés ya no es más que un trozo de carne, que deja caer, una cáscara inerte donde ya no habita nadie.

El triunfo es maravilloso, descubre Andrés. Matar, y no morir, se siente como una hormigueante bendición en todos los músculos. La idea racional, dramática, de haber acabado con la vida de una persona tiene un peso exactamente igual a cero en su conciencia. No quedan consideraciones morales. No queda nada más que la euforia del superviviente. Desea reír. Y lo hace.

—¡Ja! —vocea tan fuerte que siente la vibración del eco en su cabeza, y esto es lo más parecido a oír *de verdad* que ha conocido desde que tenía un año de edad.

Jadea, exhausto y dichoso, percibiendo la sangre que se desliza por su cara rasgada como un bautismo. Aquel sería un buen lugar para detener el tiempo y los sentidos, un limbo real donde dar por concluida la épica historia de Andrés Sánchez Arrieta. Telón. Ovación. Lágrimas.

Pero sucede que el tiempo no se detiene, y los segundos siguientes son atroces. Porque la consciencia regresa, lentamente, como un núcleo de desesperación que se condensa en mitad de la negrura y toma el control de todos sus pensamientos. ¿Dónde está el triunfo ahora? No necesita un cálculo complejo para saber que solo le separan unos minutos de acabar como el hombre que yace ante sus rodillas.

No, se rebela, y busca lo que sus sentidos le reclaman en primer lugar: una luz. Sus manos chapotean por el techo del vehículo hasta que se tropiezan con el teléfono móvil. Lo agarra y palpa obsesivamente su perfil en busca del botón de encendido, pero es inútil, la pantalla no responde. Enrabiado, intenta lanzar lejos aquel pedazo de oscuridad inservible, sin tener en cuenta las dimensiones que lo ciñen, y su mano rebota contra el respaldo del asiento invertido, provocando un estallido de dolor en su hombro.



Se retuerce. Aprieta los dientes. Tiene que hacer un esfuerzo inmenso para no llorar, porque — está seguro— en el momento en que ceda a ese impulso ya no quedará la menor oportunidad de salir vivo.

Deja que pase un minuto, solo respirando, como un profesor que aguarda a que se callen por completo sus alumnos después de dar un golpe a la pizarra.

Una idea prende: si De Lezo estaba hablando por teléfono cuando él lo atacó, eso significa que al menos tenía un hilo de cobertura, lo que significa que...

Estoy cerca, se dice, al tiempo que utiliza las manos para guiarse en la oscuridad. Examina su entorno, trata de visualizar la posición en la que ha quedado el coche, no totalmente bocabajo sino peraltado hacia la derecha, y concluye que lo más sencillo será salir desde el puesto del copiloto, a través del hueco del parabrisas. Y luego cavar, otra vez, cavar y cavar hasta que le salten las uñas de todos los dedos, con tal de abrirse camino hasta la superficie.

Desliza su cuerpo por encima de De Lezo, un bulto de pronto enorme, como si al devenir cadáver hubiera duplicado su tamaño, y el desagradable contacto viene asociado al recuerdo de una voz, o mejor dicho, a la imagen de unos labios moviéndose —tal vez siguen haciéndolo, aunque muertos, protegidos por la negrura—: *No es conmigo con quien estás furioso.*

Los efluvios de la gasolina están envenenando el aire dentro del coche y Andrés teme haberse dislocado el hombro, apenas puede moverlo sin sufrir una descarga paralizante. Si ahora pudiera verse, en realidad, se daría cuenta de que todo su cuerpo está hecho una ruina. Esto es lo que queda de un ser humano después de irse al infierno. Un epílogo, un cúmulo de decisiones equivocadas, un veredicto sin sanción ni aprendizaje.

*¡No!*

Por segunda y última vez, Andrés comienza a escarbar la tierra húmeda con sus dedos.

3 de diciembre de 2014

Alejandro Coppel esperó a que el taxista le entregara su maleta y se despidió con un apretón de manos, como si el trayecto desde el aeropuerto les hubiera bastado para forjar alguna clase de lealtad. Luego sacó un cigarrillo y lo encendió, parado a una distancia que le permitía observar el trasiego en la puerta del tanatorio sin ser reconocido. Era la tercera vez que traicionaba su juramento de no volver a fumar, pero se persuadió de que la muerte de un viejo socio y amigo le otorgaba ciertas indulgencias.

Acabó el cigarrillo y entró, sin cambiar la mirada con nadie. En el amplio y acicalado vestíbulo, un panel informaba de los nombres de los difuntos y sus correspondientes salas de velatorio. «Rafael Sánchez Vitoria, Sala 3». Miró la fecha en la parte alta del panel, «3 de diciembre de 2014», y tuvo que parpadear hasta convencerse de que aquella cifra se correspondía con el día presente.

Habían pasado casi treinta años desde que se vieron por última vez, y fue en las dependencias de otra institución tan oficialmente lúgubre como la que ahora pisaba: una cárcel. En aquella ocasión Alejandro ejercía de difunto y Rafael de amigo que acudía a prestarle sus respetos. No hubo más visitas en los nueve años siguientes, pero esto Alejandro jamás se lo reprochó, ni por carta, ni siquiera en forma de cenizoso pensamiento íntimo. El rencor es para los perdedores y los resignados, se decía. Y él tenía planes. La prisión es una cantera inagotable de tiempo para construir planes.

Decidió entrar primero en los servicios, donde repasó su aspecto ante el espejo. El traje de lino estaba surcado de arrugas y no podía resultar más fuera de lugar en aquel Madrid encapotado y frío, pero de alguna manera fortalecía su presencia. Lamentó, aunque sin drama, el modo en que su pecho se veía ligeramente hundido bajo la camisa y la cara comenzaba a despejarse, como una máscara. Su estatura y sus ojos claros, sin embargo, seguían reinando en el efecto final. Se imaginó la sorpresa de Claudia al ver su cabeza rapada y trató de imaginarse cómo habría envejecido ella, aunque no era tarea fácil. La última vez que la vio llevaba bikini y una nevera portátil para la playa. También remolcaba a los críos, el granuja y el mudito, con las chanclas húmedas y aún llenas de arena.

—Treinta años —murmuró, y entonces alguien soltó una risita en la cabina más cercana. Una chica.

Alejandro atendió un instante y percibió movimientos sofocados, luego el susurro de un hombre. Había una pareja pasándose bien en los aseos. Por qué no. Nadie se siente más vivo que los vivos de un tanatorio.

Cogió su *trolley* y salió por el marmolado corredor. No había nadie ante la puerta de la sala número 3, tan solo una peana con flores de plástico. Era inevitable contemplar aquel lugar como un teatro donde todo era representado, puro gesto y ceremonia, salvo la putrefacción, tan real que debía esconderse en cajas bien pulidas.

Entró.

El olor a perfume industrial se imponía sobre cualquier otro. Los ramos y las coronas de flores auténticas permanecían confinadas al otro lado del cristal, en el habitáculo refrigerado del fétetro. Dos hombres trajeados y una mujer de pelo gris murmuraban ante el sórdido escaparate, y por un instante Coppel creyó que se trataba de ellos, la madre y los hijos, pero entonces sintió el peso de una mirada sobre él, giró en redondo y sus ojos se tropezaron con los de Claudia, sentada en una butaca junto a la pared. En ese instante todas las personas de la sala se volvieron, como si el reconocimiento hubiera generado alguna clase de onda perceptible.

Alejandro Coppel avanzó entre los rostros intrigados con la gravedad de un maestro, quién sabe de qué arte, tal vez el arte de desaparecer y regresar mil años después. Claudia se puso en pie. No había cambiado tanto como él temía. No tenía el pelo gris, sino caoba, y no vestía de negro, sino de grana oscuro. Había una obstinación en la viveza de aquella mujer, un centro de rebeldía o quizá de demencia gobernando desde el tuétano.

—Alejandro.

—Claudia.

Él puso sus manos en los hombros de ella y le besó las mejillas. Dijo «lo siento», y al oír aquellas palabras, apenas tres sílabas teñidas del acento remoto de Coppel, ella no pudo contener el llanto. Se abrazaron.

Andrés los observaba, inmóvil, desde la otra esquina de la sala. Coppel no había reparado en su presencia, pero él lo había reconocido de inmediato, a pesar de la edad, a pesar del traje arrugado y del cráneo rasurado. El implante coclear comenzó a silbar, atravesándole el cerebro, justo cuando vio a su madre envuelta en los brazos del viejo. Manipuló el micrófono alojado detrás de su oreja y logró atenuar el zumbido, pero los sonidos le llegaban descompuestos, fallidos, sus propias palabras reducidas a un cacareo robótico:

—Hijo de puta —masculló.

El primo David, con el que hablaba hasta hacía un momento, lo miró con gesto pasmado y le hizo una pregunta, probablemente «¿quién es?», que Andrés ni siquiera oyó, porque ya estaba encaminándose a la puerta de salida.

Claudia y Coppel avanzaron juntos hasta el cristal del túmulo. El ataúd de Rafael permanecía cerrado, por deseo de ella y de los hijos, y una sombra de decepción nubló el rostro del amigo durante unos segundos: atravesar un océano de treinta años para encontrar una caja de madera, la imagen vulgar de la muerte en vez del rostro único del muerto. Pensó que podría pedirselo, «quiero verlo», y si él la miraba a los ojos no podría negarse, pero entonces le asaltó un miedo irracional: ¿y si abrían la tapa y era su propia cara pintarrajeada la que se pudría allí dentro? De modo que permaneció mansamente al lado de Claudia, compartiendo un estado de conmoción que iba mucho más allá de la pérdida de Rafael. La pregunta era en qué lugar les dejaba a ellos aquella ausencia. Coppel le preguntó por los hijos y Claudia se volvió a buscarlos, pero solo encontró las miradas blandas y grises de los pocos familiares que se habían acercado a despedirse de su marido.

—Qué raro.

Y cogió el móvil para llamar.

En los aseos de caballeros, Fede no pudo aguantar más y se corrió en la boca de Dina, sin avisar, justo en el momento en que sonaba su teléfono móvil en el bolsillo. Ella gimió de sorpresa pero no se retiró; en lugar de eso, hincó las uñas en las nalgas de Fede.

—Ah, joder... Tengo que cogerlo. —Fede se escabulló para rescatar el teléfono de su pantalón y se lo llevó al oído. Detestaba el tacto de su propia barba, como una especie de erupción boscosa que desfiguraba su rostro, pero aquella era una exigencia innegociable de Dina—. ¿Qué pasa, mamá?

Diez minutos después estaban todos en la furgoneta. Fede al volante, Dina a su lado, Claudia y Coppel en el asiento trasero. La idea era comer en casa y regresar al velatorio por la tarde, aunque Coppel ya había anunciado que tenía el vuelo de retorno en pocas horas. La conversación resonaba hueca, casi alegre en la furgoneta, porque hay una provisionalidad reconfortante en los pequeños traslados, una logística contra el dolor.

Claudia llamó a su hijo pequeño.

—Andrés, ¿estás en casa? Voy de camino con Fede, Dina y Alejandro, que ha llegado justo cuando tú te has ido... Sí, Coppel... Vale, hasta ahora.

Alejandro alzó las cejas.

—¿Ya puede...?

—Se hizo un implante coclear hace un mes —contó Claudia—. Se lo habían desaconsejado, por su antecedente de meningitis, pero... Dijo que quería hablar con su padre, y escuchar su voz antes de que muriera.

—¿Y pudo hacerlo?

—Sí. Pero Rafael ya no decía más que tonterías. Se le fue la cabeza justo entonces.

Fede echó un vistazo a Coppel por el retrovisor. Era la única manera de espiar aquellos ojos azules sin que el corazón comenzara a latirle más deprisa. Sin darse cuenta, había comenzado a hurgarse la llaga de su encía con la lengua. Dijo:

—Papá no tenía ni idea de quiénes éramos, ni cómo nos llamábamos, pero te podía decir la alineación completa del Real Madrid y quién había marcado los goles en todas las finales de la Champions.

—Andrés lo pasó muy mal. —Claudia buscaba ansiosamente el rostro de Coppel—. Rafael y él estaban muy unidos.

—No como yo, ¿no? —dijo el conductor.

—Ya sabes a qué me refiero, Federico. Es distinto. Con Andrés siempre ha sido distinto.

—Ya.

En casa, Andrés contempló la pantalla de su teléfono móvil durante un minuto, incapaz de reaccionar. La jaqueca gritaba como un recién nacido dentro de su cabeza. Solo que no era una jaqueca, sino algo peor, una infestación. Lo que dolía era la lucha de su cuerpo contra el intruso electrónico. Rechazo. Fracaso. Otro más.

Se dirigió al cuarto de baño, se quitó el dispositivo externo y metió la cabeza bajo el chorro frío de la ducha. No eliminó el dolor, pero al menos sirvió para enjuagar sus emociones. Contempló la idea que brillaba debajo de todos sus miedos y sintió un escalofrío.

Se secó apresuradamente con una toalla y fue al dormitorio de Fede. Las paredes continuaban pobladas de pósters —Samantha Fox y Mike Tyson presidían un altar de rugiente heterosexualidad—, quizá porque Claudia alentaba la secreta esperanza de que así sería más fácil invocar el regreso de su primogénito. Había una enorme bolsa de viaje abierta en el suelo, la ropa revuelta en su interior como si Andrés no fuera el primero en merodear con intenciones de saqueo. Miró el barullo de camisetas, pantalones, faldas y jerséis, pero no rebuscó. Sabía que su hermano nunca

guardaba el arma en la maleta, y también sabía que no la había llevado al tanatorio, así que comenzó a revisar los muebles de la habitación. Un estuche triangular apareció en el último cajón del escritorio. Lo sopesó, retrasando el momento de abrir la cremallera como si aquella fuera la frontera definitiva. Pero su idea era firme. Sacó el arma y la examinó con detenimiento. Pequeña y negra, con una inscripción en el cañón que la bautizaba como «PT709 Slim», parecía un arma diseñada para ser escondida en el bolsillo y atracar una gasolinera. Un par de veranos antes, Fede había llevado a Andrés a un descampado para darle una pequeña lección práctica. Cómo cargarla, desbloquearla, apuntar con una mano apoyada sobre la otra y, por último, soportar el retroceso de cada disparo. Tiraron contra un talud de tierra, marcándose objetivos fáciles, y Andrés acabó poseído por un raro éxtasis. Cada vez que el arma detonaba, él sentía la sacudida en sus oídos y aquello le hacía sentirse reconectado con el mundo de una forma inesperada, como si la cápsula de silencio que lo envolvía se hubiera resquebrajado por fin, a la orden de su dedo índice.

Ahora, en el dormitorio vacío de su hermano, otra emoción más herrumbrosa entorpecía los dedos de Andrés mientras comprobaba que la PT709 estaba cargada. Buscó la mejor manera de ocultarla y al fin se la encajó en la parte trasera del cinturón, cubierta por el vuelo de la camisa.

Volvió al cuarto de baño para colocarse de nuevo el audífono, pero se lo pensó mejor. Todos sus intentos de aproximarse a las voces reales habían culminado en un estrepitoso fracaso. El susurro grave de Coppel, hablando con su madre en la sala del velatorio, era más de lo que podía soportar de él. No quería zumbidos, ni dolor, ni sílabas robotizadas. Necesitaba el cien por cien de sus sentidos sanos para no equivocarse a continuación.

Nunca llegó a pensar: voy a matar a Coppel. Su conciencia había aprendido a bucear bajo el hielo del lenguaje, sin tocarlo, lo que le daba una sensación de horizonte infinito en cada uno de sus actos, pero también lo acercaba peligrosamente al abismo y a la asfixia, si no se andaba con cuidado. Sintió una agitación en el aire que llegaba del pasillo: era su madre, abriendo con vehemencia la puerta de casa. Andrés avanzó lentamente a su encuentro. Su madre entraba por delante, animada y culpable por el mismo motivo, la presencia de Coppel a su espalda, con todo lo que comportaba. Ella dijo algo y Andrés leyó la respuesta en los labios de Coppel:

—Y que lo digas. —Los ojos brillantes del sesentón se detuvieron sobre Andrés de un modo que le hizo pensar en cetrería, en la ligera presión de unas garras solo aparentemente domesticadas alrededor de la mano enguantada—. El vivo retrato de su padre. Hola, Andrés.

Tras él emergió el rostró de Fede, con su estúpida barba y su pelo largo solo para agrandar a la novia de turno, que al parecer había fabricado alguna excusa para no subir con ellos. Claudia señaló de inmediato el oído desnudo de Andrés.

—¿Te lo has quitado? ¿Te molestaba?

«Un poco», respondió él. A partir de aquel instante ella acompañó sus palabras con las manos:

—¿Te acuerdas de Alejandro?

Fede se escabulló hacia el cuarto de baño, hostil a cualquier recital de nostalgia, y Andrés no tuvo más remedio que asentir. El fantasma de su pasado dio un paso hacia él, dejando a un lado su maleta con ruedas, y le tendió la mano.

—Siento mucho la pérdida de tu padre —vocalizó.

Pero su mano se quedó huérfana en el aire, bajo la mirada tirante de Claudia, hasta que el hombre cambió el gesto por una palmada en el brazo de Andrés.

—Quiero que sepas que podéis contar conmigo para lo que haga falta. —Se volvió hacia

Claudia—. ¿Puedes traducírselo?

—Te entiende muy bien, Alejandro.

Andrés sentía que algo le estaba ocurriendo a su piel, un temblor incontenible, una rebelión impregnada en sudor, como si la cadena de mando se hubiera roto entre su voluntad y las manifestaciones de su cuerpo. Claudia los rescató del instante y se llevó a Coppel a la cocina. Era necesario beber algo, lo que fuera, un refresco, mosto, cerveza, café. El invitado pidió solo un vaso grande de agua con hielo y se excusó para ir al servicio. Cuando se quedaron a solas, Andrés se encaró a su madre.

«¿Por qué está él aquí?».

«Ya lo sabes». Los gestos de ella parecían trasladar, mediante algún malabarismo, el tono agudo de su voz. «Esta familia le debe mucho».

Lo que le debían, en realidad, podía tasarse con precisión de calendario. Veintitrés años y un día, había dicho el juez, aunque luego no llegaron ni a la mitad. La condena que debería haber cumplido su padre, y no Alejandro, como responsable del derrumbe en el que murieron diecisiete personas. Por aquel entonces Andrés era un crío de seis años. Todas aquellas cifras se combinaban desde entonces en su cabeza en una suerte de cábala mística, aunque fatigosa e inútil, como un augurio entendido demasiado tarde.

Fede asomó, vestido con vaqueros y guerrera, para anunciar que se iba a comer algo con Dina.

—¿No pensarás ir así al tanatorio? —dijo su madre. Fede farfulló una respuesta y se dio media vuelta—. Espera, ¿te has despedido de Alejandro?

El portazo hizo vibrar el aire hasta los oídos de Andrés, que sonrió por dentro. ¿Había alguien que apreciase verdaderamente a Coppel en aquella casa? Incluso la amabilidad de Claudia parecía seguir un guion prestado, algún tipo de cláusula de obligado cumplimiento.

«No le debemos nada», sentenció Andrés, y de inmediato se sintió culpable por el centelleo en los ojos de su madre.

«¿Cómo puedes decir eso? Si tu padre te oyera».

Claudia empujó a su hijo con la puerta de la nevera y comenzó a rellenar furiosamente una bandeja con cualquier cosa que pudiera servir de almuerzo, a pesar de que ni Coppel, ni Andrés, ni ella misma tenían el menor apetito. Faltaba un año para su rotura de cadera y aún se desenvolvía con el nervio de una veinteañera. Traslataba sus emociones a las manos para que no le ocuparan la cabeza, un truco que Andrés deseó ser capaz de realizar en aquel instante, pero sus miembros le pesaban, ajenos, como hechos de gomaespuma.

No hubo disparos aquella tarde. Sentado en el sillón favorito del muerto, Coppel medió a pequeños sorbos su vaso de agua mientras hacía preguntas sobre la vida de Rafael y cada miembro de la familia durante aquellos años, atendiendo con exagerado interés, para después hilvanar una suave crónica de su propio periplo por los distintos rincones del globo, en especial sus últimos años en Estados Unidos. Todo era ostentosamente falso, su historia, su interés por la historia de ellos, las pausas emocionadas, el arqueado de cejas, y sin embargo su figura arrojaba un poder, una seguridad en sí mismo difícil de cuestionar.

Cuando ya no pudo resistir más, Andrés fue a devolver la pistola a su sitio y luego se quedó observando la charla de lejos, bajo el dintel del salón, en un ángulo elegido para que aquellas bocas no parecieran emitir más que muecas sin sentido y aquellos ojos claros no pudieran capturarle. No le resultaba más agradable mirar a su madre que a Coppel. La expresión de

Claudia durante la tarde, mientras atendía a la monserga lechosa y autocomplaciente del viejo, representaba el mayor de los enigmas imaginables para Andrés. Se preguntó si aquella mujer habría decidido sencillamente negarse a ver lo que, quizá ella misma sospechaba, sería incapaz de aceptar. Se preguntó también si era normal que una madre y un hijo se desconocieran tanto como ellos lo hacían.

Pasadas las cinco, Claudia anunció que debía regresar al tanatorio y Coppel pidió un taxi para que lo llevara de vuelta al aeropuerto. Siguiendo las indicaciones de su madre, Andrés lo acompañó hasta la calle con la maleta, e incluso estrechó la mano del viejo cuando iba a subir al vehículo. Comenzaba a llover.

—¿Seguro que no necesitáis ayuda de ningún tipo? —dijo Coppel—. ¿Dinero? Le prometí a tu padre que siempre cuidaría de vosotros. Sé que no lo estáis pasando bien, Andrés, así que si necesitas mi ayuda, este es el momento.

Era el momento, claro, porque Alejandro Coppel, cuyo nombre ni siquiera coincidía con el del pasaporte que utilizaba desde hacía años, no les pensaba dejar ningún teléfono ni dirección de contacto. El fantasma del pasado se desvanecería tal como había llegado.

Andrés negó con la cabeza, esa cabeza otra vez envuelta en una mordaza de silencio, aunque libre de artefactos chirriantes, y de pronto sintió una ponzoñosa oleada de agradecimiento hacia Coppel. Después de todo, aquel hombre había atravesado el tiempo y el espacio para darle una oportunidad de comprobar algunas cosas sobre sí mismo. Cómo se ordenaba la jerarquía de sus odios, por ejemplo. *Sé que no lo estáis pasando bien, Andrés*. Claro que lo sabía, comprendió ahora. Coppel había fingido en sus preguntas porque —de algún modo que prefirió no imaginar— estaba perfectamente al tanto del historial de desgracias de aquella familia, de lo que se tambaleaba incluso dentro de la cabeza de cada uno de sus miembros.

Cuando por fin el anciano cerró la puerta y Andrés vio su propio rostro descompuesto en un centenar de gotas sobre el cristal, se tuvo que tragar un grito.

*El vivo retrato de su padre.*

## No hay problema

Fede soñaba que un enorme mastín de pelo negro le mordía la pierna derecha cuando un parpadeo lo devolvió a su cuerpo real, empapado y tendido de cualquier manera bajo un sol picante en la azotea del Tattoo Doc. El perro era su móvil, vibrando con rabia en el bolsillo.

—Tío, ¿qué pasa? —Christian, su joven e impaciente colega de vigilancia—. Llevo más de una hora esperando. Me voy a largar.

—Espera. —Fede se incorporó. Muy despacio—. Está bien. Vete. Deja todo cerrado, yo voy de camino. No hay problema.

Colgó. Se frotó el rostro con las manos. Se convenció de que no había caído inconsciente, nada eso, tan solo se había permitido echar una cabezada allí mismo, ¿por qué no? Era un hombre libre. Miró la claraboya, sus cristales tan limpios que era inevitable imaginar a Loreto pasándoles un trapo cada pocos días, decidida a fantasear con que Doc y ella dormían al aire libre. De rodillas, y odiándose un poco por tantas cosas, se acercó para asomarse con cuidado.

La pareja continuaba en la cama. Se abrazaban, de costado, sumidos en una bajamar de caricias amodorradas, completamente inadvertidos de que alguien los observaba desde el techo. Enseguida, los brazos enormes de Doc modificaron la disposición de los cuerpos y él se colocó encima de ella. La espalda del hombre, extensa y ondulada como un arenal, estaba dominada por el rostro tatuado de una pantera similar al del escaparate de la tienda. Los movimientos de Doc, el modo en que sus músculos se tensaban y destensaban por encima de la figura desaparecida de Loreto, dieron la impresión a Fede de que el felino le estaba haciendo muecas. Un calambre de náusea se formó en el fondo de su estómago y se advirtió de que sería mejor apartarse. Pero se quedó. Siguió pegado al cristal, y siguió mirando. El vaivén de Doc provocó que la sábana se deslizara a un lado, desvelando el retablo completo de la cúpula, y aquel repentino fragmento de realidad hizo quebrar la vidriera de miedos, conjeturas y convicciones desde la que Fede los contemplaba. Nada era finalmente cierto fuera de aquel acto, nada tenía consistencia más que aquel nudo exacto de dos cuerpos, el universo interpretado en el acorde de unos pies de mujer que se cruzan sobre la cintura de un hombre. Se trataba de una pureza difícil de digerir y al instante Fede supo que su aparato emocional se había ido a la mierda, incapaz de emitir ninguna respuesta, como no fuera una atolondrada reverencia. Iba a retirarse, mutilado por dentro, cuando ante sus sentidos desguarecidos se presentó un nuevo prodigio: la pantera en la espalda de Doc comenzó a desfigurarse, sus ojos amarillos se tornaron azules y sus sombras se reordenaron en el dibujo de una cabeza distinta, esta humana y bien reconocible. Dos nombres para un solo rostro. Raimon Coppel. Que de pronto se llevaba el dedo índice a los labios, pidiendo silencio. Me guardarás el secreto, ¿verdad, Fede?

—Ah —soltó un gemido, a la vez que tropezaba y caía sobre su trasero—. Joder.

Se levantó y se alejó de la claraboya, tambaleándose, sin preocuparse por los aldabonazos de sus pisadas sobre el techo. Huyendo.

No quedaba rastro de Christian cuando llegó a la caseta instalada al pie del Alpha Centauri. El



chaval había dejado el perímetro bien cerrado, siguiendo las instrucciones, y se había marchado sin darle más vueltas al asunto. Fede se desprendió de su ropa húmeda de sudor y alcohol y se vistió con la camisa, el pantalón y las botas del uniforme. Prefirió no cargarse con el peso del cinturón, pero sí cogió los prismáticos.

Mientras subía en el moroso ascensor de la torre, Fede recordó, aunque remotamente, como una noticia oída a medias, la amenaza que la gerencia les lanzó al firmar el contrato: si cualquier intruso resultaba herido o muerto en la demolición, los dos vigilantes serían responsabilizados a título personal. Le acometió un estallido de risa. De pronto todo parecía una inmensa broma. Tenía que serlo.

—Raimon —pronunció, sacudiéndose el estupor de la cabeza—. No me jodas.

Necesitaba aire, no, necesitaba un vendaval que le traspasara la carne y se llevara el aturdimiento y la resaca de todas sus terminaciones nerviosas. Por suerte disponía del lugar perfecto para hacerlo. Ascendió los últimos tramos de escaleras hasta la azotea y se sentó en el centro de la plataforma de hormigón bajo un mediodía que vaticinaba un cambio de estado. Mantuvo los ojos entornados, no del todo cerrados, porque entonces sentía que el edificio entero se balanceaba y su estómago comenzaba a emitir mensajes de socorro.

Una señal de alerta comenzó a parpadear en el fondo de su cabeza, pero se veía borrosa, ilegible aún. ¿Qué debía recordar y, sin embargo, estaba pasando por alto? Era algo relacionado con el edificio y con las pocas horas que faltaban hasta su demolición, le apuntó con inquietud su conciencia, pero qué.

El cielo se abría raso y quemado en todas direcciones salvo al noreste, donde la cresta del monte Puig Campana parecía mantener a raya un horizonte de nubes grises. Había escuchado noticias de lluvias torrenciales en el norte y en el centro, lo que le hizo pensar en su hermano. *Quiero que sepas que hiciste bien en no ayudarme.* Joder, ni siquiera le había contestado al último wasap. *Cada uno debe resolver sus propios problemas.* Como si no hubiera sido siempre así, entre ellos dos. Las veces en que Fede había estado al lado de su hermano pequeño para sacarle de algún aprieto podían contarse con los dedos de una mano, y sobrarían tres o cuatro. *Ya tengo lo que necesitaba.* Andrés le había pedido una pistola. En sus propias palabras, pronunciadas por sus dedos nerviosos cierta tarde de agosto, con la cabeza hundida y los ojos enrojecidos, la quería «para darle un susto» a alguien que lo merecía, nada más. Pero Fede no era idiota, y por eso se había negado. Si las cosas se le torcían a Andrés, lo que era una constante a lo largo de su vida, la policía tardaría menos de veinticuatro horas en saber de quién era el arma y cómo había llegado hasta las torpes manos de aquel tipo. Pringar por los propios errores era una cosa; hacerlo por los ajenos, algo muy diferente.

Sacó su móvil del bolsillo y marcó el número de Andrés. Una babosa fría le recorrió la nuca cuando escuchó el aviso de «Fuera de cobertura». Escribió un wasap:

«¿Todo bien, hermanito?». Enviar. Pero el chivato de la aplicación informaba de que el usuario llevaba más de seis horas sin conectarse, y nada cambió con el nuevo mensaje.

—Espero que esta vez no la hayas cagado del todo, zopenco —masculló, consciente de que el insulto rebotaba contra sí mismo.

Guardó el móvil, se llevó los prismáticos a los ojos y escudriñó el mapa de tejados a sus pies. No le costó encontrar la casa de la calle Mimosas: la casa de los *tripulantes* y también la de sus propios recuerdos. Desde aquel ángulo, si enfocaba bien, podía distinguir el dibujo en el fondo de

la piscina vacía: una palmera de azulejos tintados donde antes se alzaba el tronco escamoso y exuberante de una palmera real. La suplantación tenía algo de fantasmagórico, y al mismo tiempo transmitía una burda moraleja: puedes tratar de cortar los recuerdos oscuros de tu infancia y sustituirlos por refrescantes y azuladas experiencias, pero su huella permanecerá siempre allí, grabada en el fondo.

¿Por qué?

La pregunta giraba y crecía como una espiral dentro de su cabeza. ¿Era su reencuentro con Coppel una simple casualidad? Casi le parecía estar escuchando la respuesta en la voz suave, insoportablemente segura de Loreto, que creía en un destino escrito, dictado, tatuado. *Lo que ha pasado y lo que tiene que pasar*. Para Fede, aquello suponía una clase de rendición, un desplome de brazos ante la mala suerte, y sin embargo la idea ejercía un magnetismo casi religioso. Hablaba de un relato por debajo del azar. Todo ocurre al dictado de alguna clase de dios protector, todos nuestros errores son en capítulos redactados por otra mano. Somos inocentes.

—Ni lo sueñes.

Lo más probable era que Coppel ignorase quién hacía las labores de vigilancia en el edificio escogido para su *abordaje*. El viejo no se había presentado ante él, sino que había utilizado a un emisario, evitando cualquier contacto personal. Que Stracquadani y Fede compartieran otro fragmento de pasado añadía más confusión a la trama, en lugar de explicarla. Pero la tentación de unir mentalmente los puntos de la casualidad era demasiado grande, y lo que aparecía al cerrar la línea era el dibujo del rostro de Coppel. Su intención demiúrgica. Fede debía admitir que la posibilidad era sugerente. Y también algo más: lo que estaba teniendo lugar en aquella casa concernía a su conciencia, recuerdos aparte, por el simple hecho de que se trataba casi con toda seguridad de un suicidio colectivo. Stracquadani había hablado de niños. Y había jurado que lo impediría. *Mañana nadie irá a la torre*.

Contempló detenidamente la casa desde su atalaya de 192 metros. No se apreciaba movimiento de personas, pero sí el techo de dos coches aparcados en el interior de la finca, y quizá algún otro oculto bajo el techo del garaje. Barrió la calle entera con los prismáticos, tratando de dilucidar cuántos de aquellos vehículos pertenecerían a los seguidores de Raimon.

Se preguntó si Stracquadani habría trazado alguna clase de plan o si su declaración en el Daytona Rock Bar solo respondía al ardor étlico. ¿Qué posibilidades tenía, en cualquier caso, de rebelarse contra su amo y mantener a raya a toda aquella feligresía de potenciales psicópatas?

Volvió a enfocar la casa y a tratar de imaginar las escenas que tenían lugar en su interior, sin conseguir más que un borroso cuadro de gritos y aspavientos.

—A la mierda.

Puso rumbo tambaleante hacia las escaleras. Descendió los diez pisos desnudos, entre fuertes sacudidas de aire, y tomó el tedioso ascensor hasta el suelo. La resaca persistía, como una melaza adherida a sus músculos, pero no empañaba su resolución. Regresó a la caseta de vigilancia y sacó su arma de la caja fuerte. Que se tratara de un revólver, aunque de pequeño calibre, terminó de apuntalar la imagen de forajido bueno que comenzaba a formarse de sí mismo. De pronto recordó que la afición a las viejas películas del oeste era una de las poquísimas cosas que había compartido con su padre, y algo se convulsionó en su estómago. Salió de la caseta y se paró bajo el sol rotundo de primera hora de la tarde, conteniendo la náusea. Una sensación de inminencia le picaba por toda la piel, pero no era el *sheriff* Kane esperando el tren del mediodía, sino más bien

William Munny a punto de irrumpir en el *saloon* donde Little Bill tiene colgado el cadáver de su amigo. No se rio porque probablemente vomitaría.

Miró su teléfono móvil. Ningún mensaje de Stracquadani, ninguna respuesta de Andrés. El desenlace de aquella jornada eran unos inmensos puntos suspensivos palpitando en el aire.

Escupió al suelo, se ajustó la visera de vigilante como un *stetson* imaginario y echó a andar por la rampa de tierra hacia la salida del perímetro.

## Algo personal

Algo malo le había pasado a Andrés. La certeza era tan grande que parecía arrellanarse en su cabeza como un tirano gozoso cada vez que Claudia miraba el móvil y comprobaba que su hijo seguía fuera de cobertura. El móvil registraba una llamada entrante de Andrés, apenas quince minutos antes, pero era un espejismo, o peor, una señal fatídica.

Trató de recordar si su hijo le había dicho algo importante la última vez que comió en casa, aquel sábado, y se odió por ser incapaz de dar con ninguna clave. Ahora paseaba por la habitación de Andrés y se esforzaba por encontrar vestigios de significado en cualquier cosa: en la ropa de recambio que colgaba en el armario, en los libros de ciencia ficción de las estanterías, en el pequeño televisor Elbe que ya no captaba ninguna señal pero Andrés estaba empeñado en conservar, en el póster de la película *Abyss* que ya verdeaba sobre la cama... De todos los objetos, ninguno tan revelador como el audífono guardado en el primer cajón del escritorio. Los dedos de Claudia lo sostuvieron como un fósil delicadísimo, alguna clase de mariposa o diminuta ave prehistórica. ¿Por qué habría decidido abandonarlo allí, en la casa familiar, en lugar de quedárselo en su apartamento? ¿Encerraba la decisión algún tipo de mensaje para ella? Claudia chasqueó la lengua, pero se negó a pronunciar las dos palabras que acudían a su mente como un mantra viciado: pobre Andrés, *pobre...* No.

Era una experta en seleccionar y bloquear pensamientos, una virtuosa de la elusión, desde siempre, aunque a veces no le bastaba con trasladar la mente a otra parte. Ahora, por ejemplo, debía reconocer que estaba huyendo —escabulléndose de verdad, como un gato apaleado— de Magaly y del ritual que la dominicana había iniciado en el salón de la casa, apenas a ocho metros de distancia. Porque *ritual* era la palabra precisa. Antes de salir espantada, había espiado por la puerta entreabierta de la sala y había visto a Magaly disponer un extrañísimo altar en mitad del suelo. Las persianas estaban cerradas a cal y canto, una medianoche anticipada a media tarde, aunque las nubes llevaban varios días ya tendiendo su propia cortina, y tres velas negras esperaban el momento de ser encendidas alrededor de lo que parecía un ágape de bienvenida: un plato con maíces tostados, tres puros habanos, una botella de ron y un recipiente humeante de café. Cuando dejó de mirarla, Magaly realizaba un dibujo con harina sobre el parqué, una especie de tablero de juego con serpientes, cruces y formas geométricas. Claudia sabía que su ayuda sería imprescindible llegada la hora, porque así se lo había explicado Magaly, pero a pesar de todo se recluyó en la habitación del hijo y esperó al instante inevitable. Que no se demoró.

Los pasos descalzos de la *mambo* atravesaron el pasillo y se plantaron en la entrada del dormitorio. La mujer llevaba el pelo suelto y un vestido rojo y tirante sobre sus formas femeninas. Dijo:

—Necesitamos algo personal de Andrés. Puede ser ropa o cualquier objeto que haya estado en contacto con su piel.

Como si el gesto formara parte de una obra mil veces ensayada, Claudia extendió la mano con el audífono.

—¿Esto valdrá?

Magaly asintió y lo tomó con cuidado. Pero faltaba algo más, lo esencial:

—Y necesitamos la urna, Claudia.

Porque a fin de cuentas todo aquello giraba en torno a Rafael. El marido. El padre. El fantasma. Sus cenizas constituían la pieza clave de la ceremonia, y Claudia lo sabía.

—Está bien.

Fue ella quien se encargó de recoger la urna cobriza de la estantería del dormitorio principal y llevarla hasta el salón, acunándola en sus brazos. Magaly esperó a que se sintiera preparada, no la presionó. Entonces Claudia le entregó la urna y ella la instaló en el centro del altar, junto al audífono de Andrés y sobre el dibujo hecho con harina. La señora dirigió un dedo vacilante hacia aquel tinglado.

—No vas a... No es el diablo, ¿verdad? No quiero...

Magaly le pasó la mano por el pelo, dejando que sus dedos rozaran la nuca intencionadamente. Dijo:

—Nada de diablo, ya te lo he dicho. Nosotros los llamamos *loas*. Unos son más poderosos y oscuros que otros, pero siempre están dispuestos a escucharnos. ¿Recuerdas que yo nací en una región llamada San Elías?

—Sí.

—Al *loa* que voy a convocar también lo llamamos así, San Elías. —Señaló el dibujo—. Este es su *sigilo*, ¿ves? Es él quien mejor puede ayudarnos.

—Ayudar a Andrés.

—Sí. Y a Rafael. Y a ti también, Claudia. Solo necesito que confíes en mí y dejes que suceda todo lo que tenga que suceder, ¿de acuerdo?

—Está bien.

A continuación, Magaly apagó las dos lámparas del techo y el salón se rindió a la penumbra. Guiándose por el hálito de luz que llegaba del pasillo, la dominicana se acuclilló ante las tres velas y prendió una cerilla nueva para cada una de ellas. En ese instante de la liturgia, Claudia comenzó a temblar como una cuarta llama, pero no dijo nada, se mantuvo de pie, con las manos juntas, unos pasos más atrás. Luego Magaly guardó las cerillas, cogió dos vasos de la alacena y regresó a por la botella de ron. Sirvió dos vasos hasta la mitad y avanzó con ellos hacia Claudia. La señora ya estaba negando con la cabeza antes de que la dominicana hablara:

—Debes tomarlo. —Le tendió uno con determinación, y entonces Claudia reparó en el anillo que le adornaba el cuarto dedo de la mano izquierda. Estaba segura de que se trataba de su anillo desaparecido, semanas antes. Pero no dijo nada. Imaginó que la mujer necesitaba un objeto personal suyo y, de todas formas, ¿qué reproche podía hacerle a estas alturas?—. Es importante, y hará que te relajés.

Había una persuasión íntima en la voz de Magaly, en las evoluciones de su cuerpo y en la intensidad de sus pupilas, que no admitía réplica, de ninguna manera. Esa tarde, después de comer, las dos mujeres habían charlado una hora larga, sentadas cara a cara. Magaly le habló de las sombras pertinaces del pasado y de la todopoderosa voluntad, única fuerza capaz de doblegar al destino. Y Claudia lo entendió muy bien, puesto que tenía el mismo credo. De modo que ahora cogió el vaso de ron y se lo llevó a la boca.

No resultó tan difícil.

—¿Bien? —preguntó Magaly, sonriendo.

Apenas un sorbo y Claudia sintió que ya flotaba un centímetro por encima del suelo. Se dijo: estoy hechizada, y al instante tuvo que reprimir una carcajada. Aquello era una astracanada, un disparate macabro que jamás podría contar a nadie, mucho menos a sus hijos. Y quizá por eso estaba bien.

—Muy bien —dijo.

—¿Puedes arrodillarte?

Ni en un millón de años, pensó Claudia, pero las piernas ya se estaban flexionando, casi por cuenta propia, y su cadera apenas lanzó un apagado calambre de protesta.

—Parece que sí —celebró, sorprendida.

El rostro de Magaly brillaba de pronto como si estuviera cubierto de sudor, y dispartadamente Claudia sintió que su dolor había huido al cuerpo de la dominicana.

Magaly le pidió que se descalzara y se quedara allí, en silencio, y sin más explicaciones comenzó el ritual. Apostada ante el símbolo de harina, golpeó el suelo tres veces con los nudillos. Esperó unos segundos, como si algo tuviera que suceder. Entretanto, Claudia dio un trago más largo a su vaso de ron. Magaly volvió a golpear tres veces, y aguardó de nuevo. Si prestaba la suficiente atención, Claudia podía escuchar los coches pasando por la calle y las pisadas de las niñas del quinto piso. Temió que su distracción pusiera en peligro la ceremonia y cerró los ojos.

Después de una tercera llamada, Magaly habló:

—Poderoso San Elías del Monte Carmelo, barón predilecto del Omnipotente, arrodilladas ante ti suplicamos que nos ayudes a liberar este hogar de los malos espíritus que se encuentran alojados en...

Claudia percibió que Magaly se movía y entreabrió los ojos. La dominicana había extendido los brazos y ahora su torso se alabeaba ligeramente de un lado a otro, la melena suelta hacia atrás. Había un acento sexual en su zarandeo, aunque sutil, y Claudia prefirió volver a cerrar los ojos.

—Que los difuntos encuentren la paz y los malvados el castigo...

La plegaria, no tan exótica como Claudia podía temer, continuó con una cadencia grave durante un par de minutos más. Entonces hubo otra pausa para el ron, y después la voz de Magaly regresó con una sinuosidad desconocida:

—*Simity'a, o ple moun'yo. Bawon mande'o tut moun ki la, si se bondyek mete'o...*

Era un cántico. Claudia creyó distinguir palabras sueltas en francés, y quiso concentrarse para hallar un trazo de significado, pero de pronto todos sus esfuerzos se consumían en la simple proeza de mantener la verticalidad. Había apurado su vaso y sentía que el alcohol le inflamaba los pulmones como el quemador de un globo aerostático, tirando de ella en todas direcciones.

—*Simitye Boumba gade sa yo fe mwen, hounsi yo, no u la eh...*

Era difícil calcular el tiempo que había pasado cuando escuchó la respiración de una tercera persona en la habitación. Y no fue la única, a juzgar por el modo en que Magaly atajó su salmodia.

—Bienvenido —murmuró la dominicana.

Claudia luchó contra sus propios párpados. Temía enloquecer, estallar en gritos si los abría y se encontraba con quien —¿no era hora ya de admitirlo?— anhelaba encontrarse desde el principio: Rafael, o una versión transfigurada de él. Entonces alguien exhaló, sonoramente, al otro extremo del salón, y una densa nube de tabaco caribeño se vino encima de las dos mujeres.

## (Abajo)

¿Esto es real?

Un interrogante alzado en mitad del vacío.

Porque no hay luz.

Ni tampoco sonido, aunque esto no es nuevo para él.

Todo lo que llega a sus terminaciones nerviosas es la negación de un dónde y de un cuándo.

Pero al menos es capaz de hacerse la pregunta, y eso debería bastar, debería probar que al menos conserva la vida.

Recuerda haber tenido sensaciones, aunque no es capaz de fijarlas en un punto del pasado o del presente. Recuerda una sacudida, un deslizamiento, después un dolor que se extendía por todo el cuerpo, las manos hinchadas, las uñas descarnadas.

Se ha derrumbado, piensa. La casa se me ha venido encima.

Pero no se trata de su casa, ni ha sucedido ahora, ni siquiera es él quien yace entre los escombros. *Derrumbe* solo es una palabra que gira como una llave en su memoria.

*Jodi pou mwen, demen pou yon lot*

Llega el rumor de una voz que puede ser remota o ridículamente próxima. Una voz de verdad, surgida de una garganta de verdad, no una imitación hecha de espasmos electrónicos —no, otra vez no, por favor—, y de pronto el milagro le produce vértigo.

*Jodi pou mwen, demen pou yon lot*

Es una mujer y está cantando, o rezando, o ambas cosas. Podría ser mamá, piensa, pero solo es un deseo bruto, sin confeccionar. Su propio nombre es todavía un borrón.

*Simitye mache pazapa*

Quiere levantar la cabeza, en vano. Puede tocar la tierra que lo rodea con la punta de la lengua. La palabra *túnel* se abre paso en su mente. ¿Túnel hacia dónde, y desde dónde?

*¡Gade deye, o!*

Es entonces, con el golpe de la última *o*, cuando se reconstruye la historia entera en su cabeza. El dónde y el cuándo. El coche. La lluvia. El derrumbe en el titular del periódico. Los ojos marrones y tristes del padre. Los ojos azules y gozosos de un hombre llamado Coppel. Y por debajo, constante y sordo como el giro del planeta, el odio que lo ha traído hasta aquí. Un odio que no iba dirigido hacia el hombre que acaba de matar, de eso está seguro.

Ignora cuánto tiempo lleva allí dentro, como una presa que despierta en mitad de la digestión de un inmenso animal. Siente que sus brazos son dos protuberancias arrugadas y pegadas a su cuerpo, casi inservibles, pero también son todo lo que tiene, así que realiza un esfuerzo agónico para despabilarse y seguir excavando. O arañando la tierra, porque en realidad es lo único que hace.

La frustración, enorme y aplastante como otra avalancha, trae ante él la verdadera respuesta.

*¿Esto es real?*

No.

Porque no es posible que siga vivo, igual que no es posible que haya escuchado ninguna canción, ni ninguna voz llegada desde otra parte que no sea su propia locura.

En algún instante muy próximo, pero ya pasado, una frontera prohibida ha sido traspasada y ya no existe forma de retroceder. No se trata solo de haber matado a un hombre inocente; nada tan fácil como la culpa. Se trata en cambio de una ruptura profunda e insólita, un descarrilamiento de huesos y almas.

Si es capaz de pensar con calma, tal vez, lo entenderá. Porque el razonamiento es muy sencillo. Aquí no hay aire para respirar, de modo que no puede estar respirando. Su cuerpo está abierto por una docena de llagas desde hace horas, de modo que ¿cómo podría quedarle algo de vida?

Quizá da igual si es real o no, se dice. Si su cerebro agonizante no es capaz de distinguir entre las experiencias auténticas y las imaginadas, ¿acaso tiene alguna importancia?

Quizá *real* es una palabra vacía de significado.

Y piensa que debería obtener al menos una recompensa, algún grado de sabiduría dichosa por haber sido capaz de comprenderlo, aunque sea en el último momento, en lo más profundo de su fosa. Pero ¿cuál es el premio por vislumbrar el núcleo obscuro de la vida? Debajo de todo lo que crece y se eleva hacia el cielo no hay nada más que fango y oscuridad.

Andrés ya no está respirando. Para qué fingir. Este es el lugar donde termina su mala suerte. Aunque no todavía.

Porque algo se acaba de mover entre sus antebrazos. Un cuerpo estrecho, frío y húmedo que se desliza, surgido de la misma tierra, acariciándole la piel con sus escamas.



## Rescate

Fede abandonó la *scooter* en la calle paralela y caminó en silencio depredador hasta las inmediaciones del chalet de Raimon. Se había levantado aire, una avanzadilla de las tormentas que descendían del norte, y las hojas de las palmeras y los cinamomos comenzaron a tremolinar a lo largo de toda la calle. El calor, sin embargo, parecía abrazarse al asfalto como si se negara a ser desalojado.

Vigiló la entrada de la casa desde lejos, parapetado tras una caravana de aspecto ruinoso. No se antojaba sensato presentarse en la puerta sin más, porque ¿cuál era entonces su plan, encañonar al primero que acudiera a abrirle? Necesitaba hacerse una idea de la gente que se encontraría en el interior, no solo su número, sino también su actitud. Teniendo en cuenta el propósito con el que se congregaban en aquella casa, era de suponerles un grado importante de fanatismo, pero ¿dispondrían de armas? ¿Habrían sido adiestrados de algún modo para proteger a su líder? A su mente acudieron las imágenes apocalípticas del asalto a Waco, humo y fuego y tanques y el rostro mesiánico de Koresh como una borrosa estrella del rock sobrevolando los titulares dramáticos.

Supo, en definitiva, que carecía de la información mínima para elaborar cualquier estrategia, así que se sentó al estilo indio sobre la calzada y se limitó a esperar. Con el lento paso de los minutos se dio cuenta de que aquello, su taimado acecho, constituía en sí mismo un hito asombroso, una novedad tan deslumbrante en el relato de sus últimos años que de pronto le hizo crecer una llama de orgullo en el pecho. La posibilidad de irrumpir en la historia de otras personas y modificarla por completo, incluso si lo que esas personas habían decidido era acabar con sus propias vidas, tenía un efecto vigorizante. Para cuando las primeras nubes comenzaron a encapotar el cielo se sentía demasiado excitado para continuar esperando. En todo aquel tiempo solo había sido testigo de la llegada de tres personas a la casa, un hombre y una pareja, los tres completos desconocidos para él. No parecía gente peligrosa, más bien lo contrario, presas estremecedoramente fáciles de cualquier ataque, pero quién podía saber lo que bullía dentro de sus cabezas.

La casa ocupaba la esquina entre dos calles, de manera que Fede pudo avanzar por el seto lateral y escudriñar el interior sin necesidad de acercarse a la puerta. Descubrió a una mujer de unos cincuenta años en el borde de la piscina. Canturreaba mientras utilizaba una pértiga para recoger las hojas acumuladas en la superficie. El vaso estaba apenas mediado, por lo que la mujer, en camiseta blanca y pantalones vaqueros ceñidos a sus gruesas caderas —entonces Fede reparó en que los otros recién llegados vestían igual—, debía inclinarse para llegar hasta los rincones. Se preguntó qué sentido tenía mantener una piscina con solo tres o cuatro palmos de agua, ¿tal vez les mandaba limpiarla como una especie de tarea purificadora? No alcanzaba a ver el dibujo del fondo, aquella palmera que había distinguido desde la terraza del Alpha Centauri, pero recordaba el punto exacto donde creció la planta original, casi pegada a la fachada de la casa, donde ahora se atornillaba una de las escalerillas. Casi creyó contemplar, entre la piscina y la puerta metálica, el fantasma de su padre lavando el viejo Volkswagen Passat, a pecho

descubierto y con gesto concentrado, enjabonándolo todo. En aquel preciso momento notó el sabor a sangre dentro de su boca. La tensión contenida y el esfuerzo que realizaba su mente para amoldar recuerdos y presente habían disparado otra vez el insano mordisqueo de su lengua.

Como si aquella fuera justo la señal que había esperado, Fede retrocedió hasta el punto más recóndito del seto vallado y comenzó a treparlo. La gravidez de sus cuarenta años estuvo a punto de echar por tierra su arrojo heroico, pero logró sobreponerse y se las arregló para llegar hasta el otro lado. Se agazapó tras unos cubos vacíos y se aseguró, casi sin respirar, de que la mujer de la piscina no hubiera advertido su presencia. Pudo distinguir a más feligreses en camiseta a través del ventanal del salón. El cristal devolvía reflejos y no había forma de identificar los rostros allí dentro, pero Fede podría jurar que Raimon no se encontraba entre ellos. La posibilidad de que el viejo estafador se hubiera marchado, cobarde e indiferente al destino de su parroquia, hizo que su ánimo estuviera a punto de desplomarse. En la nebulosa de agravios, resaca, deudas, humillaciones y coraje que guiaban su asalto, el encuentro cara a cara con aquel hombre representaba algo más que un faro hacia el que dirigirse; enfrentarse con Raimon —¿de verdad le costaba tanto pensarlo con su verdadero nombre, o es que había comprendido que ninguno era menos ficticio que los demás: Alejandro Coppel, Raymond Cooper, Raimon?— era, inesperadamente, el mandato cifrado en todo lo que había hecho y dejado de hacer en su vida durante los últimos treinta años.

La mujer extrajo la pértiga del agua, y al ver la red cargada de hojas Fede cayó en la cuenta de que se había escondido en el peor sitio posible. Un segundo antes de que ella emprendiera el camino hacia los cubos con su captura chorreante, él se escabulló por el otro lado hasta la parte trasera de la casa. Subió los dos escalones que llevaban a la puerta de la cocina y entró, jadeando y con la mano en la cartuchera por lo que pudiera encontrarse. No había nadie, solo restos de una gran comida. Platos acumulados en el fregadero, cajas vacías de cereales y galletas, latas de refresco y un fantasma de frituras acumuladas a lo largo de quién sabe cuántos días. Oyó voces en otras habitaciones. Más de una docena de gargantas sucediéndose en una conversación tranquila, como en una asamblea adormilada. Placidez era lo último que Fede esperaba encontrarse en aquella casa, y por un momento se sintió aturdido, fuera de lugar. Pero ¿no se trataba exactamente de eso? Él traía la ruptura. Él marcaba el punto y aparte.

Descubrió a un niño mirándole desde la puerta de la cocina.

—Hola —dijo el chico, que no tendría más de seis años. Vestía como los otros, camiseta blanca y vaqueros, y tal vez por eso contemplaba el uniforme de Fede con el ceño fruncido—. ¿Eres el papá de Octavio?

—No. —Fede sonrió, tratando de esconder la cartuchera de su vista—. Lo siento.

—Octavio es mi mejor amigo. Me prometió que vendría. Pero a lo mejor su papá no le ha dejado.

Bien por el papá de Octavio, pensó Fede. Pero dijo:

—No te preocupes. Hay otros niños aquí, ¿verdad?

El chico asintió, su gesto detenido en un arco de pesadumbre.

—Pero no hablan español —dijo.

La inconfundible voz de Raimon llegó desde el salón:

—*Now let's all go outside together, please.* Todo el mundo afuera, por favor, ha llegado la hora de comenzar.

El niño miró a Fede un par de segundos más, como asegurándose de que no le ocultaba ninguna noticia de Octavio, luego giró en redondo y se marchó por el pasillo. Fede tragó saliva y esperó, inmóvil, atendiendo a los pasos que fluían hacia el salón desde todos los rincones de la casa. Dos mujeres cruzaron por delante de la cocina, ligeras, sin volver la cabeza. Había un entusiasmo ciego en su prisa que le hizo pensar a Fede en las ratas de Hamelín.

El efecto que la voz de Raimon había producido en él, sin embargo, era paralizador. En contra de su voluntad —y era importante que él creyera en esta fuerza por encima de todo— los miembros de su cuerpo parecían haber claudicado, de pronto blandos y apáticos, tal vez solo a la espera de órdenes más sensatas. Hubo una negociación.

—Stracquadani —murmuró. Porque había venido a ayudar a su viejo amigo, ¿no es cierto?, y aquella parecía una causa sólida incluso para el tribunal de sus propias dudas.

Cauteloso, se acercó a la ventana sobre el fregadero y observó a la pequeña multitud congregarse alrededor de la piscina. Allí estaba Raimon, el líder carismático, y su aspecto desde lejos resultaba tan convencional que Fede se sintió un poco decepcionado: cabeza rapada, camisa blanca y pantalones también blancos, único rasgo diferenciador con sus acólitos. Todos iban descalzos.

—Putos frikis —pronunció, solo por mostrarse tranquilo, pero el sarcasmo no le sonaba creíble.

Coppel había perdido algo de peso desde la última vez que se vieron, en el funeral de su padre, aunque seguía siendo un hombre corpulento y no el avatar estilizado, casi transparente, que lo había suplantado en YouTube. Se movía con gestos suaves y seguros, como cabía esperar de un virtuoso en la ordenación de cuerpos y mentes, y hablaba solo lo indispensable. Fede examinó despacio los rostros que lo rodeaban, cuarenta y ocho en total, y no encontró el de Stracquadani.

Lo que estaba iniciándose allí era una ceremonia bautismal, aunque Fede creyó oír que Raimon le daba otro nombre. Pensó en abrir la ventana para escuchar mejor, pero no lo hizo. La escena se explicaba por sí misma. Raimon fue el primero en descender a la piscina, donde el agua apenas le alcanzaba la rodilla. A través del cristal salpicado de aceite, Fede contempló cómo los fieles descendían a continuación por la escalerilla, uno tras otro, y se paraban ante su profeta con la cabeza gacha. Él formaba un cazo con sus manos, se inclinaba para coger agua y después la dejaba caer sobre la coronilla de cada neófito, silabeando alguna clase de liturgia continua.

Los recién bautizados iban saliendo en fila por la otra escalerilla, se diría que siguiendo el pulso exacto de un metrónomo, y se alineaban de nuevo en torno al vaso con las perneras de los pantalones empapadas y una mueca de regocijo intenso, casi extático. Fede se fijó en el niño que echaba de menos a su amigo Octavio, de pie junto a otros tres muchachos de aspecto nórdico. Se miraban entre sí, sonrientes pero silenciosos, mientras el aire agitaba los pelillos mojados de sus cabezas y volvía a llenar la piscina de hojas. La tarde se preparaba para su propio bautismo de tormenta.

—Vamos allá —se espoleó Fede, y echó a andar hacia el interior de la casa.

Por el pasillo y el recibidor no circulaba nada más que sus propios recuerdos. Increíblemente, todo seguía allí, esperándole: el ángulo tremendo en que subían las escaleras, la barandilla de madera descolorida, la doble puerta acristalada del salón, el dibujo del embaldosado... Supo que no había sentido el mismo impacto en la cocina porque su madre la mantenía siempre perfectamente recogida, nada que ver con su estado actual. Casi esperaba que apareciera ella en

cualquier momento por el vano de una puerta, con el pelo recogido y el vestido de la playa, o su hermano pequeño, callado y flaco, con el flotador en una mano y el cubo con forma de castillo en la otra.

—¡Stracquadani! —llamó, para espantar el melodrama de su cabeza—. ¡Soy Fede!

Los muebles del salón habían sido arrumbados de modo que quedaba un enorme espacio libre en el centro, sin duda el lugar predilecto de las homilías. Fede lo cruzó y asomó con cuidado a la galería que se abría por el otro lado. Desierta. Regresó al recibidor y, después de comprobar que los celebrantes continuaban agrupados alrededor de la piscina, subió a zancadas las escaleras hasta la planta superior. En el dormitorio principal, la cama había sido sustituida por una docena de esterillas tendidas en el suelo. Lo mismo ocurría en el segundo dormitorio. La puerta del tercero, justo el que compartió con su hermano aquel verano de 1987, permanecía cerrada bajo llave.

—¡Stracquadani! —Golpeó con la palma de la mano—. ¿Estás ahí? ¡Soy Fede!

Ninguna respuesta.

Forcejeó con el pomo de la puerta, sin lograr desatrancarlo. Entonces, al retirar la mano, vio una mancha en sus propios dedos que le paró la respiración. Examinó el pomo de la puerta y, en efecto, allí se alojaba un pequeño rastro de sangre. Ni siquiera había comenzado a secarse.

—Muy bien —dijo, retrocediendo unos pasos—. Es suficiente.

Se limpió la sangre en el pantalón corto, sacó la pistola de su estuche y la sujetó con firmeza. Cuando se dio media vuelta, dispuesto a tomar las escaleras, había un hombre inmensamente gordo parado frente a él.

—Eh... —comenzó, pero el brazo del gordo ya estaba trazando un semicírculo por el aire y Fede no tuvo tiempo de esquivarlo.

El bofetón reventó en su oreja izquierda y lo hizo trastabillar. De no ser por el propio agresor, Fede hubiera caído por encima de la barandilla, siguiendo el camino de su pistola. Pero el hombre lo agarró, y juntos escucharon la detonación del arma al golpear el suelo y dispararse.

*Bam.*

El eco trepidó por toda la casa durante unos segundos, e inmediatamente se escucharon los primeros pasos y voces alarmadas que acudían del jardín.

—Stracqua... —balbució Fede, en busca de alguna excusa para el mastodonte que ahora garantizaba su estabilidad. Su aliento olía a pescado—. Soy amigo de Stracquadani.

El otro despegó los labios, y por un momento sus amplias facciones reflejaron algo parecido a la compasión, pero lo que salió de su boca fue un bramido:

—¡Aquí arriba!

Un rebaño de camisetas blancas inundó la planta inferior. Su pastor, Raimon, fue el encargado de recoger el arma del suelo.

—¿Qué tienes ahí, Juan? —preguntó, mientras llegaba hasta el pie de las escaleras y contemplaba el patoso abrazo de los dos hombres en el rellano superior.

—Estaba robando —dijo el voluminoso Juan.

—¡No! No estaba robando, ya te lo he dicho, soy amigo de Stracquadani... —El zumbido del oído apenas le dejaba oír su propia voz—. Trabajo... soy vigilante, ¿ves? Solo he venido a buscarle, ayer...

—Espera —interrumpió Raimon—. Sé quién eres.

Se hizo un silencio y Fede sintió el crepitar de cien ojos sobre su rostro, tratando de descifrarlo.

Lo que sucedió a continuación fue que Raimon subió dos peldaños de las escaleras, nada más, y cuando Fede volvió a mirarlo se había transformado en Alejandro Coppel, el viejo amigo del padre, el hombre que se había sacrificado por toda la familia yendo a prisión en su lugar. Que ahora extendió sus palmas a modo de bienvenida.

—Estás en tu casa, Federico.

## (Abajo)

La serpiente ha surgido del barro. Se trata de un áspid, Andrés lo ha reconocido al roce de su cabeza, grande y triangular. Tal vez se siente tan aturdido como él. Tal vez el corrimiento de tierra lo ha sorprendido cuando estaba a punto de dar caza a una presa, igual que a él. Tienen otras cosas en común; ambos necesitan aire para sobrevivir, por ejemplo.

He matado a un hombre, quiere contarle Andrés, y se figura que la víbora lo está mirando directamente a los ojos, e incluso quizá pueda leer sus pensamientos, los dos cobijados en un hueco donde apenas hay sitio para moverse, una comunión que debe ser natural, los dos animales apresados en las entrañas de la tierra.

Entonces la serpiente dice:

—He matado a un hombre.

Lo que tiene perfecto sentido, porque su picadura puede ser mortal, ¿y qué importa que una serpiente no debería hablar, salvo quizás en un sueño, si él acaba de escuchar su voz susurrante?

Entonces se le ocurre que el muerto podría ser él.

Y se le ocurre más: que aquella víbora le mordió en la garganta hace mucho tiempo, cuando era niño, y desde entonces él solo sueña que sigue vivo.

—Ayúdame —suplica al reptil.

En la oscuridad, el cuerpo frío y húmedo de la serpiente se desliza otra vez entre sus manos, introduce la cabeza en el muro de fango y abre un nuevo agujero, marcándole el camino de salida.

## He matado a un hombre

Claudia resistía atrincherada tras sus párpados cerrados. No importaba qué oyera o qué sintiera a su alrededor, se había juramentado para no estropear el ritual de Magaly y dejar que llegara hasta el fin.

Podía soportar sin marearse el olor del tabaco, y también el que flotaba por debajo, dulce y cenagoso, como a fruta podrida.

Podía soportar el sonido de aquella respiración cazallera.

Incluso podía contener el pánico mientras escuchaba los pasos de unas suelas gastadas por el parqué, merodeándolas.

Pero entonces notó que alguien rellenaba su vaso de ron, y del susto estuvo a punto de soltarlo.

—Quiere que bebas, Claudia. —La voz de Magaly había adquirido una cierta textura, como una ebriedad latente que Claudia asociaba a los marineros. Después de todo, atravesaban una tormenta de irrealidad en aquella habitación sellada como una bodega.

Claudia sabía que, de abrir los ojos ahora mismo, no se iba a encontrar con ningún San Elías parecido a los santos del calendario de su madre, jóvenes de piel luminosa y expresión lánguida, sino alguien completamente distinto. Así que no hizo ninguna pregunta, mantuvo los ojos cerrados y bebió.

Sintió el regocijo del hombre a pocos centímetros de ella. Su presencia no despedía ningún calor, sin embargo, y aquello resultaba todavía más nauseabundo.

Magaly habló, sensual:

—Barón, te hemos llamado para que ayudes al hermano Andrés, que está en apuros, y también al hermano Rafael, que no está en paz con los muertos. ¿Qué podemos hacer para que los ayudes?

Las pisadas del hombre fueron hasta la dominicana. Y entonces, por primera vez, pronunció:

—Eres hermosa.

Tan delicada, la voz, que por un momento Claudia *pudo* imaginar el rostro de uno de aquellos santos del calendario, sí, San Elías, ¿por qué no? ¿A qué otros labios podía corresponder una voz tan blanca y benéfica?

Mesmerizada, Claudia levantó la cabeza y abrió los ojos.

Lo que vio no fue un retablo de iglesia. Nada de aureolas, corderos en brazos y rayos divinos.

En su lugar, encontró a un hombre de rostro palidísimo y levita sucia que, sin soltar su puro humeante, manoseaba los pechos morenos de Magaly, derramados a placer fuera del vestido rojo. Era ella, la dominicana, quien ahora cerraba los ojos, su cabeza desplomada hacia atrás.

—No puedo retornarle la vida a quien la ha perdido —dijo el barón, meneando suavemente la cabeza—. Pero ¿paz y justicia? Eso sí puedo dar a tus hermanos. Si eres buena conmigo.

—Seré buena, barón.

Claudia no tuvo tiempo de saber si la entrega era sincera o parte de la representación, porque su mirada entonces reparó en lo que estaba sucediendo un poco más abajo, en la entrepierna del barón, donde un miembro descomunal parecía erguirse, tensando la tela del pantalón hasta

amenazar con romperla.

Las manos del barón se posaron sobre los hombros desnudos de Magaly y ejercieron la presión justa para que ella interpretara la voluntad del gesto, arrodillándose.

Fue ahí, en la visión del escandaloso descenso, cuando Claudia se incorporó y abandonó el salón, sin mediar palabra, tan deprisa como le permitieron sus piernas entumecidas. Habría desobedecido en caso de que Magaly hubiera gritado «¡Espera!», pero no hubo opción; la pareja ignoró por completo el movimiento de Claudia, embebida en su propio juego.

Tambaleante, Claudia recorrió el pasillo buscando apoyo en las paredes y volvió a refugiarse en la habitación de Andrés, al parecer su nuevo santuario. La cabeza se le fugaba en mil direcciones.

—Cómo he podido... cómo...

Se arrodilló ante la cama del hijo, ni ella misma supo si se trataba de un derrumbamiento o de una postración, pero en cuanto sus rodillas tocaron la alfombra fue solo cuestión de segundos que sus codos se clavaran en el colchón y sus dedos se entrelazaran.

Ella, que nunca había creído honestamente en Dios pero tampoco había tenido el valor de rechazarlo, rezó:

—Por favor, Dios mío, haz que esto pare.

Hundió el rostro en la colcha para absorber el aroma a suavizante, un antídoto contra los olores bacanales, y permaneció así, escondiéndose de sus propios pensamientos, hasta que de pronto algo rozó el interior de sus muslos. Un contacto frío y deslizante.

Claudia se retrajo, con un gemido de repulsión, y alcanzó a ver la cola atigrada de una serpiente escurriéndose debajo de la cama.

—¿Qué...? —Se llevó las manos al pecho, aún de rodillas—. Me he vuelto loca. Eso es. Teníais razón.

Pero el faldón de la colcha todavía oscilaba por donde había desaparecido el reptil. Claudia solo tenía que estirar el brazo, alzar la tela y comprobarlo. Averiguar hasta dónde llegaba su locura. Qué formas y espejismos era capaz de interpretar ante sus crédulos ojos. O encontrarse con el rostro escamoso de la realidad.

Fue entonces cuando escuchó la voz de su hijo, al otro lado de la cama:

—Mamá.

Supo que era Andrés antes de levantar la vista, y lo supo de un modo calmado y certero, aunque era imposible. Ni siquiera cuando miró y encontró a Andrés al otro lado de la cama, su ropa empapada y cubierta de tierra, su rostro lívido, sintió que aquello representara una amenaza o una aberración de ninguna clase.

Porque era su hijo, en su dormitorio, y eso no podía estar mal.

—Hijo —lo llamó.

Pero *estaba mal*, al menos él lo sabía, Andrés lo sabía aunque sus ojos mostraran una expresión errática, solo débilmente confundida mientras decía, con su voz áspera e imposible:

—He matado a un hombre.

Claudia vio el desconsuelo en su hijo, por encima de todo lo demás, y se levantó para ir hacia él, sus pasos todavía inseguros y movedizos. Se paró ante Andrés y le cogió el rostro frío con las manos.

—Puedes hablar, hijo mío. —Una celebración que también era un permiso.



Y Andrés habló:

—¿Por qué no me cuidasteis? ¿Por qué me dejasteis con él?

Su cara estaba cubierta de cortes, la frente, los pómulos, el cuello, por todas partes, y de pronto era inevitable pensar en pinturas de mártires asaeteados y en bustos que lloran sangre.

—¿Qué estás diciendo, Andrés? —tartamudeó Claudia—. ¿Dejarte con quién?

Los labios de él, apenas separados unos centímetros de los de su madre, dibujaron entonces las dos sílabas críticas, tal vez demasiado dolorosas para darles aliento con su voz neonata: *Co-ppel*.

Ella permanecía erguida de milagro. Porque por dentro se había producido un derrumbe.

—Coppel —repitió la madre, y dolía pronunciar el nombre, sí, pero dolía mucho más la acusación, arrojada en palabras sólidas y a la cara: *¿Por qué no me cuidasteis?*

Un millar de réplicas giraron dentro de su cabeza como reflejos de una lámpara de caireles; centellearon fragmentos de voces y frases recolectadas indistintamente de sus recuerdos y de sus películas de sobremesa, un torbellino de lecciones vividas o prestadas, acumuladas y destiladas a lo largo de los últimos diez años por su continuo estado de duermevela, día y noche. Un narrador dijo: «Hay quien es capaz de caminar toda su vida sobre el filo de la culpa y no cortarse ni un centímetro de piel; luego están los que caen, a mitad del viaje, empujados por un dedo ajeno o en un descuido fatal, y entregan su cuello sin remedio».

Aquella tarde de hace treinta y un años, Claudia se fue a caminar por la orilla de la playa. Era algo que solía hacer a solas, cuando Rafael y Coppel se enfrascaban en sus largas diatribas sobre los proyectos de la promotora. Excepto que aquella tarde estaba dotada de una magnitud nueva, porque sería la última de una época, y todos lo sabían. El edificio de Altea se había derrumbado encima de diecisiete desgraciados, y sobre la mesa del salón había una citación judicial con el nombre de Rafael. La cárcel lo esperaba. Y con ella, la ruina familiar. De modo que Claudia fue a pasear, arriba y abajo por toda la orilla de levante, tres horas de completa reclusión en su perímetro de pensamientos seguros, hasta que cayó la noche y regresó a casa y Coppel ya no estaba y el coche familiar brillaba recién lavado en la puerta y Rafael preparaba la cena con la ayuda de los niños como cualquier otra noche. Fue exactamente igual que un milagro. Descubrir que has dado un paso fatal hacia el abismo y, de pronto, tras un breve parpadeo, encontrarte a salvo al otro lado. ¿Quién necesita hacerse preguntas?

Pero las preguntas permanecen ahí, aunque no se pronuncien. Sobre todo las que no se pronuncian.

—¿Qué te han hecho, hijo? —sollozó Claudia, sacudiéndolo por los hombros. Andrés chorreaba agua, lodo y sangre sobre el suelo del dormitorio—. Perdóname. *Perdóname*, por favor.

Él ya no decía nada, solo devolvía una mirada quieta y musgosa, insoportablemente muerta, hasta que ella lo sacudió tan fuerte que el cuerpo del hijo se deshizo entre sus manos, convertido en puro barro. Los pies desnudos de Claudia quedaron anegados, salpicadas sus rodillas, y quiso dar un paso atrás, escapar del charco horripilante. Resbaló. Agitó los brazos, arañando el aire. Se venció a un lado y sintió el relámpago de dolor en su cadera como el comienzo de un viaje al pasado. Volverían los hospitales, volverían las operaciones, volverían los bastones. Su vida era un círculo. Una condena.

Entonces, desde el suelo húmedo, vio cómo se iluminaba el viejo televisor Elbe en su mesilla, al otro lado del cuarto. El armatoste que ya no podía sintonizar ninguna señal y que solo se encendía girando un tosco botón de su frontal, de pronto estaba emitiendo un informativo. Las

imágenes mostraban unas señales luminosas de la policía interrumpiendo el tráfico bajo un constante aguacero. El titular a pie de pantalla decía:

UN DESPRENDIMIENTO DE TIERRA CORTA LA AUTOVÍA DE LEIZARÁN.

Por debajo, los detalles, a gran velocidad:

LA ESCOLLERA HA CEDIDO BAJO EL PESO DE LA LLUVIA ACUMULADA. LOS BOMBEROS EXPLORAN LA ZONA EN BUSCA DE VEHÍCULOS SEPULTADOS. SE MANTIENE EL RIESGO DE NUEVOS DERRUMBES. LA DGT RECOMIENDA ITINERARIOS ALTERNATIVOS...

—Andrés —adivinó Claudia, y entonces la tele ennegreció de nuevo.

Supo que su hijo estaba allí y supo que muy pronto recibiría una llamada terrible de la policía. Porque ya había visto el cadáver. Y había hablado con él, aunque nada de aquello era posible.

Desde el salón llegaba la voz melosa de Magaly, como si interpretase alguna canción de origen remoto para su singular audiencia.

Claudia puso las palmas de las manos en el suelo mojado —¿no era aquello su propio vómito de ron, y ninguna otra cosa?— y trató de levantarse, pero un grito de sus huesos la disuadió.

Esperaré aquí, se apaciguó, recostándose de nuevo. Esperaré a que todo termine.

Y después, como un telón que cae lentamente:

¿Qué hiciste, Rafael?

Pero aquello no era del todo justo.

¿Qué fue lo que hicimos?

## Las grietas invisibles

Fede descendió el tramo de escaleras, dócil y confuso como un reo, y dejó que Raimon lo envolviera en un abrazo, aunque holgado, quizá porque el viejo sabía que su piel no era capaz de seducir igual que su boca y su mirada.

—Siéntate con nosotros, por favor —dijo gravemente—. Has llegado justo en el momento más importante.

Fede indagó en su propia voluntad y no encontró ningún mecanismo de resistencia. Su aturdimiento era un residuo de la inmensa bofetada que aún le pitaba en la cabeza, y de la forma ridícula en que había perdido su arma, pero sobre todo provenía de aquellos dos ojos azules y su efecto narcótico.

—Vayamos al salón —dijo Raimon, poniendo en movimiento al grupo entero.

Fede percibió, aunque de modo periférico, igual que la agitación de los árboles a través de la ventana, que uno de los discípulos tomaba el revólver entregado por Raimon y lo dejaba sobre una gran bandeja en el recibidor. Se trataba de un plato de metal que ahora rebosaba de teléfonos móviles, carteras, relojes y toda clase de pertenencias fútiles, de un modo que recordaba a las bandejas de los escáners en los aeropuertos. Fede pudo imaginar a los tripulantes pasando uno a uno por delante de aquel plato, al entrar en la casa, y abandonando allí cualquier objeto que simbolizara su atadura con el mundo exterior, su pasado o su identidad. Casi podía escuchar el tono solemne del discurso de Raimon que habría acompañado aquel gesto.

Los cincuenta discípulos se sentaron formando un semicírculo en el suelo del salón. En el vértice donde antes se encontraba la mesilla del televisor, Raimon se apropió ahora de todas las miradas. Tras él, Fede reconoció la misma vieja estantería y el desconchado mueble bar que su padre abría cada vez que el joven Coppel venía a casa para hablar de negocios. El recuerdo le hizo sentirse más pequeño, tan diminuto que prefirió quedarse en pie, detrás de todos ellos, por miedo a ser engullido. El gigante que le había interceptado en el piso de arriba permanecía sentado muy cerca de él, custodiándolo de reojo.

Entonces la prédica comenzó y un silencio palpitante se instaló alrededor de las palabras de Raimon.

—Hemos llegado, hermanos. *The day we have been waiting for so long has finally arrived.* Esta noche, a las doce en punto, comenzará nuestro gran viaje...

Fede paseó su mirada por las cabezas de los hombres, mujeres y niños que atendían, inmóviles, y no fue capaz de emitir un veredicto sobre ellos. Llamarlos fanáticos parecía tan inexacto como llamarlos bípedos o mamíferos. Había algo huidizo en sus facciones, en la tensa quietud de sus posturas, una emoción que se negaba a ser definida. Tal vez era necesario convertirse en uno de ellos para comprenderla. Porque de eso iba el juego, ¿no? De *convertirse*.

Volvía a preguntarse por la suerte de Stracquadani y por la mancha de sangre en la puerta cuando el monólogo de Raimon lo agarró de pronto:

—Hoy tenemos con nosotros a alguien que sabe muy bien de lo que estoy hablando. Hace

muchos años que conozco a Federico; desde que era un niño, en realidad. —Algunas cabezas se volvieron hacia él, sonriendo blandamente, pero la mayoría permaneció atenta a los labios de su líder—. *Ellos* han querido que Federico sea el vigilante de nuestro puerto de embarque esta noche, el edificio bautizado con el nombre de la galaxia Alpha Centauri. Qué casualidad, ¿no? —Resopló—. Hay que ser un ciego o un mentecato para creer que nuestra vida depende del azar. Pero no os había contado la historia de este edificio, y es interesante, porque refleja muy bien el alma enferma de nuestro planeta. —Repetía las mismas frases en inglés, cada cierto tiempo, a modo de un guía turístico alucinógeno—. El Alpha Centauri es un edificio en construcción que nunca será terminado, ¿y sabéis por qué? Porque alguien se ha dado cuenta de que sufre un fallo estructural. No sé quién habrá sido esa persona, pero me descubro ante su talento y su visión. Visión para descubrir algo que no se muestra a los ojos, un error que está en su esencia misma, al igual que la corrupción de nuestra sociedad. Son las grietas invisibles del mundo. Esas grietas, hermanos, se meten dentro del alma de las personas, y a eso lo llaman depresión, o ansiedad, y se recetan pastillas para tapar esas grietas, pero no sirve de nada. Otros se refugian en el alcohol. —Aquí Fede se tropezó con la mirada paralizante de Raimon—. Solo piensan en escapar, pero no saben explicar de qué, ni adónde.

La arenga desembocaba, como era previsible, en el convencimiento de que los allí reunidos debían sentirse privilegiados por haber sido llamados para el abordaje. La inminente demolición del Alpha Centauri se exponía como la prueba definitiva: no habría más oportunidades, no habría nuevas evacuaciones, aquel era el último aviso de embarque.

—Ahora. —Hizo una pausa con los brazos en alto, teatral. Fede creyó ver una gota de sudor deslizándose por su frente—. Es momento de dejar aquí el lastre que nos impide alzar el vuelo. Porque no es con estos cuerpos pesados y vulgares con los que vamos embarcar, por supuesto. No hay sitio para esta *pulpa* inútil en la nave de rescate. —Y antes de que el significado de sus palabras permeara por completo, bramó con su sonrisa más luminosa—: ¿Estáis preparados para iniciar el viaje?

Los discípulos clamaron que sí, contagiados, algunos con carcajadas huecas. Raimon no dejó que el trance se diluyera ni un segundo, hizo una señal a un joven de pelo rizado que de inmediato se levantó para dirigirse al otro extremo del salón, donde alguien había dispuesto un par de altavoces y un pequeño reproductor de música. Comenzó a sonar una melodía estática, un racimo de notas electrónicas que se repetían y acumulaban en una espiral obsesiva. Mientras la música los envolvía, Raimon usó una pequeña llave para abrir el mueble bar a su espalda. En su interior solo había dos botellas grandes de líquido anaranjado y un paquete con vasos desechables.

—Venid en fila, tripulantes.

Bastó un movimiento suave de sus manos para que todos se levantaran, soñolientos, y se alinearan ante Raimon. El gigantón tocó el brazo de Fede, que contemplaba la escena como desde una nube, y los dos también se unieron a la fila.

Había un gozo en el simple hecho de dejarse llevar, entendió. La paz no emanaba de la nueva fe adquirida sino de la ausencia de cualquier creencia o voluntad propias. ¿Qué vida hay más dichosa que la de la oveja, con su cerebro casi reptiloide, ramoneando todo el día y arrastrando sus pezuñas por donde marcan los ladridos? El perro tiene las ideas claras, ¿no es cierto? Tiene un *propósito*. Eso es todo lo que necesitamos saber.

La comunión, bajo una penumbra de tormenta y la letanía minimalista de los altavoces,

consistía en esto: Raimon rellenaba un vaso de líquido ambarino y se lo entregaba al discípulo, quien se lo bebía en un solo trago, dos al máximo, lenta pero decididamente, luego tiraba el vaso al suelo, en una especie de abandono ceremonial, y volvía a sentarse en su lugar. Cada uno apenas se demoraba quince o veinte segundos, y nadie vacilaba, la fila avanzaba como un torrente suave, dejando el rastro húmedo de los pantalones, todavía goteantes de la piscina. Una atmósfera sólida, de inevitabilidad, parecía haberse cerrado plácidamente sobre las mentes de todos.

A través de las puertas de la terraza, sin embargo, Fede vio cómo el aire zarandeaba las ramas de los cinamomos y un remolino de hojas se alzaba furioso a varios metros de altura. Se le pasó por la cabeza lo temerario que sería ascender por el armazón del Alpha Centauri con aquellos golpes de viento, tal como se proponía hacer el grupo de Raimon, pero entonces comprendió que estaba siendo un ingenuo.

Porque el viejo Coppel no tenía ninguna intención de subir a aquella torre.

La lucidez regresaba en relámpagos de dolor desde su boca, donde su inconsciente había seguido mordisqueando la lengua, sigilosa pero sañudamente, como un túnel excavado desde su yo más profundo, mientras los pies seguían llevándole hacia Raimon, dócil, indistinguible de cualquiera de ellos salvo por el uniforme de vigilante.

Ya estaba cerca del viejo cuando le despertó un reflejo en la pechera de su camisa blanca. Algo asomaba del bolsillo. La hilera de cuerpos avanzó otro paso, y entonces Fede pudo reconocerlas: las gafas redondas de Stracquadani.

Está muerto, supo de inmediato.

Era tan evidente que sintió como si alguien le hubiera retirado una venda de los ojos. Y entonces vio más.

Vio el modo en que los primeros en tomar su comunión se acurrucaban ahora en el suelo, su rostro expandido en una mueca lívida, sus ojos glaucos y entreabiertos.

Vio al niño que echaba de menos a su amigo Octavio, parado ya frente a Raimon, sujetando el vaso mientras el líquido naranja era vertido en su interior, poco menos que ansioso por llevárselo a los labios.

Y algo más.

La imagen eclosionó de pronto, igual que una nube de gas brillante surgido de su memoria: el niño es de pronto Andrés, su hermano, sentado en el borde de la cama, en esta misma casa, pero hace muchos años, en la habitación ahora cerrada del piso superior. Fede tiene ocho años y lo espía desde fuera, a través de la ventana; ha trepado a la palmera del jardín porque su padre hoy no quiere que le ayude a lavar el coche, se aburre y ha pensado en darle un susto a su hermano, pero ahora es él quien permanece demudado, prietas sus manos alrededor de la corteza, observando lo que tiene lugar dentro del dormitorio. Hay otra persona con su hermano. Un adulto. Suele pedir que lo llamen Alejandro, aunque mamá y papá siempre se refieren a él como Coppel.

Coppel de pie ante Andrés, igual que ahora ante el niño que sujeta el vaso. Coppel desabrochándose el pantalón. Coppel rellenando el vaso de veneno. Coppel extrayendo la carne fofa y morada de su pene ante el rostro de Andrés. Y, entonces, los ojos de Coppel encontrándose con los de Fede, a través de la ventana, a través de las décadas. Y el gesto del dedo índice sobre los labios: *Sssshhh*. Un gesto que tal vez Raimon quiso repetir ahora, al ver el destello de horror en los ojos de Fede, pero no tuvo tiempo.

El grito escaló desde una sima en el pecho de Fede:

—¡No! —Se abrió paso entre los feligreses, casi a empujones, y se precipitó sobre el niño—. ¡No bebáis! —Le arrancó el vaso de la mano—. ¡Os está matando!

—No tienes ni idea de lo que habl... —comenzó Raimon, pero el puño derecho de Fede vino a impactar de lleno en su boca. Por un instante, el chasquido de dientes y nudillos detuvo el avance del reloj en el interior de la casa.

Hubo algunos que simplemente parpadearon, incapaces de interpretar lo que ocurría, como el niño. Otros se removieron, estremecidos de pies a cabeza por la interrupción —el gigantón era uno de ellos— y quizá impelidos a una reacción con la que, sin embargo, no atinaban. Había otros que ni siquiera podían mirar, bien porque se convulsionaban en el suelo o bien porque, ya inmóviles, habían dejado de recibir cualquier información del mundo de los vivos.

El propio Raimon se mecía con una sonrisa perpleja y la botella ambarina todavía en su mano, como si quisiera demostrar algún tipo de invulnerabilidad sobrenatural, ajeno a la sangre que comenzaba a chorrear de sus encías.

De modo que Fede —y quizá aquel fuera el mayor prodigio del día— se encontró libre para seguir haciendo su voluntad.

Golpearlo.

Destruirlo.

Los brazos del viejo se alzaron en un intento de protección, pero apenas frenaron la tunda. Solo cuando Raimon cayó al suelo comenzaron a escucharse voces alarmadas, y Fede sintió la silueta del gordo aproximándose por su espalda. Se volvió.

—¡Mirad! —Señaló a los que se retorcían o babeaban, inertes, en el suelo—. ¿Esto es lo que os había prometido? ¡Abrid los ojos!

El coloso no pudo reprimir una mirada hacia sus hermanos. Una vez deshecho el embrujo, resultaba imposible incluso para una mente ceñida de fantasías y consignas ver algo distinto que una agonía horrible en aquellos cuerpos. Tripulantes de su propia muerte.

Destituido a golpes de su estatus, el esplendoroso Raimon había revertido en el ceniciento y sórdido Coppel, quien ahora huía a rastras hacia la terraza. Se movía deprisa, como una escolopendra blanca.

—¡Eh!

Fede corrió tras él, sorteando los bultos en el salón, olvidado de los niños y de cualquier posible sujeto de compasión dentro de aquella casa. No era un rescate lo que había venido a hacer, se confesó nubladamente, sino una ejecución.

Alguien lo agarró, y Fede reconoció al muchacho de pelo rizado que había encendido la música. Sus ojos todavía conservaban algo de fe, un reducto desesperado de creencia, y aquello fue lo más aterrador de todo. Tuvo que empujarlo sin contemplaciones, rabia contra rabia, hasta que pudo quitárselo de encima. El instante de ventaja fue aprovechado por Coppel para saltar los dos escalones del exterior y echar a correr.

Fede voló tras su estela, gritando.

—¡Coppeeeel!

Lo alcanzó, ya cerca de la piscina, y se abrazó a su cintura para derribarlo igual que en un placaje. Rodaron por el suelo de terrazo, gruñendo. La nuca del viejo olía a sudor y a Paco Rabanne, el mismo perfume que utilizaba su padre, y por una fracción de segundo Fede se preguntó quién habría emulado a quién. Entonces el suelo se terminó y cayeron por el borde de la

piscina.

Rebotaron contra el fondo, pero el palmo de agua disipó la violencia del impacto. Instintivamente se soltaron y cada uno trató de recuperar el aliento por su lado.

—Siempre me he ocupado de vosotros —jadeó Coppel, más anciano que nunca, su camisa pegada a la oquedad del pecho, su rostro emborronado de sangre—. Siempre.

—Eres un asesino. Has matado a Stracquadani y a toda esa gente... Niños...

—Prometí que los liberaría. Nunca he engañado a nadie.

—Hijo de puta.

Fede caminó hasta él y le sacudió un puntapié, aunque torpe y desequilibrado. Coppel se escabulló gateando por el agua.

—¡Basta! —llegó una voz juvenil desde arriba.

El muchacho de pelo rizado sostenía el revólver de Fede en su mano. No lograba dirigirlo contra nadie, sin embargo, al igual que la cólera y el resentimiento que le hacían temblar de pies a cabeza.

—Cuidado con eso —pidió Fede—. Déjalo despacio en el suelo, ¿vale?

—¡Dispara, Manuel! —ordenó Coppel—. ¡Dispárale!

La mirada del chico fue de uno a otro, como un péndulo oscuro, hasta que permaneció suspendida en un punto indefinido sobre la piscina. Fede supo lo que iba a ocurrir un segundo antes de verlo, y pronunció:

—No.

Manuel se llevó la pistola a la sien y disparó. Sus rodillas se plegaron y cayó hacia atrás como un fardo.

Gimoteando de furia y espanto, Fede se abalanzó de nuevo sobre Coppel, que trataba de subir la escalerilla. Golpeó sus riñones y el viejo se precipitó otra vez sobre la fina capa de agua, recubierta de hojas arrancadas por la tormenta.

—Federico... —Luchando para ponerse de rodillas, la estampa de Coppel era de pronto tan patética que resultaba impensable continuar la paliza—. Todo lo que hice fue ayudaros... Salvé a tu padre de la cárcel... —Sus ojos azules emboscaron a los de Fede en un valle de culpa—. Sabes que es verdad. Me debéis vuestra felicidad. Por eso nunca se lo contaste a nadie.

Apenas dos frases, una suma de diez o doce palabras que debían formar algo parecido a un conjuro, porque inmediatamente todos los músculos de Fede quedaron inservibles, descosidos de su voluntad.

Porque era verdad. Nunca le contó a nadie lo que había visto. ¿Cuál era su excusa? ¿Qué se rompió en el frágil mecanismo de su alma aquella tarde, encaramado en lo alto de una palmera? *A veces creo que sabes callar mejor que tu hermano*, había dicho Loreto, y no podía tener más razón.

Un brillo de victoria emulsionó en el rostro vapuleado de Coppel mientras se incorporaba.

—Hay otras cosas que no sabes —continuó—. Os he ayudado a lo largo de toda vuestra vida, a ti y a tu hermano, pero siempre desde la distancia, sin que lo supierais.

—Cállate. —Porque era necesario que se callase ya, antes de pronunciar lo que Fede ya sabía que pronunciaría.

—Te busqué para regalarte doscientos mil euros, ¿no lo ves? Todo lo que tenías que hacer era dejar tu puesto libre esta noche. Pero tuviste que complicarlo todo, poner a mi gente en contra. Y

tu hermano... —Fede hizo amago de golpearle de nuevo, pero esta vez Coppel no se achantó—. Sí, también le quise ayudar a él. Supongo que no te lo ha contado, porque ya nunca habláis, ¿verdad? Le pasé una información que podía darle mucho dinero. Información sobre uno de mis antiguos acólitos, un carroñero de la peor especie.

—¡Cállate!

—Federico...

De pronto la tierra se estremeció bajo sus pies, con un breve crujido, como si un cimiento basal se hubiera resquebrajado. Los dos permanecieron inmóviles, expectantes.

—¡Ah! —Coppel retiró un pie violentamente y retrocedió en el agua—. ¡Me ha mordido!

—¿Qué?

Entonces Fede la vio, o creyó verla: la silueta estriada de una serpiente que zigzagueaba por debajo del manto de hojas. Espoleado por un reflejo primitivo de supervivencia, se volvió y trepó por la escalerilla. Arriba, recuperó el aliento. Unas gotas gruesas como perdigones surcaban el aire en horizontal, el clima de pronto enloquecido al igual que todo lo que sucedía en aquella calle.

En otro frente de la batalla, divisó a los individuos que habían abandonado el salón, algo más que sonámbulos, extraviados de sí mismos. Vio la inmensa figura del gordo tirada en el suelo, con la botella de líquido ambarino en su mano. Cuando todo se fue a pique, aquel pobre siervo no había sentido el impulso de salvar a su líder sino de precipitarse hacia la botella de veneno redentor.

—¡Ah! —chilló otra vez Coppel.

Fede reculó, tomando consciencia del delirio que estaba viviendo, aterido ante la inminencia de lo más extraordinario.

Coppel trataba de avanzar hacia la escalerilla, pero algo lo retenía desde el fondo. Y no era una serpiente, sino una garra...

—¡Ayuda!

... que no era una garra, sino una mano.

Una mano de uñas rotas y piel cuajada de tierra.

*Ayuda.*

La realidad se había curvado bajo la enormidad de aquella locura hasta plegarse por completo, y ahí estaba: lo imposible hecho carne, ante los ojos enrojecidos de Fede y el pánico desatado de Coppel, quien se revolvía en el fondo de la piscina. El viejo consiguió agarrarse a la escalerilla y tiró con fuerza para alzarse, pero entonces, espantosamente, el lastre aferrado a su pierna emergió por completo.

Al principio Fede solo vio un espectro sin rostro, algo vivo que surgía del mismo suelo, como una rata enorme en un vertedero. Claro que no era una rata, sino un hombre, y no cualquier hombre. Reconoció la sudadera, aunque desgarrada y sucia, y reconoció aquel cuello y aquellos hombros bajo el rostro enlodado, porque en su conjunto formaban una imagen hermana a la suya propia.

—Andrés —dejó escapar entre los labios, y de inmediato sintió el impulso de taparse la boca.

Coppel estaba gritando, aunque quizá ni siquiera sabía que lo hacía, su cordura ya disipada en un millón de átomos caóticos. Porque él también lo había reconocido.

Liberado de la tierra, emancipado de la muerte aunque fuera por esta breve cesura de realidad,



Andrés se irguió frente al anciano vociferante y, en una réplica grotesca de lo que había hecho con De Lezo en otro instante, en otra hendidura del tiempo, le rodeó el cuello con las manos y apretó.

El rostro, no, la cabeza entera de Coppel se encendió de púrpura. Su boca quiso rogar:

—Por favor, no...

Pero Andrés, claro está, no podía escuchar sus súplicas.

Así que estrechó con mayor fuerza sus dedos, los dos hombres parados al pie de la escalera, hasta que las piernas del anciano comenzaron a temblar como las ramas de los árboles. Eran ya las manos de Andrés, y no otra cosa, las que mantenían a Coppel erguido.

Desde el borde de la piscina, Fede contemplaba la ejecución en estado de trance, descorporeizado, poco más que unos ojos colgados en el aire.

Ojos que vieron cómo los dedos sin uñas de Andrés se incrustaban en el cuello de Coppel, abriendo grifos de sangre.

El viejo amigo del padre.

Que intentó hablar, por última vez.

Decir cualquier cosa, lo que hiciera falta para salvarse.

Pero que ya no tenía garganta.

Y Fede no pensó que aquello era justicia, ni venganza, porque su juicio había quedado suspendido, temporalmente fuera de servicio, pero ¿cómo no ver la *simetría* restituida entre aquellos dos hombres?

Coppel fue el primero en desarticularse, igual que un muñeco, en el mismo instante en que Andrés separó sus manos. Su caída levantó una pequeña ola de agua tumefacta que alcanzó el otro extremo de la piscina.

En ese momento rompió a llover, un desembalse violento sobre sus cabezas, y los dos hermanos cruzaron sus miradas. Había tierra en los ojos abiertos de Andrés, lágrimas en los de Fede y, por debajo, un cauce de palabras que corría del uno al otro sin necesidad de voz. No existe vínculo más misterioso que el de dos hermanos. No hay magia que borre igual la distancia y llene mejor los silencios. Tal vez porque todo está contado y perdonado desde el primer instante.

Fede tendió su brazo hacia abajo, un soñoliento amago de ayuda, pero el contorno del hermano ya había comenzado a deshacerse bajo la lluvia, al principio muy despacio, como una figura de barro. La mano derecha de Andrés se alzó entonces, trabajosamente, pero no para coger la mano de Fede sino para realizar el gesto de los cuernos con el pulgar extendido, aquel que su madre les había prohibido tanto tiempo atrás.

Sonriendo, Fede lo imitó: levantó un puño cornudo y trémulo, mientras trataba de no descomponerse por dentro como su hermano lo hacía por fuera. Quiso creer que había visto la curva de otra sonrisa en el rostro de Andrés antes de que el aguacero lo desdibujara por completo y de que todo su cuerpo se derrumbara en una catarata de lodo.

Se extinguió en apenas unos segundos, escurriéndose por la misma grieta que lo había alumbrado.

Pero el agua no corría tras él.

Porque tal vez, comprendió ahora Fede, nunca había existido ninguna grieta.

En la piscina medio vacía y encrespada de lluvia, el vientre y la nariz rota de Coppel asomaban como dos islas únicas y extrañas. Y lo señalaban. Lo acusaban a él, su asesino de carne y hueso, y a ningún otro hombre o espectro.

Fede cargó sus pulmones para soltar un largo alarido.

—¡AAAAAAAAAAAAAAAAAAAH! —Un grito en nombre suyo y en el de su hermano, un quejido aplazado durante décadas.

Exánime, empapado de una lluvia que no cedía, Fede paseó su mirada por el patio de la casa. Un entramado de sangre conquistaba las baldosas desde el cuerpo sin vida del joven llamado Manuel, a unos pocos metros. Más allá, los bultos inmóviles de quienes habían salido de la casa demasiado tarde, ya envenenados, y las siluetas blancas de los supervivientes, detenidos bajo la tormenta como ovejas en mitad de un prado. Entonces escuchó una sirena, y supo que algún vecino debía haber llamado a la policía.

Miró sus propias manos y las encontró llenas de sangre.

¿Qué acababa de hacer?

Tenía que salir de allí. De inmediato.

Así que giró en redondo y echó a correr hacia el mismo rincón del seto por donde había asaltado la finca. Había una pila de sillas detrás de los contenedores de basura, y cogió una para subirse e impulsarse. Nadie lo llamó desde el interior del patio para que se detuviera, y ninguna voz vino sobre él cuando cayó al otro lado, en el callejón.

Vio los reflejos azules de una sirena avanzar a saltos por las ventanas de la calle principal, y eso es todo lo que llegó a saber del dispositivo, porque salió zumbando en dirección contraria. Cabalgó su *scooter* chorreante y huyó como un forajido, aunque no hacia la puesta de sol, sino hacia el colosal monolito del Alpha Centauri. Ni siquiera lo pensó. Era el único destino posible.

## Veinte minutos

La gente contemplaba la tormenta desde debajo de las pérgolas de los restaurantes y las tiendas de baratijas; ingleses de pelo platino en calcetines y chanclas, señoras inmensas montadas en sillas motorizadas, jubilados pacientes que no lamentaban un día menos de playa porque disponían del resto del manso otoño. Disfrutaban viendo las calles convertidas en ríos una vez al año, aunque fuera unas pocas horas, porque les hacía sentir en contacto con algo profundamente vivo y salvaje, a pesar de todo el cemento, a pesar del continuo olor a paella recién hecha.

Cuando Fede llegó ante el perímetro de las obras tuvo miedo de haber perdido las llaves en algún viraje de la tarde, pero continuaban allí, prendidas del mosquetón en una trabilla del uniforme.

Atravesó la explanada con la cabeza hundida bajo la lluvia y no se dio cuenta de que habían cortado la electricidad hasta que se refugió en los soportales del mastodonte, se acercó a la columna del ascensor y utilizó la llave para activarlo. Sin respuesta, por supuesto. Aquella era la alerta que rondaba su cabeza unas horas antes y que no conseguía atrapar: el equipo de demolición les había advertido de que cortarían la corriente en el edificio cuarenta y ocho horas antes de la voladura.

Fede sacudió la cabeza, riendo, aunque con una risa sin alma. Tuvo que admitir que había cierta belleza en la escenografía de su penitencia: ascender cincuenta plantas a pie, una tras otra, sometido a los golpes rabiosos de la tormenta. ¿Con qué meta? No se molestó en buscar respuesta. Simplemente, caminó hasta el pie de las escaleras y comenzó a subir.

Quiso mantener los pensamientos quietos, semianestesiados sobre alguna camilla al fondo de su mente, mientras sus botas iban dejando una huella empapada en cada escalón del edificio, pero una de aquellas ideas insidiosas logró desperezarse y escapar hasta su oído, donde susurró una sospecha obscena: que todo había sido planeado por Coppel. No solo la oferta de doscientos mil euros por dejar su puesto de vigilancia, sino absolutamente *todo*. Y eso incluía la irrupción de Fede en la casa y también la propia muerte del gurú. *Hay que ser un ciego o un mentecato para creer que nuestra vida depende del azar*. Tal vez por algún raro proceso alquímico entre su egomanía, la culpa y el vértigo ante la decrepitud, el anciano había decidido que aquel era el momento y aquella, la de Fede, la mano que debía poner fin a su vida gloriosa.

La sospecha formó una corteza de hielo a lo largo de toda su espina dorsal. Porque significaba que Coppel había ganado, una vez más. Lo había manejado como una marioneta. Miró sus manos; incluso en la sombra de borrasca que envolvía la torre podía ver la sangre que seguía apegada allí, en las uñas, entre las falanges de sus dedos, en hileras de gotas que trepaban por la muñeca y el antebrazo hasta el codo. Las manos de un asesino involuntario.

Y tuvo que rechazar el pensamiento, sepultarlo deprisa y borrar toda huella, porque la voluntad era la única trinchera que le quedaba.

—Soy libre —proclamó, con menos aliento del que hubiera querido, mientras alcanzaba el rellano de la planta número nueve.

¿Solo nueve plantas, y ya extenuado? Pero no era tan extraño. Su cuerpo arrastraba una resaca épica y una pelea a muerte, su mente lastres mucho peores. Se tomó un descanso, la espalda apoyada contra el hormigón. La mitad de los muros estaban levantados en aquellas plantas, de modo que a su alrededor se desplegaba una oscuridad segmentada, apenas abierta al cielo lluvioso por tres o cuatro huecos.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que había unas figuras allí dentro, a no más de diez metros, contemplándole.

—¡Eh! —Se envaró. Sus manos pendulearon alrededor de un cinturón que no portaba ningún arma—. ¿Qué hacéis ahí?

Ni siquiera tenía una linterna con la que apuntarles, de modo que permaneció en pie, absurdamente rígido, encarado con la penumbra.

—¡Vamos, salid!

Dos figuras emergieron, aunque tímidas. Sus rasgos se definieron a la luz de una ventana próxima y Fede tardó un instante en comprender lo que estaba mirando. No eran vagabundos, a pesar de su ropa trasnochada cubierta de polvo, el traje de él y el vestido de ella. Venían de una fiesta, adivinó Fede, y el acertijo terminó de resolverse cuando avanzaron otro paso.

El hombre tenía la cabeza hundida, casi convexa, como la de un muñeco de plástico pisoteado, con cuatro pelos rubios a modo de estandarte lacio. La mujer sostenía un objeto parduzco en los brazos, una amasijo de telas y vísceras. El bebé recién bautizado. Que aún lloriqueaba, sin saber.

Fede se precipitó escaleras arriba, impulsado por unos latidos de locomotora. No gritaba, reservaba el aire para sus venas. Brincó hasta la planta siguiente, y la siguiente, y la siguiente, y cuando quiso apaciguar el pulso descubrió a otras figuras que venían a su encuentro por los vanos de la oscuridad. Todas las víctimas del derrumbe. Los diecisiete muertos de papá.

—No...

Siguió huyendo. Hacia arriba. *No me gusta bajar. Me gusta subirme a los sitios. Desde pequeño.* Pero ahora las piernas comenzaron a flaquear, y en el rellano veintitrés cayó de rodillas, un perro viejo que jadea al borde del desfallecimiento.

Se acabó, pensó, babeando bilis sobre sus manos apoyadas en el suelo.

Y entonces escuchó el ruido: un zumbido de puertas automáticas.

Miró hacia el frente.

La cabina del ascensor resplandecía en el otro extremo del rellano, abierta e iluminada, esperándole.

No era posible, claro, pero ¿cómo rechazar el único de los prodigios que parecía serle favorable aquella tarde de pesadilla? Fede se incorporó y fue bamboleándose hasta el ascensor. Entró y pulsó el último botón, diecisiete plantas más cerca de su destino. Las puertas se cerraron suavemente. Comenzó a subir.

Cerró los ojos, intentando rehacerse por dentro, y a los pocos segundos sintió una respiración a su espalda. Sin volverse, contuvo la suya y escuchó: una nariz que inspira, una boca que exhala, el magnetismo de un rostro a pocos centímetros de su nuca. Entreabrió los párpados y escudriñó los límites de su visión sin mover la cabeza. Las luces del techo arrojaban varias sombras sobre el plástico sucio del suelo. Reconoció la suya, desdoblada en varios ángulos, pero también la de otra persona pegada a él. Alguien tocado con un extraño sombrero y reclinado sobre un bastón.

—Federico —susurró una voz en su oído.

Estremecido, Fede dio media vuelta y golpeó el aire con los puños, fuera de sí.

Nadie viajaba con él.

—Dios... —Se llevó las manos a la cabeza, como si temiera que tanto desvarío pudiera desmontar los huesos de su cráneo—. Basta ya.

Había, sin embargo, una barra de acero apoyada en la esquina de la cabina. Era un simple resto de obra, un trozo de ferralla tan vulgar que ni siquiera se había fijado al entrar. O quizá —trató de no pensar, pero pensó— es el bastón abandonado por tu visitante. Lo cogió en cuanto notó que el ascensor se detenía. El número cuarenta palpitaba en el marcador.

Las puertas se abrieron y Fede salió con el arma en las manos.

Nada ni nadie lo esperaba más que una fuerte corriente de aire —ya no contaba con la protección de los muros a partir de este punto— y la perspectiva de los diez últimos pisos de su expiación. Se dirigió hacia las escaleras, que a esta altura se mecían aunque milimétricamente, un vaivén inapreciable para otros sentidos menos alterados que los de Fede, y comenzó a subir. Oteó las primeras luces en las ventanas de los edificios por debajo, aún tímidas ante el anochecer adelantado, y un repentino vértigo encogió su estómago. *Fallo estructural*, murmuraba un bucle de su memoria, pero no era miedo al colapso lo que apretaba sus tripas.

Remontó las escaleras con la certeza de acudir a un encuentro. Con quién o con qué, no podía saberlo. Si Loreto estaba en lo cierto, se trataría en todo caso de un desenlace ya escrito. *Bismillah*. Claro que Fede nunca había creído en eso.

No se tropezó con más figuras acechantes a lo largo de su ascenso. Traspasado y en cierto modo revivido por el aire eléctrico de la borrasca, Fede culminó el último tramo de escaleras y asomó a la plataforma superior mientras el vértigo se transfiguraba en una corriente de euforia irracional. El simple logro de hacer cumbre, despojado de cualquier otro significado y, al mismo tiempo, imbuido de todos ellos.

Anduvo hasta el centro de la plataforma y contempló el espectáculo de la tormenta que se abatía ahora sobre la playa de Levante. El núcleo rugiente del aguacero se había mudado allí, en un rápido movimiento de tropas celestes, dando un respiro momentáneo al Alpha Centauri. El olor a ozono, asfalto y mar alcanzaba el rostro de Fede en oleadas cálidas, triunfales. Tal vez se trataba de esto, de haber llegado hasta allí con vida, absorber la estática del instante y nada más.

O dar un paso adelante, y acabar con todo.

Admítelo, pensó. La idea siempre ha estado ahí, como otra grieta invisible.

Pero entonces vio a otra persona en la plataforma.

Un hombre de aproximadamente su misma edad, con el torso descubierto, en pantalón corto y sandalias. Llevaba una esponja chorreante en la mano, y por eso Fede lo reconoció de inmediato, bajo el telón gris del cielo.

Estaba de pie en el mismo borde del abismo, vuelto hacia Fede, se diría que asombrado de encontrarse allí, al igual que él. Quizá se preguntaba si aquel tipo vestido de uniforme, con una barra de hierro en sus manos ensangrentadas, sería realmente su hijo mayor o simplemente alguien que se le parecía.

Fede dio unos pasos hacia su padre.

Que no era el padre del ataúd, ni el padre del hospital, ni siquiera el padre de poco antes de perder la cabeza.

Era el padre de aquel verano de sus ocho años.

El padre que lavaba el Volkswagen Passat en la puerta de casa, mientras Fede subía a la palmera para dar un susto a su hermano.

—Federico —dijo Rafael, y su voz sonó demasiado parecida a la voz de Coppel, y a la voz que había susurrado en el oído de Fede, pocos minutos antes, dentro del ascensor.

Si su historia era un mapa, aquel era el punto donde los cuatro extremos se juntaban, norte, sur, este y oeste, el origen y el final de todo, un mapa esférico que imaginó tatuado por el interior de su cráneo. Sin salida.

Siguió acercándose al borde de la plataforma, mientras su padre permanecía inmóvil. El aire agitaba los cabellos de los dos, sus sienes encanecidas en un grado idéntico, las arrugas exactas trazadas por sus mismos cuarenta años.

—¿Por qué? —preguntó Fede, y tuvo que repetirlo para que su voz perforase el viento—. *¿Por qué?*

Cuando habló, los ojos del padre titilaban:

—Veinte minutos, me dijo. Solo veinte minutos con uno de tus hijos y firmaré todos los papeles.

Los nudillos de las manos de Fede blanquearon alrededor del hierro.

—Y elegiste al mudo.

—Me juró que no os haría daño. Me dio su palabra.

La esponja goteaba estúpidamente desde su mano derecha, toda su figura una estampa patética, pero Fede descubrió que no lograba sentir ninguna lástima.

—Nos entregaste para librarte de la cárcel —resumió.

Los labios de Rafael entonaron una sola palabra, cuatro sílabas esperadas y reconocibles incluso en el fragor de la tormenta; pero cuatro sílabas que no valían nada.

—Perdóname.

Y no valían, porque las disculpas de un muerto son un chiste sin público, no cambian nada, ni curan, ni consuelan. Solo rompen. Pero a través de la fractura, al menos, puede vaciarse el odio.

—No. —Fede mascullaba cada vez más alto, más rabioso—: No. No. ¡No!

Levantó la barra por encima de sus cabezas, un arma cargada para el golpe brutal, pero ¿qué sentido tenía descalabrar a un cadáver?

Contempló, como en un espejo extraño, la blanda perplejidad en el rostro de su padre.

Que dio un paso atrás, al borde de la plataforma, y perdió pie. Su pierna derecha quedó oscilando en el aire, su cuerpo entero suspendido en un equilibrio fugaz. Instintivamente, Fede bajó la barra y su padre se aferró a ella, como un naufrago, sin recuperar por completo la verticalidad.

No hubo tiempo para más palabras.

Porque algo sucedió en el bastón de acero que los mantenía unidos. Un frío agudo y doloroso comenzó a invadir las manos de Fede como una gangrena. La muerte recorría el cordón umbilical entre los dos mundos. Quería atraparlo. Le susurraba: has subido para saltar, Federico, ¿por qué no admitirlo ya? Ese fue tu propósito desde el primer escalón.

Estremecido, comprobó que ya era incapaz de enviar cualquier orden a sus manos heladas. Tuvo que echar todo su cuerpo hacia atrás, como en el juego de la soga, y entonces sí, logró soltarse. Cayó de espaldas sobre el hormigón mientras su padre se precipitaba por el otro lado, hacia el abismo, junto con la barra. No vio la expresión de su padre en aquel instante, pero de

algo estaba seguro: se fue en silencio, sin un solo grito, sin un quejido. En eso, su padre no había cambiado.

Fede gateó hasta el borde de la plataforma y descolgó temerosamente la vista. Cuatro plantas más abajo todavía se agitaba la red perimetral de seguridad empleada durante la construcción; rasgada por media docena de sitios, de ningún modo habría servido para detener la caída de un hombre desde la plataforma. ¿Yacía una figura al pie de la torre, doscientos metros por debajo? Fede buscó posibles ángulos de brazos y piernas entre el mejunje de sombras y escombros, hasta que se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Y sonrió.

Su padre nunca había pisado aquella azotea, igual que Andrés no había emergido de ninguna piscina. Habría que estar mal de la cabeza para creer algo así, ¿verdad?

*¿Y en qué crees tú, Fede?*

Se desplomó boca arriba, exhausto, pero también vaciado, su cuerpo una carcasa inesperadamente liviana. La lluvia le bañaba el rostro a ráfagas, como si lo abofeteara con cariño maternal. No te duermas, le decía. No cierres los ojos porque —¿no te acuerdas?— justo ahora son las doce en punto de la noche.

La hora del abordaje.

## Una fotografía

Llegó un momento, al cabo de una eternidad, en el que ya no se oían voces ni resuellos provenientes del salón. La ceremonia había terminado. Todo lo que podía suceder había sucedido, todo lo que podía decirse había sido dicho, y en la casa de Claudia solo reinaba el silencioso después.

Se incorporó, sus manos sucias sobre la colcha de la cama, hasta erguirse de nuevo. Supo que no, no se había roto la cadera, aunque le dolía furiosamente, y aquello fue todavía peor. ¿Quién le otorgaba el maldito derecho a seguir caminando?

Pero caminó, a pesar de todo.

Salió al pasillo y cojeó a través de la oscuridad hacia el cuarto de baño. Limpiarse era un propósito tan insignificante que podía concedérselo. Rutinas. Un catálogo de ellas era lo único que le quedaba, como a cualquier preso de por vida.

Entonces, al pasar por delante de su dormitorio, distinguió un flujo de sombras en su interior. Apenas un deslizamiento, nada concreto, y sin embargo estuvo segura en el mismo instante de percibirlo.

—Rafael —pronunció desde el umbral.

Sus ojos perfilaron la gran silueta de la cama de matrimonio, al principio como una simple geometría pálida, y enseguida con algún detalle: unas arrugas en el edredón, como si alguien se hubiera sentado. Quizá yo misma, se dijo, y no se lo creyó. Avanzó un paso dentro de la habitación, luego otro. La persiana no estaba completamente bajada y la claridad de la calle comenzaba a ser suficiente para sus pupilas. Entonces reconoció el perfume de su marido en el aire, y sintió que los ojos le hervían al borde de las lágrimas.

—Cariño —logró decir, sin ver nada más que el dormitorio desolado y oscuro, como cada noche desde hacía cuatro años.

Pero sí, había algo más. Un marco plateado sobre la cómoda. Una fotografía que había regresado a su lugar, después de meses desaparecida. Claudia se acercó a la lámpara de una mesilla y la encendió. Con movimientos lentos, a contratiempo de sus latidos, se volvió hacia la fotografía y la tomó en sus manos.

La conocía muy bien. Tan bien que había llegado a olvidarla.

La fotografía, de colores chillones y primitivos, quizá la única de todos los álbumes que se había librado de ser escaneada, mostraba a la familia al completo allá por 1981. Están de pie frente al pequeño Seat 127 blanco, porque en aquella época no había foto familiar sin su coche, por muy modesto que fuera, y Claudia sostiene en sus brazos a un Andrés de pocos meses. Antes de la meningitis. Antes de la construcción. Antes de Coppel.

Claudia examinó los cuatro rostros, aún resistiéndose a llorar.

Había algo sagrado e indestructible en la felicidad de aquel instante detenido, algo más cierto que todo lo que vendría después, precisamente porque aquel era un momento perdido, olvidable de tan puro. Fede llevaba pantalones cortos y miraba hacia algún punto a su izquierda, tal vez a un



perro de los que corrían por el carrascal donde iban a pasar sus domingos. Claudia y Rafael sonreían a la cámara, imposible recordar quién la sostenía, pero su gesto se completaba con otro que al fin la hizo romperse. Casi clandestinamente, bajo el chal que envolvía al pequeño Andrés, la mano derecha de Rafael apretaba con fuerza la mano libre de Claudia. Estamos juntos, decían esas manos. Venga lo que venga, siempre estaremos juntos.

Magaly la encontró en la cama, hecha un ovillo, con la fotografía entre sus brazos.

—Claudia —la llamó desde la puerta. El aspecto de la mulata era arrasado, su vestido roto y el pelo embrollado en mechones húmedos—. ¿Estás bien?

Fue hasta ella y se sentó en la cama. Le robó delicadamente la fotografía.

—Ya está —susurró, mientras acariciaba la cabeza de la señora—. Se ha acabado.

—Lo sé.

Un rato después Magaly se tumbó detrás de ella, y Claudia sintió que los olores de la dominicana la envolvían en un abrazo impalpable.

Estaba amaneciendo. Pronto sonaría el teléfono, y desde las casas vecinas escucharían el grito desgarrado de Claudia. O tal vez no. Porque ya lo sabía. Magaly la ayudaría a buscar el número de Fede, llamaría y hablaría por primera vez con aquel hombre para contarle que su hermano había muerto. Pero tal vez no fuera necesario. Quizá la tormenta le hubiera llevado también a él la noticia.

Tal vez tampoco era necesario que ninguno de ellos viera las imágenes que, desde hacía un rato, emitía otra vez el viejo televisor Elbe ante el cuarto desierto de Andrés. El Passat rescatado del fango por una grúa, su silueta chorreante meciéndose contra el cielo de madrugada. El fulgor azul y anaranjado de las sirenas, a ras de tierra. El cuerpo extraído del coche, un hombre con traje y abrigo que algún periodista reconoce de inmediato. Los policías que tratan de ahuyentar a las cámaras mientras abren paso a la ambulancia, aunque esta avanza en silencio, adormecida por la fatalidad. Y después, ya clareada la mañana, avisos que llegan desde el fondo del barranco, donde el equipo de rescate de la Guardia Civil acaba de encontrar un segundo cadáver. Ha aparecido prácticamente desnudo, envuelto en una película de barro como si acabara de nacer de la tierra misma, y pertenece a un hombre de mediana edad a quien, todavía, nadie reconoce. Pero las cámaras se ciernen sobre él, inevitablemente, proyectando sus ojos electrónicos desde la barrera policial.

En el dormitorio de Andrés, el televisor se apagó con un chasquido en cuanto el rostro del muerto llegó a ocupar toda la pantalla. Dos vacíos enfrentados.

En la sala de estar, una corriente de aire se coló por el quicio imperfecto de la ventana, hizo bailar las llamas de las velas en el altar y deshizo el sigilo de harina sobre el parqué.

## (Arriba)

Ha comenzado a escuchar un rumor que se aproxima desde el sur. Un zumbido que atraviesa las nubes y desciende sobre él con la majestad de un dios.

*Dejadme que os hable del verdadero Cielo.*

Fede siente las luces sobre su rostro incluso antes de abrir los párpados, y se incorpora, protegiéndose con la mano. El aire vibra bajo el halo poderoso del artefacto, un coloso que se adivina negro como la noche por detrás de sus múltiples ojos brillantes. La torre entera parece estremecerse ante la llegada.

*Porque nosotros hemos estado atentos. Y hemos visto.*

Las luces aturden a Fede, abrasan cualquier facultad de respuesta que no sea una cegada veneración. La entrega, llegados a este punto, es inevitable y completa.

Por eso extiende los brazos. Aquí estoy.

*La única forma de evacuar es venir con nosotros.*

Pero entonces lo ve.

Y rompe a reír.

En la panza del helicóptero que se cierne sobre él hay pintadas unas letras enormes: US NAVY. El rebufo de las hélices es ahora tan fuerte que Fede tiene que volver a ponerse a cuatro patas para no ser arrojado por el precipicio. El ruido aplasta los oídos.

«*Lay down! ¡Al suelo!*», suena por un megáfono oculto, mientras las ruedas del SH-60 Seahawk se asientan en la superficie de la plataforma. Desde su ángulo postrado Fede contempla cómo la puerta lateral se desliza y cuatro uniformados saltan fuera de la cabina. Y el suceso es tan real, a pesar de todo, que Fede ha recuperado los matices y la intensidad de sus percepciones hasta el umbral de la náusea: el sabor a sangre y bilis en la lengua, el repentino frío en su piel mojada, el dolor palpitante en sus manos y en su tímpano, el olor a queroseno quemado del aparato...

El hombre de mayor edad se adelanta para inclinarse sobre Fede. No lleva ningún arma en sus manos, y Fede puede leer las palabras SKELLIG y US ARMY en su pechera, bajo las hojas de roble dorado de sus solapas.

—¿Raymond Cooper? —inquire, aunque su mohín ya anticipa la decepción.

Fede se incorpora con cuidado, sus ojos lagrimeantes por el aire de las hélices y por la risa que al fin es capaz de controlar. Responde:

—Cooper está muerto. *Dead.*

Los otros soldados cierran un círculo alrededor de él. Ellos sí van armados, pero solo atienden a la gestualidad de su líder, que ahora asiente despacio y pregunta:

—¿Quién eres?

Fede señala su propio uniforme maltrecho.

—Solo soy el vigilante.

El oficial intercambia algunas palabras con su unidad, tal vez la anticipación de una futura

reprimenda, y la operación termina tan deprisa como comenzó. El hombre tiende la mano hacia Fede y pronuncia unas frases que, al menos en la cabeza del español, suenan así: «Soy el mayor Skellig. Nos gustaría que viniera con nosotros al *Iwo Jima*, ahí abajo. Solo se trata de hacerle algunas preguntas, nada más. No está detenido ni nada de eso, ¿lo comprende?». Fede asiente, aturdido, y extiende su mano hacia la del mayor sin saber realmente si tocará carne o atravesará la ausencia de otro fantasma. Pero la piel está allí, cálida y real, y es tan firme su cepo que Fede acusa el estirón hasta en el último cartílago del cuerpo.

Después, mansamente, se deja acompañar por los soldados hacia la cabina. Caminan agachados, aunque las hélices parecen girar a un millón de metros por encima de sus cabezas. Le ayudan a subir. Le colocan en un asiento entre dos soldados, le enganchan un cinturón y le ofrecen un casco, que rechaza, aunque se arrepiente en cuanto el zumbido crece de volumen. La puerta se cierra, hay una leve sacudida y de pronto están volando. Es entonces cuando el piloto que se sienta a la izquierda vuelve la cabeza hacia Fede, aunque discretamente, como si necesitara confirmar una intuición. Se trata de una mujer de color, y los dos se reconocen de inmediato, a pesar de los uniformes, a pesar del casco y del improbable escenario de su reencuentro. Los labios de ella silabeaban dos palabras, quizá *Las Vegas*, y guiña uno de sus enormes ojos negros antes de volver la vista al frente.

Fede sonríe, para extrañeza del mayor Skellig, que se ha sentado justo frente a él y que está a punto de preguntar, pero no. El estruendo del rotor disuade de conversar y, de todas formas, el viaje será breve.

El aparato asciende por el celaje de nubes y sombras, parpadeando en rojo y blanco, y ejecuta un giro que parece un signo de interrogación. Luego gana velocidad y se proyecta, como un engranaje infalible, hacia su destino brumoso en la bahía.

Edición en formato digital: 2019

Revisión de pruebas a cargo de Antonio Torrubia

© Ismael Martínez Biurrún, 2019  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

ISBN ebook: 978-84-9181-553-2

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)